Grupo de UR y Otros

LA MAGIA COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO VII

Ediciones Heracles

GRUPO DE UR

LA MAGIA COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO VII

Ediciones Heracles

Hecho el depósito que marca la Ley
Buenos Aires - julio del 2.000
(Impreso en la Argentina)

© Ediciones Heracles, 2.000

Ilustración de portada: "Piedra Templaria", hallada en la Patagonia en 1998.

Traduccíon del italiano y estudio perliminar: a cargo de Marcos Ghio

Edición patrocinada por el
Centro de Estudios Evolianos
Casilla de Correo N° 92
CP (1425) Suc. 25 - Buenos Aires
e-mail: evola@pinos.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

INTRODUCCIÓN:
CRISTIANISMO Y ESOTERISMO

Hemos llegado al final de esta densa y larga obra que ha abarcado una extensión definitiva de siete tomos.

A lo largo de la misma recopilamos aquellas que, a nuestro entender, hemos considerado como las más importantes monografías del *Grupo de Ur*, descartando apenas unas pocas, en tanto ello no confabulaba en nada con la armonía del conjunto por tratarse de temas independientes entre sí y de un valor tan sólo comprensible dentro del contexto en el cual fueron escritas. Además en los tres primeros tomos hemos incluido sendos artículos del *Grupo de los Dióscuros*, el que, tal como dijéramos en su oportunidad, puede considerarse, en cuanto a sus finalidades, como el heredero legítimo del primero, no constándonos, hasta el momento en que escribimos estas notas, la existencia de algún otro grupo orgánico que siga desarrollando tales perspectivas iniciáticas.

Habiendo pues arribado al final de un itinerario, queremos aprovechar la circunstancia para formular alguna conclusión luego de nuestra larga tarea de traducción y análisis de esta obra, la que fuera acompañada por diferentes conferencias de presentación aclaratorias efectuadas a través del *Centro de Estudios Evolianos* de Buenos Aires para el muy selecto público lector de la misma. Podemos decir que el objetivo principal de toda esta colección ha sido el de formular, desde el punto de vista del saber milenario de la Tradición, los principios válidos para un camino alternativo al de la modernidad en la esfera de una forma de conocer que fuese capaz al mismo tiempo de sustentar un carácter científico, así como, también y consecuentemente, con connotaciones prácticas (y tal sería específicamente el significado de la Magia) y formulable en un lenguaje adecuado a nuestra época. Ello ha sido planteado pues desde el punto de partida principal del mundo de la Tradición para el cual el eje central de toda realidad es la dimensión del espíritu, siendo la materia apenas un grado inferior de manifestación . Por lo tanto, para los hombres del *Grupo de Ur*, las ciencias y las técnicas de las que aquí se ha tratado han sido pues referidas a aquella esfera con prioridad, oficiando el plano material eventualmente como un símbolo, como un mero punto de apoyo utilizado

con el fin de elevarse a dicha dimensión superior. Tenemos pues así que las diferentes disciplinas que se han expuesto a lo largo de estas monografías han tenido como base principal a la **Metafísica** a nivel teórico y a la **Magia** a nivel práctico y experiencial.

Dentro de esta muy ambiciosa perspectiva es que se ha intentado tomar distancia de aquellos dos caminos, tan sólo en apariencias antitéticos, que se han ido desarrollando a lo largo de la historia occidental, tomando un especial impulso a partir de los orígenes de la era moderna: sea éste el cientificista, propio de la vertiente laica y profana, hoy en boga y victorioso por doquier, así como el fideísta, es decir, la vertiente perteneciente al plano de la religión que ha venido a imponerse en el Occidente. Podría decirse que la actitud asumida ante los mismos ha consistido en rescatar lo mejor y más positivo que éstos pueden haber tenido y de superar simultáneamente sus graves limitaciones, limitaciones éstas que a su vez explican la severa decadencia que vive nuestra civilización. De la ciencia moderna se ha intentado reivindicar su rigor metodológico y su afán incluso exacerbado por alcanzar un conocimiento liberado de prejuicios y de verdades aceptadas apodícticamente. Pero se ha descreído en cambio de ésta en tanto ha reducido lo real al plano de las meras apariencias, es decir, se ha recelado y combatido su materialismo, consistente en la asunción como dogma sagrado de la excluyente existencia del grado más bajo de la manifestación; y se han rechazado así las proyecciones asumidas por dicha forma de saber consistentes en la sustentación de una mera razón discursiva que, cuando no opera con formas vacías y abstractas, se aboca simplemente al ordenamiento de los datos provenientes del mundo de la experiencia sensible. En todos los casos la razón del hombre moderno, a lo largo de la pluralidad de planos en que se ha desenvuelto, se ha hecho siempre ciega con respecto a aquella realidad superior que trasciende la esfera de las meras apariencias.

Del saber religioso se ha rescatado a la inversa su reconocimiento de la existencia de esa misma realidad trascendente a la dimensión material, negada o ignorada por la ciencia moderna, pero se ha resaltado aquí que ello ha sido hecho asumiendo una postura que tan sólo en apariencias ha enfrentado al saber profano. La misma ha consistido en el devocionalismo y el dogmatismo consistentes en una actitud sectaria y cerrada por querer limitar la inteligencia humana a una mera reflexión sobre los datos de la

"verdad revelada" ("la filosofía sierva de la fe"), y el consecuente sometimiento del sujeto a la condición de ser dependiente, pecador y subordinado a "autoridades" dadoras de verdad y exigentes siempre de una obediencia ciega y sumisa; lo cual terminaría convirtiendo a todo aquel que asumiese firmemente tal postura en un sujeto fácilmente criticable por la ciencia profana y, consecuentemente con ello, habría de traer el desprestigio por toda postura metafísica, a la que el saber moderno calificaría luego como simple mito y producto de una imaginación fantasiosa e impotente, cuando no puesta en juego por las fuerzas oscuras de la inconciencia.

Podría decirse que, a diferencia de las dos posiciones antes mencionadas, lo que distingue la postura de los hombres de los *grupos de Ur* y de los *Dióscuros*, en consonancia en un todo con un saber tradicional milenario que se pierde en los orígenes del tiempo, es que se considera aquí que la inteligencia humana, lejos de quedar recluida en una actitud pasiva de aceptación de verdades reveladas o de clasificación y ordenamiento de "hechos objetivos", es en cambio **intuitiva** y como tal no tan sólo reducida a la realidad empírica y sensible, sino capaz de captar, mediante un cierto entrenamiento y preparación adecuados, una realidad superior a la meramente natural, es decir, aquello que ha dado en llamarse como la **realidad metafísica**, entendida ésta en el estricto sentido de su término, esto es, lo que se halla más allá de lo físico.

Y en este punto específico es donde se encuentra la objeción principal lanzada por los hombres del *Grupo de Ur* a quienes han ilegítimamente pretendido acceder a la misma. El saber religioso que ha venido a predominar en Occidente, al haber rechazado la posibilidad de la intuición metafísica, a través de la calificación de luciférico dispensada a todos aquellos que se esfuerzan por alcanzarla, ha sido el que en verdad ha terminado reduciendo el conocimiento humano a la esfera puramente sensible, siendo en ello coincidente y un verdadero antecedente de la modernidad y de su ciencia. Según la escolástica tomista (hasta el día de la fecha reconocida aun como la filosofía oficial del cristianismo vaticano[1]),

[1] Utilizamos esta terminología, junto a la de judeo-cristianismo, para referirnos indistintamente a aquella vertiente institucionalizada, existente desde las épocas inmediatamente posteriores a la predicación de Jesús, que tratara de asimilar la religión cristiana a la condición de una mera derivación del judaísmo.

sólo se conoce a Dios y a las cosas puramente espirituales (esto es, lo que en dicho léxico se entiende como la realidad metafísica) de manera indirecta, es decir, a partir de los efectos sensibles de las mismas que están presentes en las cosas; por lo tanto, el conocimiento del hombre queda reducido en su forma directa y experiencial solamente a la esfera natural y en ello, a pesar de sus grandes debates en contrario y de las diferentes conclusiones que se extraigan, coincide con la ciencia moderna. Cualquier pretensión distinta significaría para éste la asunción de la actitud soberbia de querer imitar el conocimiento del ángel, y por lo tanto nuevamente la intencionalidad y desvío luciferino, propio de la tendencia hacia el pecado original ínsita en la especie humana, como un impulso natural que debería ser siempre reprimido y corregido por esta religión.

Agreguemos al respecto que, en relación a la realidad metafísica, el único conato hacia un tipo de saber superior al meramente común, fundado en la simple fe o en la razón discursiva iluminada por ésta, el judeo-cristianismo lo ha tenido a través de lo que ha dado en denominarse como la *experiencia mística*, la cual, salvo algunas dignas excepciones, en su momento combatidas con vigor inquisitorial por la autoridad eclesiástica, sólo han sido aceptadas institucionalmente en la medida en que no han superado la esfera psicológica propia de una experiencia religiosa fundada en la fe.

Es que en verdad el desvío principal de dicha vertiente, desde épocas que se pierden en los primeros siglos del cristianismo, ha consistido en la negación de la instancia divina en el hombre, reduciéndolo meramente a la dualidad bio-psíquica (cuerpo y alma, dimensión espacio-temporal de la cual en última instancia participa también todo lo que es viviente) negando así la existencia de una dimensión más profunda, eterna y verdaderamente inmortal que es el espíritu, instancia en la cual se produce la identidad metafísica entre hombre y Dios, Creador y criatura. De este modo, al negarse la dimensión propia del espíritu o, al asimilárselo ilícitamente con el alma humana, la unión con lo trascendente ha quedado reducida a un plano puramente psíquico, y al ser el mismo una realidad inferior y dependiente, ella se ha realizado a través de la asunción de una actitud pasiva por parte del hombre y de su subordinación respecto de una realidad metafísica (Dios) que le resulta ontológicamente ajena, quedando expresamente reducida así el alma a la cualidad femenina de una esposa que todo debe recibirlo de afuera como un premio o una gracia especial otorgada

por una Divinidad que en el fondo le resulta ajena. Es decir que, de acuerdo a tal concepción, **sólo Dios es propiamente espíritu y trascendencia mientras que en cambio el hombre es tan sólo alma y naturaleza**.

Dicha negación de la existencia de una dimensión divina en el ser humano y la consiguiente confusión que se ha hecho en manera ilícita entre el alma y el espíritu considerándoselas como si se trataran de una misma cosa, no solamente ha coartado la posibilidad de un saber superior intuitivo y por lo tanto de la apropiación de una ciencia metafísica por parte del hombre, sino que ha tenido también consecuencias prácticas en el seno de tal religión al haber reducido el valor de aquello que debería ser propio de una técnica espiritual y comprensible dentro de la disciplina superior de la Magia, nuevamente a una función simplemente psíquica y subordinada. Así pues, si bien la religión convencional ha rescatado la figura del rito, comprendido como praxis propia de una dimensión trascendente, y si bien ha aceptado en el mismo un carácter sacramental e indeleble, categorías éstas pertenecientes al plano de lo metafísico, sin embargo, en razón de la antes mencionada carencia, ha terminado reduciéndolo a un valor puramente formal insertándolo en un mero legalismo propio de religiones puramente formalistas, tales como el judaísmo farisaico y saduceo, ya vivido y combatido en las épocas evangélicas durante la predicación de Jesús. Para el legalismo ritualista, el rito es simplemente un conjunto de prácticas dirigidas a obtener un saneamiento principalmente moral por parte del hombre que se encuentra en una situación de caída; por ende no supera en éste su dimensión psíquica. Ante el mismo por parte de su receptor, de la misma manera que en la *experiencia mística*, sólo es válida la actitud pasiva consistente en la humillación y el *mea culpa* de un hombre concebido y justificado tan sólo en su aceptación de una situación interior de carencia e indignidad. Distinto totalmente es el valor del rito en el esoterismo. Como la relación con lo trascendente no es comprendida aquí en una manera jurídica, psíquica y moral por la cual el hombre, en tanto concebido como un ser pecador y dependiente, deba a través del rito recibir su perdón por las faltas cometidas por él y por sus antepasados, **se trata en cambio de comprenderlo en relación a la dimensión metafísica que se le reconoce a éste**. Puesto que el hombre es también en su intimidad más profunda espíritu o imagen de Dios, estando presente en él una chispa divina, el rito no implica la

humillación y negación de sí para obtener la venia y el premio de un paraíso -lo cual no es en última instancia sino una reducción o sublimación de lo humano en su condición más baja- sino, a la inversa, es un procedimiento por el cual se convoca a las fuerzas de lo alto a fin de que nos sean afines en nuestras acciones y permitan así despertar el espíritu que está en nosotros latente. El rito, al ser por lo tanto independiente de la moralidad, no es ni más ni menos que lo que a nivel profano podría ser una técnica, pero de carácter espiritual; es el acto por el cual, a través de su reiteración y la corrección y rigor en su ejecución, se restituye al hombre su divinidad perdida y oculta desde el momento en el cual se ha sumergido en esta existencia espacio temporal. De allí que sea en el seno de tal contexto que pueda comprenderse la sabia aseveración de PLOTINO, citada en diferentes oportunidades en esta obra: "*No se trata de ser simplemente un buen hombre, sino la meta es la de llegar a ser un dios*".

Por ello el rito, en vez de ser una sublimación de la moral, más que ser un medio por el que se alcanzan premios y se evitan castigos, es una praxis propia de la metafísica, un instrumento para obtener la verdadera inmortalidad, formando así parte de la actividad principal de la disciplina mágica que es la esencia de toda esta obra.

Por lo tanto podemos decir que la meta casi excluyente de todos estos escritos ha sido la de proveer los medios e instrumentos propios y adecuados para lo que se considera el fin principal del hombre, que consiste en la búsqueda y conquista de la inmortalidad, comprendiendo así a la Magia como aquella disciplina ritual que permite otorgarla a través de su procedimiento que es la **iniciación**.

Podemos afirmar también que detrás de esta meta subyace la intuición principal del saber tradicional. **La inmortalidad no es un bien democráticamente compartido por todos, sino un don que se conquista y se adquiere y al cual sólo algunos acceden luego de una larga lucha.** Nada más opuesto pues a la idea de una inmortalidad universal del alma de la cual todos por igual participarían, buenos y malos, tontos y sabios, iniciados o profanos; idea antitradicional impuesta en Occidente por el judeo-cristianismo, sabiamente calificado en tal aspecto por NIETSZCHE como una rebelión de esclavos.

La ciencia moderna, a su vez, al pretender constituir un conocimiento universal, válido e igual para todo el mundo, y al descartar aquella forma

de saber no objetivable y no constatable por cualquiera, negando categoría de conocimiento científico a aquello que sólo puede ser percibido e inteligido por algunos, a pesar de sus rechazos por los dogmatismos propios de la religión convencional que prevaleciera en el Occidente, no discrepa con ésta en su fondo esencial: es decir en su *democratismo*, el cual ha debido ser en primer término espiritual, a través de la identificación del alma con el espíritu, de la confusión de lo que es mera supervivencia con lo que significa propiamente inmortalidad, para luego hacerse "científico" y formular un saber que, en tanto asimilable sin diferencias para todo el mundo, representa el grado más bajo del mismo. Los tiempos más modernos lo han convertido luego en político a través del sufragio universal e indiscriminado, de la universalización del derecho igual para todos y del fenómeno que vivimos en nuestros días finales que es el de la socialización de la democracia, la cual se ha convertido ya en una forma de vida de carácter incluso religioso, fanático y omnicomprensivo, asumiendo caracteres similares a lo que en la Edad Media fuera la Inquisición.

Que la democracia haya pasado a ser la religión obligatoria de nuestros días, en un altar compartido por el *Cardenal Wojtyla*, *Clinton*, *Putin* y el poder financiero que gobierna al planeta, ello no es sino la secuela de un desvío acontecido primero en el campo propio del espíritu. Fue necesario que se negara en primer lugar que en el hombre existe una dimensión superior a la meramente psicofísica, tal como se sostiene hoy en día con fervor fanáticamente religioso, y se negara por lo tanto la existencia en éste de una instancia eterna y espiritual, para que nos hundiéramos finalmente en la ciénaga de la democracia universal, es decir, en el universo del animal humano indiferenciado, del hombre-masa de nuestros días.

Y sin embargo, así como existen grados diferentes de ser, los hay también de saber. No todo saber es universalmente objetivable ni todos poseen por igual la misma facultad de entender y de ver. Es verdad lo que dijera KANT que existe un yo trascendental válido e idéntico para la especie hombre, pero él tan sólo se ha referido al hombre psíquico sumergido en la dimensión espacio-temporal, el hombre espiritual en cambio ve y percibe en una manera diferente, **para éste por lo tanto no cabe la misma ciencia que en cambio es válida para el psíquico**. Porque si hay hombres que ven las causas a partir de los efectos, también están los otros, los menos, que pueden percibir en cambio los efectos a partir de las causas.

La ciencia moderna y la religión devocional, al negar la existencia del espíritu en el hombre, ha masificado al ser humano, aceptando así una sola forma de entender y comprender, la propia del hombre psíquico, es decir, el que se encuentra hundido y recluido en la dimensión espacio-temporal. El espíritu también tiene un ojo con el que ve, pero para que éste se active es necesaria una intensa praxis que despierte en el hombre tal dimensión que se encuentra aletargada y oscurecida luego de la caída en este mundo de lo espacio temporal. Es nuevamente la función de la Magia despertar lo eterno en él, llevar al acto su dimensión espiritual.

Dejamos como punto final de estas reflexiones el problema referente a quienes hoy en día, como nosotros, a pesar de todas las críticas que asumen y dirigen hacia el cristianismo oficial, hacia la casi totalidad de su historia, aun a pesar de ello insisten en considerarse cristianos.

Queremos recordar aquí al respecto una crítica que, en el cibernético mundo de Internet, nos dirigiera J. V. LASTARRIA en ocasión de una réplica por él elaborada a un escrito nuestro sobre JULIUS EVOLA [2]. Más allá de una serie de detalles discutibles de la misma y que no viene al caso relatar aquí, hay que reconocer que ésta tenía sin embargo una objeción válida que queremos aprovechar para analizar en este escrito en tanto la consideramos oportuna dentro del contexto de lo que queremos manifestar. ¿Cómo pueden, decía esta persona, considerarse Uds. cristianos luego de haber descartado al Concilio Vaticano II, al tomismo, al jesuitismo, a la experiencia mística, etc.? ¿Qué es lo que queda pues del cristianismo luego de tantos descartes? Y comparaba nuestra postura con la de un personaje de IBSEN, *Peer Gynt*, quien quería llegar a conocer la esencia de la cebolla pelándola sucesivamente hasta que, luego de su estéril y vano trabajo, se encontraba finalmente con nada. Nos preguntamos al respecto: ¿Una vez que hemos descartado tantos fenómenos y procesos de dicha religión, una vez que hemos aceptado con EVOLA que se ha convertido en una religión psíquica que, en tanto ha negado el esoterismo, se encontraría en inferioridad de condiciones respecto de las restantes, podemos terminar finalmente asimilándola a la cebolla del aludido personaje? Agreguemos que LASTARRIA finalizaba su objeción estimulándonos a convertirnos a su

[2] El aludido escrito, firmado por el mencionado J. V. LASTARRIA (se trataría de un pseudónimo), lleva por título "*Vino nuevo en odres viejos*". Me fue entregada una copia del mismo personalmente, pero tengo entendido que circuló por internet.

religión, una especie de paganismo nazi y ateo que parte en sus críticas desde el positivismo lógico, por el que se rechaza la existencia de toda realidad metafísica y que por lo tanto no se aceptaría desde su perspectiva que en el hombre tengamos una instancia que trascienda su dimensión espacio temporal. Pero al respecto consideramos que justamente es el *Grupo de Ur*, a lo largo de estas obras aquí analizadas, quien nos da la respuesta adecuada, formulando aquí implícitamente lo que hace en última instancia recuperable al cristianismo, no obstante todos los desvíos que se le puedan achacar. A pesar de todo, la religión católica ha sostenido la existencia del rito comprendido como un vínculo trascendente que en un determinado momento penetra en nuestra existencia, produciendo en ella una modificación esencial de carácter indeleble. Tenemos así que:

1° Recibir un rito es ser sellado de por vida. El rito origina un destino en la persona, del cual ésta sólo puede evadirse a costa de una caída y de un consecuente desvío. El rito establece un vínculo de tipo carismático, ajeno a la voluntad del que lo recibe. Es esta independencia de la misma lo que propiamente lo convierte en una realidad metafísica. Ésta es una dimensión con leyes propias que por lo tanto poseen el mismo carácter necesario que hallamos también en el mundo físico. Así como en la naturaleza un conjunto de hechos determina fatalmente una reacción, de la misma manera sucede en la esfera metafísica. Del mismo modo como cuando un alma se separa de un cuerpo sobreviene necesariamente un fenómeno que se denomina la muerte, la ruptura con el vínculo establecido por el rito determina en quien lo ha hecho una serie de consecuencias fatales y necesarias que aun descienden hacia generaciones futuras. El rito fija en el sujeto un vínculo indeleble, a través del cual, si bien puede ser vivido de manera diferente, el lazo de éste con una determinada comunidad religiosa ha sido establecido y su pertenencia a la misma es en última instancia independiente de la voluntad de quien lo ha recibido, sucediendo entonces que, al apartarse de ésta, sobrevenga un estado de caída y de consecuencias para el que así lo ha hecho, e incluso para su posteridad. Ello acontece de acuerdo a la máxima metafísica, también presente en el plano físico, de que a tales causas, tales efectos.

Claro que, volviendo al cuestionamiento antes apuntado, podemos decir que un materialista rechaza todo valor que posea el rito, en tanto que para él la única realidad que se acepta es la sensible y corpórea física. Entonces

en éste el problema de un vínculo carismático de carácter metafísico carece totalmente de significación, pero ello, digámoslo una vez más, es nada más que el producto del prejuicio unidimensional del moderno por el cual sólo existe la realidad física.

Podemos decir por lo tanto que **es en razón de un vínculo de carácter metafísico que nosotros somos cristianos**. El cristianismo se nos presenta como la manera, como el modo a través del cual nosotros, desde nuestra perspectiva histórica concreta, vivenciamos un orden de carácter absoluto. El cristianismo es nuestro lenguaje propio, y despojarnos de éste, convirtiéndonos a otra religión, como nos sugiere LASTARRIA, significaría un retroceso, un estancamiento, una pérdida en la identidad, parecida análogamente a aquellas operaciones físicas por las cuales se pretende cambiar de sexo. Por supuesto que no todos son cristianos de la misma manera y que el rito puede ser vivido en modo diferente, tal como dijéramos al referirnos al legalismo ritualista. Pero, insistimos, el mismo representa apenas un punto de partida, éste condiciona pero no determina la continuidad de nuestra existencia.

Digamos finalmente que en el cristianismo hay dos maneras distintas de comprender al rito. Para el esoterismo, postura en la que se encuadra el *Grupo de Ur*, aunque no necesariamente en manera cristiana en todos sus miembros, el rito que proporciona la religión representa un instrumento para la superación de toda realidad de carácter sentimental y sensible a fin de remontarse hasta una esfera superior de orden metafísico. La manera opuesta es la representada por la Iglesia oficial la cual, a lo largo de su historia, ha utilizado en cambio a la religión como un instrumento de dominio afín con sus intereses políticos de institución a la conquista de espacios de poder en el mundo. En ello consiste justamente la esencia del güelfismo. Pero que esto haya sido históricamente así de ninguna manera disminuye la dimensión del rito cristiano e incluso puede hasta representar un verdadero desafío la restauración de su significado originario.

Justamente es dentro del contexto del vaciamiento ritual de la religión cristiana cómo hoy en día podemos comprender este pedido de perdón colectivo por todo el pasado de 2.000 años de historia efectuado por la Iglesia. Hoy en día se pide perdón a todos: a los protestantes, a los ortodoxos, a los judíos. La primera reacción ante ello es la de preguntarnos qué es lo que queda de la Iglesia luego de este perdón. A tal efecto es

fundamental tratar de entender el sentido del mismo alejados de una interpretación psíquica que en una primera reacción tendería a calificar tal proceso como un acto de masoquismo y de autodemolición. Aquí son rechazados prácticamente 2.000 años de historia y lo único que en cambio terminaría quedando en pié es simplemente el cristianismo primitivo, la etapa evangélica de la predicación de Jesús, todo ello teñido a su vez de un pacifismo de estilo gandhiano. Se rechazan así las dos grandes epopeyas del Occidente cristiano que fueron las Cruzadas y la Conquista de América. Y la finalidad de tales rechazos se enmarca en el contexto de la búsqueda de una unión con las restantes religiones. Sin embargo tal autocrítica es realizada exclusivamente a partir de hechos morales y mundanos, ya que en tal negación y rechazo no hay en ninguna manera atisbo alguno de modificar la postura güelfa política asumida históricamente por la Iglesia, sino al contrario, en función de la misma, tratar de limar asperezas a fin de constituir una cierta confederación de religiones, acorde con la etapa de globalización de la cultura que hoy se vive. Y es por ello que no es casual que en todo esto se ignore aquí que justamente lo que hace que una religión tenga un sentido es la imposición por parte de la misma de los ritos, y el hecho de que éstos sean diferentes de acuerdo a las distintas confesiones se debe principalmente a la diversidad que existe en la naturaleza humana. Pero con tal ecumenismo dejan de tener importancia tales distinciones esenciales quedando así el mismo reducido a una dimensión de carácter meramente exotérica, que es en cambio el lugar en donde por el contrario deberían existir grandes distancias. Esta profunda distorsión la percibimos por ejemplo hoy en día en aquello que ha dado en conocerse como el fenómeno de la *concelebración*, es decir, en la posibilidad de poder efectuar ceremonias religiosas indistintamente entre rabinos, curas, pastores, etc, aplicando cada uno incluso el culto de la otra confesión. Ello no hace más que explicitarnos un significado claro y profundo: en realidad **el rito ha perdido aquí todo valor trascendente**; se trata simplemente de una ceremonia simbólica por la cual se pretende ratificar en los fieles la presencia de un sentimiento religioso, el cual no es sino la prolongación, lo que otorga fuerza y sublima una moral social, comunitaria e indiferenciada. De este modo en el rito interviene cada vez más el sentimiento, esto es, lo que lo hace puramente humano, discursivo y lo aparta así de su significado trascendente. Reiteramos: en donde cada religión debe ser específica es propiamente en el

carácter originario y excluyente de su rito, el cual no debe ser sustituido en manera alguna bajo el riesgo de convertirselo en un mero acto recordatorio, puramente alegórico, carente de valor en sí mismo.

Pero notemos además lo que resulta aun más curioso y significativo en todo este pedido de perdón de carácter universal. En el mismo se especifican cada una de los presuntas persecuciones, muchas de ellas sin lugar a dudas arbitrarias, pero sin embargo la Iglesia se cuida bien de pedir perdón por uno de los más grandes atropellos cometido en su historia cual fue la disolución y exterminio de la *Orden de los Templarios*, orden de carácter esotérico que ecuménicamente buscaba la unión trascendente entre las dos grandes religiones en ese entonces en pugna: el Islam y el Cristianismo. La cual consistía en una unión no renunciataria, pues en ella se mantenían estrictamente las diferencias exotéricas entre las mismas, reconociéndoselas como caminos idóneos y acordes según las diferentes expresiones que presenta la humanidad (raza, cultura, lengua, tradición), pero en modo alguno se consideraba a la otra como diabólica y camino irreversible hacia la condena. Esta unión en lo profundo era la que podía matizar y evitar que los conflictos entre las razas y las religiones arribaran a límites virulentos, específicamente a través de guerras de religión o limpiezas étnicas, tal como sucede en cambio en nuestros muy ecuménicos y pacifistas días. Suscitaban así la posibilidad de ver en el otro a alguien diferente en cuanto al camino emprendido, pero no necesariamente un enemigo. La unión entre las grandes religiones debía efectuarse a través de las élites, es decir, a través de aquellos que se encontraban en las grandes alturas del espíritu pues eran **los que no se conformaban con creer, sino que además querían ver**. Digamos también, como una señal significativa, que el diálogo secreto entre *Templarios* del lado cristiano y *Assassins* del lado musulmán, será repudiado tan sólo por la parte católica güelfa y ello ha significado sin lugar a dudas un menoscabo para nuestra religión, la cual se ha amputado de este modo de su faz estrictamente esotérica, originándose a partir de ello, tal como dijera Evola, el inicio de la gran decadencia y la consecuente imposibilidad de alcanzar una unión trascendente.

Agreguemos finalmente que también nosotros somos **ecumenistas,** pero aquí el problema que se trata es acerca de qué tipo de universalidad es la que sostenemos. O una centrada en lo trascendente, en lo que se encuentra por encima de la diversidad, o la que en cambio asienta sus

bases en lo que resulta secundario, en la mera moralidad o en los "derechos humanos", es decir, una pseudounidad, ficticia, efímera.

Es cierto que ante el desvío materialista en que se encuentra la modernidad, hay que buscar la unión entre las grandes religiones, pero esta unión puede realizarse o por arriba o por abajo; o a nivel político-moral, tal como reza el ecumenismo vaticano, en connivencia explícita con los poderes fácticos del planeta, o a nivel de la metafísica, como sostiene en cambio el esoterismo. La gran tarea del cristiano de hoy es pues la de buscar el fondo esotérico en la historia de su religión, entre las diferentes figuras heterodoxas, excluidas y combatidas por el güelfismo durante casi dos mil años y curiosamente también excluidas del pedido de perdón universal.

Somos concientes de esta gran carencia que tiene nuestra religión y concordamos una vez más en la gran desventaja que ello significa en la empresa de alcanzar una realización metafísica. Pero a nuestro entender lo que por un lado representa un inconveniente del cristianismo puede por el contrario, desde una diferente óptica, ser concebido como una ventaja. Así como el mismo EVOLA decía que esta época por su gran decadencia era una prueba de excepción para los hombres diferenciados, en la cual era posible efectuar experiencias especiales que no podían desarrollarse en otras superiores y más espiritualizadas, sucede lo mismo con respecto al cristianismo. No nos cabe duda de que es la religión en la cual resulta más difícil hallar sesgos de carácter metafísico, debido al terrible virus güelfo que la corroyó a lo largo de su historia, en la cual una estructura eclesiástica anquilosada y politizada hasta consecuencias extremas es el correlato de un moralismo sentimental de carácter meramente exotérico. La experiencia cristiana es sin lugar a dudas la más difícil y, siguiendo con el esquema dado por LASTARRIA, es seguramente aquella en la cual más cáscaras de cebolla haya que pelar, pero sin embargo lo que es indudable es que en el trasfondo de la misma existe una estructura profunda de carácter metafísico y que ésta se encuentra proporcionada por la recreación de estas dos dimensiones de lo real que son el símbolo y el rito, como vínculo del hombre hacia lo trascendente, como medios de elevación hacia lo superior, sobre todo lo cual los hombres del *Grupo de Ur* y de *los Dióscuros* nos han dado múltiples elementos.

Marcos Ghio

I

1) *LIBERACIÓN DE LAS FACULTADES*

Las fuerzas que pueden encaminarnos a la realización iniciática no pueden entrar en acción antes de que sean liberadas de los impedimentos pertenecientes a un orden sea exterior, como interior.

En este escrito se consideran tan sólo los impedimentos de carácter exterior y se indican algunas reglas de vida, a través de las cuales se puede proceder a su remoción.

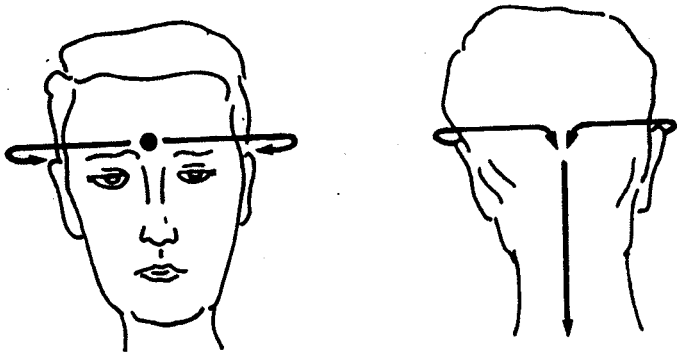
I

La primera condición consiste en la conquista de un pensamiento perfectamente claro. Para tal fin es necesario liberarse, sea aun por un brevísimo espacio de tiempo –también por pocos minutos (aunque es mucho mejor si por más tiempo)– *de la divagación del pensamiento.*

Hay que convertirse en dueños del mundo de los propios pensamientos. Nosotros no somos dueños de éstos, si las circunstancias externas, la profesión, las costumbres, las contingencias sociales, la hora del día, determinadas ocupaciones, etc., nos imponen un determinado pensamiento y el modo de desarrollarlo. En el período de tiempo arriba mencionado es pues necesario por un acto de libre voluntad despejar la mente del curso ordinario cotidiano de los pensamientos, tomar un determinado pensamiento y ubicarlo por propia iniciativa en el centro del alma. No es necesario que este pensamiento sea elevado o interesante. Es más, será más conveniente, en función del fin al que se tiende, elegir desde el comienzo un pensamiento posiblemente no interesante y poco importante. En tal caso es en mayor medida estimulada la actividad autónoma del pensar, lo cual es lo que importa; en vez, al tratarse de un pensamiento interesante, este pensamiento muchas veces arrastra consigo a nuestra mente. Es mejor cumplir con esta disciplina de control del pensamiento pensando en un alfiler, en vez que en un Napoleón, por ejemplo. Es

necesario decirse a sí mismos: "Ahora yo actúo a partir de este pensamiento y, por una espontánea iniciativa, lo vinculo con todo lo que puede, objetivamente, tener relación con éste". El pensamiento elegido debe luego, al final, estar delante del alma con una similar evidencia y vivacidad como al comienzo. Este ejercicio debe ser hecho cotidianamente, por lo menos por un mes. Se puede tomar cada día un pensamiento nuevo, pero podemos también detenernos por muchos días sobre un mismo pensamiento. Al haber hecho lo que se dijo antes, se busque en un segundo tiempo llevar a plena conciencia aquel interior sentimiento de firmeza y de seguridad que, observando atentamente la propia alma, se asomará muy pronto. Se concluya luego (tercer tiempo) el ejercicio concentrando la propia conciencia en un punto situado un poco por encima de la raíz de la nariz, en medio de los ojos, haciendo desde allí fluir por visualización animada aquel sentimiento desde los dos lados, horizontalmente, desde la frente hasta la parte posterior del rostro, para desde allí descender en el medio de la espalda a través de la espina dorsal, invirtiendo el sentimiento conquistado en aquellas partes del cuerpo, vinculándolo con las palabras:

FIRMEZA YSEGURIDAD



II

Luego de haberse ejercitado, como se dijera arriba, por espacio de alrededor de un mes. Se agregue una segunda disciplina.

Se elija una acción cualquiera que por cierto no se habría hecho según el curso normal del propio tenor de vida, y cada día se imponga a nosotros

mismos esta acción, de manera espontánea a la manera de un deber. Será bueno elegir una acción que pueda ser repetida cada día, por un período más bien largo, También aquí es mejor comenzar con una acción insignificante, que de otra manera no se habría hecho y que nosotros nos debemos imponer. Por ejemplo, propongámonos regar una planta en una determinada hora del día.

Luego de algún tiempo se agregue una segunda acción de este tipo, luego una tercera, y así sucesivamente: tantas, de manera tal como se pueden cumplir, sin venir a menos en las ocupaciones habituales.

También esta disciplina podrá durar cerca de un mes. Por cuanto ello sea posible, se continúe sin embargo el primer ejercicio también durante el segundo mes, sin hacerse un deber absoluto respecto de ello como en el primer período, pero también sin descuidarlo, de otra manera se observará como pronto serán perdidos los frutos del primer mes y se recaerá en la disipación indolente de los pensamientos incontrolados. Es necesario absolutamente proveer a fin de que los frutos, una vez conquistados, no sean perdidos.

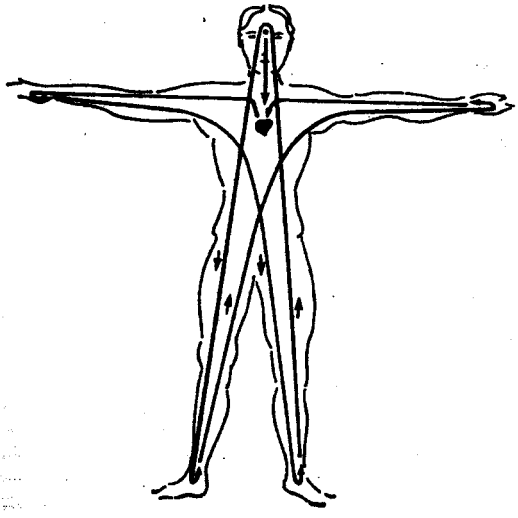
Una vez cumplida esta segunda disciplina, una tal acción de iniciativa espontánea, convirtámonos en concientes, a través de una observación sutil de la propia alma (segundo tiempo) y del adquirido sentimiento de interior impulso a la actividad, y se difunda luego este sentimiento en el cuerpo, virtiéndolo desde la cabeza hasta el corazón.

III

En el tercer mes debe ser puesta en el centro de la propia vida una nueva disciplina que apunte a la consecución de un cierto equilibrio del alma ante las oscilaciones de placer y de displacer, de alegría y de dolor. Debemos sustituir concientemente un estado de ánimo equilibrado ante eventuales alternativas de exaltación y de depresión. Se trata de vigilarse a fin de que ninguna alegría nos transporte demasiado, ningún dolor nos abata, ninguna experiencia nos haga enojar desmesuradamente, ninguna expectativa nos colme de esperanza o de miedo, ninguna situación nos desconcierte y nos haga perder la presencia de espíritu y así sucesivamente. No se tema que con tal ejercicio arribemos a convertirnos en indiferentes;

es más, observaremos pronto cómo, en lugar de aquello que se pierde a través de esta disciplina, surgen en el alma facultades purificadas. Sobre todo podremos sentir un día, observando con sutil atención, una calma interior incluso dentro del cuerpo (segundo tiempo). Sea invertido este sentimiento de calma, procediendo en modo similar a los dos casos ya descriptos, en el propio cuerpo, haciéndolo irradiar desde el corazón hacia las manos, luego hacia las piernas, y finalmente hacia la cabeza (tercer tiempo). El sentimiento debe siempre nuevamente ser reconducido hacia el corazón y desde aquel centro ser hecho irradiar nuevamente. Naturalmente, ello no puede ser hecho después de cada ejercicio, puesto que, en el fondo, no se trata aquí de un determinado ejercicio, sino de una atención continuamente dirigida hacia la propia vida interior. Pero por lo menos una vez por día hay que hacerse presente a la propia alma esta calma interior y hacer luego el ejercicio de irradiarla desde el corazón. Tal como se recaba de la figura, la irradiación llega a trazar la línea del pentagrama.

En el cuarto mes se debe cultivar, como una nueva disciplina la denominada *positividad*. La misma consiste en considerar, ante todas las experiencias, a los seres y a las cosas, en aquello que hay en los mismos de *positivo*. Esta facultad del alma puede ser caracterizada en el modo mejor por una leyenda persa acerca del Cristo. Mientras que él un día iba por el



camino con sus discípulos, vio en el borde de la calle a un perro muerto ya en estado de putrefacción. Todos los discípulos dieron vuelta su rostro para evitar tal espectáculo tan desagradable. Tan sólo el Cristo se detuvo y, contemplando pensativo al animal, dijo: "¡Qué hermosa dentadura tiene este perro!". Allí donde los otros habían tan sólo visto el aspecto feo y repugnante, el Cristo había en vez sabido hallar aquello que, a pesar de todo, había de hermoso en el mismo. De manera análoga, nos debemos esforzar en descubrir un aspecto positivo en cada manifestación y en cada ser.

Esta disciplina tiene relación con aquello que se puede denominar como la suspensión de la crítica. No hay que creer sin embargo que por esto se tenga que denominar blanco al negro. Hay una diferencia notable entre el juicio que parte tan sólo de la propia particular individualidad y que define lo positivo y lo negativo, lo bello y lo feo en función de esta misma individualidad, y la actitud de quien es capaz de ensimismarse impersonalmente y con el alma libre en el fenómeno o en el ser extraño, preguntándose ante cada circunstancia: "¿De dónde deriva que esta cosa, este ser sea así y de tal manera?".

Aquel que por un cierto tiempo –digamos que por el espacio de un mes– por disciplina se esfuerza en descubrir concientemente el aspecto positivo en todas las propias experiencias, observará gradualmente que en él se manifiesta un sentido, casi como si su piel se convirtiese en permeable desde todas sus partes, y como si su alma se abriese ante los secretos de todo tipo y ante sutiles procesos del ambiente, que antes se sustraían completamente a su atención. Justamente se trata de esto: de combatir el descuido, la desatención ante estas cosas sutiles, ínsita en cada hombre. Arribados a la observación de que el sentimiento arriba descrito se manifiesta en el alma como una especie de beatitud, se buscará dirigir este sentimiento a través del pensamiento, en la dirección del corazón, haciéndolo fluir desde allí hacia los ojos y desde los ojos afuera en el espacio adelante y alrededor. Se observará pronto que en tal modo se establece una relación íntima con este espacio: se crece, casi, más allá de sí mismos: se arriba a considerar una parte del mundo circundante como perteneciente aun a sí mismos. Es necesaria mucha concentración para esta disciplina; sobre todo, es necesario saber reconocer que toda pasión, todo movimiento impetuoso y violento ejercita sobre esta actitud una acción deletérea. En cuanto a la repetición de los ejercicios de los primeros meses,

vale la norma ya dada más arriba.

En el quinto mes se busque cultivar en sí mismos la actitud de quien enfrenta cualquier nueva experiencia con ánimo totalmente abierto y libre. Es necesario liberarse completamente de aquella mentalidad que, ante una cosa nueva, hace decir: "¡No he visto nunca, ni he tampoco escuchado algo semejante, por ende no creo en ello, es una ilusión!". Como disciplina se debe estar listos en esperar en cada momento algo totalmente nuevo. Todo aquello que hasta ahora se ha reconocido como normal, todo aquello que hasta ahora se nos ha aparecido como posible, no debe vincular, de modo de impedir de acoger una verdad nueva. Si alguno nos dijese: "Escucha, el campanario de la Iglesia desde esta noche cuelga de un lado", debe poder pensarse que, en el plano de los principios, el conocimiento de las leyes naturales hasta ahora poseído puede modificarse o completarse como consecuencia de un tal hecho en apariencia inconcebible. Aquel que en el quinto mes se dedique a una disciplina semejante, observará que en su alma aflora un sentimiento, como si en aquel espacio, el cual mencionamos en relación de la cuarta disciplina, se moviese alguna cosa, como si alguna cosa se convirtiese en viviente. Este sentimiento es sobremanera fino, sutil. Es necesario tratar de captar atentamente estas sutiles vibraciones en cierto modo adentro de todos los cinco sentidos; en manera marcada, a través del ojo, el oído, la epidermis, en cuanto esta última contiene el sentido del calor (tercer tiempo de la disciplina).

En este estadio del desarrollo esotérico se dirija una menor atención a las impresiones vinculadas a la reacción de los sentidos inferiores, es decir al gusto, al olfato y al tacto. No es todavía posible distinguir bien, en este estadio, los muchos influjos negativos que se mezclan con los positivos que actúan en este mismo campo. Por lo tanto aquel que se ejercita que abandone toda extensión de la disciplina a los sentidos inferiores, hasta que no haya alcanzado un estadio más alto.

En el sexto mes se tratará de repetir siempre de nuevo, sistemáticamente, en forma de ciclo, todos los cinco ejercicios. El efecto será un particular equilibrio del ánimo. Se observará marcadamente la total desaparición de toda eventual contratiempo ante los fenómenos y los seres del mundo. La calma comprensión de cosas que antes quedaban completamente escondidas al alma se convertirá en posible. Incluso la incidencia y el gesto del hombre se transforman bajo el influjo de estas disciplinas y cuando, un día, se

revelará que la misma escritura ha asumido un carácter diferente, se podrá decir que se está cerca de entrar en un estadio superior del desarrollo.

El conjunto de una disciplina iniciática comprende tres partes. La primera es la realización contemplativa. La segunda es la continua atención sobre todo lo que acontece en nosotros, sobre todo aquello que experimentamos. La tercera es la penetración de la parte sutil y oculta de la corporeidad con determinados estados: a tal sección se refieren las disciplinas aquí descriptas. Las mismas abarcan varias zonas:

I) cabeza y espina dorsal;

II) desde la cabeza, a través del corazón, en el cuerpo;

III) desde el corazón, hacia toda la persona;

IV) desde el corazón, a través de los ojos, en el ambiente.

En cuanto a la quinta disciplina, la misma propicia un movimiento de retorno: desde el ambiente animado, hacia nosotros.

Todavía dos puntos. *Primero*: los seis ejercicios paralizan el influjo nocivo que puede venir de otras disciplinas esotéricas, haciendo permanecer de ellas el solo aspecto favorable. *Segundo*: ellos aseguran una firme base al trabajo de concentración, de meditación y de contemplación.

COMENTARIO

Para comprender el alcance y el verdadero significado de las disciplinas aquí mencionadas, es necesario darse cuenta de aquello que aun la psicología moderna ha presentido, es decir, de la existencia en el ser humano de los denominados "complejos", nudos de energía psíquicas que tienen una vida propia, tales de sustraerse en gran parte del control del Yo de vigilia. Hasta ahora la atención se ha dirigido sobre todo sobre aquellos "complejos", que tienen una naturaleza propiamente patológica. Pero formaciones de tal tipo, tenaces y profundas, existen también en la persona más normal. Las mismas tienen por efecto que ninguna impresión, ninguna experiencia arribe pura hasta el Yo, sino que padezca la alteración propia de impresiones y de experiencias precedentes, y que nosotros reaccionemos en modo instintivo y automático siguiendo líneas ya definidas en el pasado también cuando en la zona de la conciencia haya acontecido por principio la superación de tales reacciones. Existe pues en el alma humana alguna

cosa que tiende a anular todo desarrollo nuevo y a través de la cual se ejercita la influencia paralizadora o desviadora de fuerzas oscuras, de fuerzas que se pueden denominar de "contra-iniciación".

Ello se verifica en los diferentes dominios psíquicos, es decir, en el campo del pensamiento, *así como en el de la* voluntad, *del* sentimiento, *del* juicio *y de la* memoria. *Las cuatro disciplinas referidas aquí apuntan a poner, en cada uno de tales dominios, un principio de actividad autónoma. Para los dos primeros ejercicios, la cosa es evidente: desarrollando rigurosamente un curso de pensamientos vinculado a un tema que no nos interesa en modo especial, concentrándose en él en modo concientemente activo, y al mismo tiempo, cumpliendo, en una determinada hora, regularmente, un acto que no ofrece ningún especial interés y no tiene ningún significado, alimentamos una disposición positiva de la facultad del pensamiento y del sentimiento, limitando la fuerza de los automatismos y de los impulsos desordenados y momentáneos. Se puede recordar que también en los* "Ejercicios Espirituales" *de Ignacio de Loyola la superación de lo que éste denomina las* inordinatae affectiones *constituye una de las tareas preliminares principales de la ascesis activa.*

El tercer ejercicio apunta al desarrollo de la ecuanimidad, es decir al logro de un equilibrio ante el placer, y en general, ante las reacciones emotivas, ante el dolor, a hacer de modo tal que esas reacciones no se manifiesten automáticamente en nosotros. Se debería justamente arribar a lograr el poder de detener las reacciones inmediatas, que una u otra experiencia o sensación tenderían a determinar; más tarde, en pleno equilibrio del ánimo, se puede nuevamente considerar todo impulso, para aceptarlo o rechazarlo. En el hecho de tener una percepción o una experiencia, si en el pasado a experiencias similares se les había unido en el ánimo una sensación de dolor o de placer, junto al recuerdo, la memoria nos remite automáticamente también hacia aquel complejo afectivo que los conserva en nosotros, y la reacción nuestra hacia el mundo quedará inmediatamente influida con ello. En virtud de la tercera disciplina, en vez, arribamos a obtener que en el campo del sentimiento no se verifique más una reacción automática, sino que cada vez ante una determinada experiencia se conserve una actitud libre en el sentir y se analicen las cosas a la luz de nuestro estado actual perfectamente conciente. Así pues se propicia la tercera liberación, la liberación del sentimiento.

En cuanto a la cuarta disciplina –la de imponerse de considerar en las cosas y en los seres sólo el aspecto bueno y positivo y de rechazar ver el resto– ella no debe hacer nacer equívocos: no se trata de ir por el mundo como un ingenuo idealista, de ver todo bello, de caer en cada insidia de la vida y de formarse una visión falsificada de la realidad. Se trata en vez de adquirir, por un determinado período de tiempo, la facultad de ver las cosas positivamente, puesto que el lado positivo y creativo de las cosas es aquel que tiene relación con el Yo real supraindividual, mientras que el aspecto negativo se remite a las limitaciones individuales contingentes. Justamente por tal vía nos podemos encaminar hacia la cuarta liberación, hacia la liberación del juicio*; es decir, se puede afinar una disposición del juicio, a fin de que el mismo se dirija hacia lo que en los seres posee un carácter supraindividual que se vincula a un orden superior, este mismo tan sólo real en forma efectiva. En tal modo, se puede incluso tener un presentimiento de lo que en una vida singular trasciende esta misma vida y que antecede al mismo nacimiento terrenal y humano* (ver T. I, pgs. 137 y sig.).

La última disciplina, aun teniendo puntos de contacto con la anterior, se distingue de ella: consiste en no aceptar nada como ya juzgado definitivamente y en poner todo bajo la plena luz de nuestra conciencia, casi como si ante la misma los hechos y las impresiones se le presentaran por vez primera. Ello conduce a una liberación de la memoria. *Si ante un hecho cualquiera me pongo a juzgar inmediatamente, hago actuar en forma automática un determinado contenido de la memoria sin una confrontación actual. Si en vez me digo: "Quiero examinar la cosa de nuevo", ante la percepción pongo mi juicio actual, en modo objetivo, y puedo en vez ver, de a poco, de qué cosa proviene el contenido de la memoria misma, puedo recorrer la vía de los recuerdos, hasta un punto que no representa el vacío, sino un campo objetivo que puedo explorar libremente y que se extiende límpido ante mí.*

Es en este sentido que las disciplinas aquí referidas pueden considerarse como instrumentos preliminares para el trabajo iniciático de la liberación de las facultades.

2) *ENCAMINAMIENTO HACIA LA MAGIA SEGÚN* JULIÁN KREMMERZ

Será útil para los lectores volver atrás sobre varias cosas, de las cuales ya se ha hablado, a través de la forma en la cual las mismas figuran en la enseñanza kremmerziana, y que por lo demás es también la misma de aquella que apareciera en algunos escritos de nuestros colaboradores, como por ejemplo de ABRAXA. *Ello con la finalidad, sea de constatar las diferentes convergencias, sea de un particular esclarecimiento de algún aspecto particular.*

Lo que sigue está constituido por pasajes extractados de diferentes obras kremmerzianas no fáciles de hallar (Commentarium, La Puerta Hermética, Encaminamiento hacia la Ciencia de los Magos, *los cuatro* Fascículos, Los diálogos sobre el Hermetismo) [1], *y luego reordenados, con alguna modificación de forma hecha necesaria por este reordenamiento.*

Nuestra *pureza*, integralmente comprendida, es la *neutralidad* conciente e inalterable de la conciencia. Todo odio y todo amor, diría todo interés del operador hermético, en el logro de la cosa querida, convierte en inútil, anula, destruye el resultado esperado.

En el pleno equilibrio físico y mental, en un régimen de vida sobrio, sin esfuerzos, observando en silencio, realizando la vanidad de la palabra, se propicia el desarrollo de la inteligencia hermética.

Despégate mentalmente del ambiente, como si se tratase de algo que no debe y no puede ofenderte. Di: Los injustos no arribarán a afectar mi equilibrio. Es la idea de la más perfecta neutralidad que asume la imagen del completo Integrado: como un Señor justo; espectro del Dios imaginado por los creyentes, juez, donador opulento y magnífico del don, con el sentido excelso del gigante que no aplasta con la mano a un hombre enfermizo.

El hombre perfecto no es todo cuerpo ni todo espíritu, sino la integración de los poderes del espíritu en el cuerpo que lo alimenta y sirve a sus manifestaciones, en un equilibrio constante que impide el exceso sea

[1] En los últimos tiempos se han reeditado unas obras de KREMMERZ por parte de la casa editora "*Universale di Roma*".

del uno como del otro de los factores.

En la vida física, usa de todo y abstiénete de todo a voluntad. Con un régimen sobrio de vida, el cuerpo se fortifica. Si te encuentras enfermo, ayuna. Dirige este régimen a las pasiones y a los deseos. Las pasiones son sufrimientos por deseos no conseguidos o no satisfechos lo suficiente. Desea sobriamente, y cuando el deseo se excede, abstiénete. Aquello que aleja más del poder es el deseo de la voluptuosidad.

Un Maestro debe ser superior sea al bien como al mal, puesto que de su neutralidad respecto de uno u otro efecto depende su estado equilibrado y continuo, tal de desarrollar los poderes internos y de servirse de éstos en todos los sentidos. Toda operación lleva impreso el estado de equilibrio o de desequilibrio del que opera.

El laboratorio eres tú mismo, y es necesario que tú veas con claridad como ante la luz del sol. Reflexiona sobre tus acciones y medita sobre ellas. Las características, las impulsivas, las que conservan su estilo constante, te develarán a ti tu ser antiguo, tu historia olvidada y lo que has sido. Toma la costumbre de examinar con frecuencia tu conciencia.

Es necesario ser sinceros consigo mismos, ello es la cosa más difícil.

+

De la misma manera que con el alma, el propio cuerpo puede ser acostumbrado sea al frío como al calor. Así tú debes dominarlo: prohibiendo o mandando: dando y quitando. El cuerpo físico y tu alma deben obedecer y mantenerse constantemente a las órdenes de tu inteligencia, la cual tiene el derecho de soplar calor y frío con la boca. Así come y ayuna, vela y duerme.

Tu pensamiento actúa tan seguramente sobre el cuerpo, que con un entrenamiento suficiente dispondrá enteramente de este último. No tengas miedo de contagios, enfermedades, disturbios de cualquier tipo. Basta con *pensar* queriendo que tal cosa no acontezca en tu organismo.

Edúcate gradualmente. Con las sensaciones de calor y de frío: en un día rígido, piensa por ejemplo que puedes continuar a hacer a menos del gabán, puesto que el frío no te afecta, más aun, te energetiza. En el calor, comienza a querer que tu piel no transpire; luego, que el calor externo no se te convierta en molesto. Dirígete a las diferentes necesidades: a las de la

costumbre: no te abstengas de beber, si tienes el hábito de ello, sino *querer* que la necesidad de beber cese. A las fisiológicas: *querer* que en el atardecer a una tal hora el sueño no venga. Ayuna, pero no por penitencia, sino para inhibir al estímulo del hambre de asomarse antes de un determinado momento.

Podrás por tal vía operar directamente sobre el organismo, por más que puedan asomarse algunos desórdenes pequeños. En los más débiles la voluntad es *imaginativa*, en los más habituados es simplemente *enunciativa*. Entonces no tendrás necesidad de "sugestión": te bastará querer con seguridad, como el dueño que dispone de un instrumento.

La educación hermética tiende pues a convertir las facultades integrativas del intelecto humano en dueñas absolutas del componente animal, para convertirlo en siervo obediente y atento ante la autoridad psicodinámica que está en nosotros. Purifícate de todo obstáculo para el libre ejercicio de la voluntad inteligente: *libérate de cualquier necesidad.*

+

La realización, en lo alto como en lo bajo, es un acto de *amor*: sea para el bien como para el mal: para lo que otorga utilidad y para lo que produce daño.

Cualquier idea de ventaja personal entorpece y detiene – compensación moral o material, es lo mismo. Si un enamorado "reza" por su mujer, no obtiene nada si no convierte su amor de enamorado en el de la madre que se inmola por su hijo. Pregúntate si, cuando la enfermedad de otro pasara a tu cuerpo, si tendrías la fuerza de sufrir en vez de él sin lamentarte y sin arrepentirte de ello. Si sientes de poder responder que *sí*, entonces ya te encuentras listo para obtener las virtudes taumatúrgicas.

Estado de amor: sutilmente, benévolamente debes sentir toda la amplitud de un estado de tierna responsabilidad, tal como el que se sentiría espontáneamente hacia un niño que sin hablar solicitase ayuda. Así como el huésped que abre la puerta de una casa a una persona amiga y la envuelve con su autoridad. Sentimiento que es piedad, compasión, caridad, el de ser como el protector que deja en sí descansar al otro y que verá todo cumplido. Envuelve al otro con una onda de bien, piensa en él y *dale* (no

existe otra palabra) la calma, la insensibilidad al dolor, la vida [2].

No conoces el amor que une a dos almas sin deseos, sin excepciones, sin particularismos, sin interés, y que al mismo tiempo viven del mismo deseo, del mismo particularismo, del mismo interés, en una comunión de bien profundo, en donde ninguna sombra es posible. Este amor se llama Beatriz, puesto que es Luz, Lavadura, Beatitud. No es un arte y no es una ciencia. Es un espíritu que anuncia al HERMES, *como la aurora al sol*. Es necesario invocarlo. Si viene no lo alejes, pues no volvería más. Si viene, acógelo. Aquel que tú amarás estará tomado por el mismo amor y si es más perfecto te dará todo lo que reclamarás a su espíritu [3].

Ésta es la primera pequeña llave.

+

La plegaria, herméticamente, es un acto de concreta fluidificación de la voluntad. Formular la idea, y desear su realización [4], ello es *plegaria*.

La imaginación de las cosas bien definida, pictórica, minuta, cincelada en los más finos y definidos particulares, es voluntad en acto, es creación. Concebir, imaginar, retraer bien la idea, luego sentirse en el estado de *verdad*, de acuerdo, y en conciencia, con la cosa pensada, es acto de voluntad, sea que la palabra exprese el pensamiento volitivo, sea que no lo exprese. La voluntad es perfecta cuando en la conciencia la idea plasmada es la idea vivida. Paz entre idea imaginada y conciencia, voluntad en

[2] Permaneciendo el todo una misma cosa, no hay sino que cambiar la cualidad de lo que se da, y como *estado* o imagen fludificada debe ser suscitado primero en sí, cuando se quiera conducir la operación hacia un resultado opuesto, y simplemente diferente. Ver T. IV, cap. V: "*La Magia de las Estatuillas*". Sea para el bien como para el mal, ha dicho KREMMERZ, la condición es el *amor*, comprendido en sentido hermético, como simple fuerza de *relación envolvente* y de *penetración*.

[3] Un tal amor cesa de estar necesariamente vinculado a un particular ser. Reputamos más bien que la alusión al amor antes mencionado entre dos personas tenga sobre todo por fin el hacer comprender, por analogía, de qué estado se trate: un estado que luego en magia se debe llegar a saber evocar *en sí* sin apoyarlo ni vincularlo a nada.

[4] Es evidente que se trata aquí de una especie de "deseo" diferente de aquel, en orden al cual KREMMERZ mismo, conformándose a lo que siempre ha sido enseñanza mágica, dice que el deseo paraliza la realización.

acción, amor que interviene y fecunda.

En la conciencia así integrada, con la voluntad profunda, afuera de cualquier influencia del ambiente, creencia o pasión, el poder hermético se manifiesta espontáneamente, sin esfuerzo, a través de su solo acto imaginativo. *La imaginación es el instrumento de creación de las conciencias integradas.* Basta la creación de una forma pensada en tal condición interior para que la forma se realice, no como el resultado de un esfuerzo, sino como el de un estado de ser independiente e íntimo, que no conoce obstáculos. La concepción, en magia, es un relámpago, una fulmínea operación que implica educación perfectísima sea del cuerpo físico como del mental.

Por lo tanto: cierra los ojos, créate una imagen y contémplala. En la oscuridad verás con una visión que no es la sensible. Haz que más personas en el mismo modo cierren los ojos y abran la visión intelectual – entonces se ha establecido por relación la comunión con la luz. La relación entre las vibraciones astrales percibidas por los sujetos forma la *corriente astral*, que en su tiempo debes aprender a dominar.

HERMES debe hacerte concebir el movimiento mental afuera de todo cuerpo, superficie, espacio: movimiento libre en un ambiente intelectual, sin dimensiones, o que comprende todas las dimensiones. La mente humana herméticamente penetrada en esta función, recaba de ello una virtud divina que se transforma en poderes milagrosos.

+

Magia es el estado de *mag*, es decir un estado intensivo de trance, que pone en directa comunicación a nuestro cuerpo fluídico con la corriente astral cósmica; proyectándolo afuera del cuerpo físico *como una sombra sin luz*, puesto que la luz astral es *negra* [5].

Cuando el centro intelectual predomina sobre los extremos periféricos en contacto con el mundo externo, es posible despegar y aislar el cuerpo

[5] En los "*Diálogos*", KREMMERZ expone además la enseñanza de que el espíritu es soplo y que, como soplo, luego de la muerte va a confundirse y a disolverse en la masa del éter cósmico. Sólo el mago, operando la proyección, no emite su espíritu (aire, viento, soplo), *sino un segundo sí mismo* que contiene el espíritu y le provee un cuerpo similar al humano, invisible al ojo físico, indestructible, capaz de cumplir con el poder de la mente lo que el hombre ordinario hace con los miembros, y no estando más necesitado del cuerpo físico para desplazarse.

fluídico desde lo externo, liberando el poder mental que entonces *ve*. Convertir en inertes los sentidos animales para dar completa libertad al *otro*, al HERMES, que es el sentido conductor entre lo suprahumano y lo humano. No éxtasis pasivo que ve las manifestaciones, sino poder de *dirigirlas*, dándoles fuerza.

Todo lo que se piensa en astral, es realizado en acto: las cosas herméticamente pensadas son hechos verdaderos, puesto que se convierten en reales. Entrar en todos los modos posibles en contacto con el mundo de allá, y actuar en el mismo para tener las reacciones, o efectos, en la vida real común.

+

Los espíritus de los elementos, o elementales, son condensaciones de materia etérea [6], con determinación de vida y finalidad determinada. Según el elemento que predomina, por su específica función, sobre los otros aun presentes, éstos pertenecen a una de las cuatro clases, de elementales del Fuego, del Aire, del Agua y de la Tierra. Cada una de estas familias es innumerable, al reproducirse, reconstituirse, vivificarse, renovarse continuamente. Cada espíritu es de vida limitada. Cada vida, de inteligencia relativa a su función. Cada elemental, inexorable buscador de su fin.

Inmovilizado por este fin, ellos pueden convertirse en inmortales cuando por obra del hombre adquieren las propiedades herméticas de la mente humana: con la libertad volitiva y negativa que en ellos se hace más precisa y libre que en la encarnación. Estos entes sin embargo conservan la inexorabilidad de su primer carácter cuando sean atraídos en la órbita de fines que simpatizan con su índole.

La fuerza mental hermética, convertida en activísima, tiene poderes dominantes sobre los espíritus elementales, hasta poderlos disolver y, en los últimos grados de la magia, convertirlos en inmortales.

Hay una multitud grandiosa de espíritus elementales en deseo de inmortalidad – dicen los libros sagrados; y tú con éstos te encuentras, por una razón fatal del camino, mayormente en contacto, *puesto que son todos*

[6] Nuestros lectores, por lo que se ha dicho en varias partes, tienen con seguridad manera de dar a expresiones de tal tipo su justo sentido.

elementales de Fuego, tienen sed, y tú posees agua para saciarlos.

De Fuego es el éter, de fuego inconcebible hasta que tu espíritu no haya arribado a un estado especial. El fin es justamente: 1) reducir al hombre al estado de éter[7]; 2) reducir el éter al estado de Fuego [8]; 3) reducir el mal que viene en contacto nuestro por medio del movimiento purificatorio integrado.

El Símbolo: HERMES que ama a Venus.

El Nombre: Piromagia, o Magia eónica.

La Forma: La vestimenta roja con triple nudo en el cordón sérico.

El Misterio: el iniciado encerrado en la oscuridad profunda de la capucha.

El Fin: el Hermafrodita, unidad indisoluble de los complementarios.

El Signo: la palma en lo alto – la Llama.

El Medio: El Silencio.

[7] Se compare con el texto que forma parte del último capítulo del tomo anterior acerca de la alquimia hindú. Idéntica es también la formulación en la alquimia taoísta.

[8] Es aquello que ha sido también denominado *ignificación de la luz astral.*

3) ABRAXA
CONOCIMIENTO Y ACCION SACRIFICIAL

Quiero hablarte brevemente acerca del misterio de los *sacrificios* usados en la Magia –a fin de conducirte hacia otra formación, adaptación y resolución de nuestro rito fundamental– y lo haré en forma áspera y cortante.

Sacrificar es in-vocar, desnudar, dominar, transmutar, para proyectar – o absorber. La operación toma como centro al cuerpo y a la *sangre* de una víctima, puesto que las fuerzas con las cuales tienes que ver son de tal naturaleza que no es oportuno que te ponga a ti mismo *directamente* como un "imán" y como un cuerpo de manifestación y encarnación de éstas. El rito ritmea y gradúa la identificación: debes, sí, sentir en el espíritu y controlar las fuerzas que descienden sobre la víctima, pero la asunción integral debe ser tan sólo en el relámpago del instante extremo, en el cual, con la muerte, la potencia es liberada, y dominada –o proyectada– en un mismo acto.

De la misma manera que en cada rito ceremonial, así también con respecto al sacrificio, la clave y las bisagras son la purificación y la dignificación mágica del operador. La una y la otra son dos condiciones, a fin de que en ti se desarrolle, o se integre el poder de consagración, imposición e in-vocación, que debe animar, magnetizar, vivificar el rito.

Con la abstinencia rigurosa, la castidad, el ayuno, el silencio, el aislamiento, con la observancia de todas las prescripciones, que te son conocidas, en relación a la pureza espiritual y ritual, debes sobre todo volver más lentos y débiles los vínculos del cuerpo y de la materia, de modo tal que, liberado poco a poco del oscurecimiento de los deseos, de las imaginaciones, de las afecciones, comience a resplandecer el Yo solar en ti.

Calmo, libre de todo temor y de toda duda, dominando la mente y el corazón, deteniendo todos los movimientos del alma inestable e inconstante y del pensamiento voluble, fíjate de grado en grado en aquel Yo y elévate a la luz interna y a la contemplación.

Según aquello que tú puedes, el período que te es necesario para ello será más o menos largo: días, semanas, meses. Sólo cuando te sentirás

saturado, en la integridad de la certidumbre y en la justeza de la fuerza interna y de la sensibilidad magnetizada y exaltada, puedes ceñirte a la acción sacrificial.

Antes de toda cosa, formula y fija bien en la mente el fin y el sentido del acto. Considera sus partes.

Sobre todo, la *consagración* de la víctima. Es la operación mediante la cual tú la *abres*, decretando su receptáculo y el punto de desemboque de una entidad o de una fuerza.

Privado del grado de clausura que la individuación lleva en la conciencia de los hombres, el animal se encuentra por naturaleza próximo a las "relaciones". Sólo un velo lo separa de los poderes primordiales y de los démones, o dioses, de la vida – y el uso, en ciertas tradiciones, de *emborrachar* a la víctima, compréndelo en el sentido de un impulso suplementario en la obra de sacrificio, que llama hacia ella a aquellos poderes, destruyendo las instrucciones y las "impurezas", y que la convierte en *divina*.

Se todo lo que querrías que te dijese de más. Sin embargo, no hay ninguna cosa susceptible de ser *dicha*, que pueda ser útil aquí. Es *viendo* como tú llegarás a saber. Reputa como algo firme e indubitable que el conocimiento eficaz se lo aprende para una ocasión y para un fin particular: es en vez el ya comprendido en la interior visión transformada de las cosas, afuera de la cual la Magia es inerte y vana. Cuando cada cosa te hable en la *lengua de un símbolo*, tienes al mismo tiempo el principio de las *habilidades*.

Cuando en el animal terrestre no veas más tan sólo al animal terrestre, conocerás también la dirección de simpatía y de eficacia para el acto del espíritu (esté, o no, vinculado a una fórmula o a un rito) con el cual la actualidad completa de un poder es atraída y fijada en el cuerpo de la víctima, que ya en forma dormida lo acogía.

Aun si tu virtud consagratoria estuviese entera, es bueno que te conformes a las correspondencias que enseña la Tradición, en la cual cada especie animal es ya de por sí "sagrada" para un numen determinado. Y cuando tú impones al sacrificio un fin concreto, eliges como víctima a aquel animal, cuyo dios represente la dirección concordante con la naturaleza de aquel mismo fin.

Sabe sin embargo que en alta Magia cada intención particular puesta

como móvil inmediato, es degradación. En el sacrificio, el significado superior es liberación, renovación de liberación, inmortalización, creación. Y el misterio lo puedes conocer a partir de los mitos de la antigua Sabiduría.

En ésta hallarás la enseñanza acerca de Dioses *creados* por el sacrificio, que extraen del sacrificio su origen y su esencia, que a través del sacrificio existen o son confirmados y renovados en el modo de su vida. Tú reconocerás en muchos mitos primordiales esto: que los héroes o dioses que luchan contra monstruos, dragones, serpientes, toros y otras fuerzas salvajes, y estas mismas fuerzas, *son una sola y misma cosa*. Una fuerza combate en contra de sí misma o se mata a sí misma – y justamente este acto constituye un dios. El "dios" brota de la potencia del caos que reacciona en contra de sí misma, que se parte a sí misma, liberándose, en tal modo, ascendiendo a un plano superior, haciéndose principio de una ley, de un poder de orden: de allí que Marduk, vencedor del dragón del caos Thiamat, es ordenador del cosmos [1].

Éste es el sentido del sacrificio a nivel universal y perteneciente al plano de la trascendencia. Comprendiéndolo así, puedes descender a las acciones sacrificiales de los hombres y establecer la doble dirección en la cual las mismas pueden ser eficaces: en el sacrificio pueden encender y renovar el acto mismo que constituyó originariamente la esencia de un dios y que, a través de la violencia hecha al caos, se tradujo en el "espíritu" de una ley de la vida o de la naturaleza; o bien tú puedes atraer y enfrentar a fuerzas aun en estado libre o salvaje, para ejercer sobre éstas, por medio del sacrificio, el acto dominador y transfigurante.

Cuando tú no caigas en una magia inferior, puedes ver por ti mismo que también una realización inmediata y determinada se deduce por adaptación de uno o de otro de los significados sacrificiales, de los cuales ahora te he hablado: puesto que en el primer caso, reproduciendo el *espíritu* que constituye una ley, tiene el medio, injertando a ello un mando, de dominar sobre aquella ley; y cuando en vez el acto es la creación de un nuevo ente, no tiene más que darle por "alma" la idea de tu fin. Todo ello, en el instante del golpe, que, liberándola del cuerpo, desnuda a pleno y fija la fuerza – puedes hacerlo.

[1] Debe recordarse, en general, todo el ciclo de los mitos en donde se ve como de un sacrificio procede la generación o creación de los hombres y de las cosas.

En los tiempos antiguos los templos y los otros lugares consagrados a los sacrificios que allí se celebraban periódicamente constituían ambientes ya saturados de influencias ocultas y de presencias virtuales. Hoy, sólo el intelecto sutil puede conducirte al descubrimiento del lugar que, para ti, es el más apto. Cuando no tengas una pieza tuya para operar, cerrada para cualquier extraño, magnetizada por los ritos – prefiere en cualquier manera los lugares abiertos entre las grandes fuerzas de las cosas, sobre los montes, o frente al mar: hoy cuando toda construcción está infectada por las exhalaciones y por los fermentos de descomposición de la masa humana.

Sabiendo y habiendo fijado bien el sentido y el fin, actúa. Con la mente en Sol, y con el signo que siga y confirme el acto de la mente, ciérrate a ti y a la víctima en un pentagrama, lanzado de derecha a izquierda. Si tienes compañeros en cadena (ellos también entonces tienen primero que someterse a la purificación espiritual y ritual), que ellos se dispongan en círculo alrededor, formando corriente, permaneciendo el todo cerrado en lo interior del entrelazamiento del pentagrama.

Usa de aquellas invocaciones que tú más conozcas y que más tengan la virtud de exaltarte mágicamente, poniendo en el dios llamado por el rito la "dirección de eficacia".

Todo lo demás, cae allí donde nada puede decir la palabra: cómo, en un determinado instante tú *sientas*; cómo, establecido el contacto, tú deba acrecentar, grado por grado, sin interrupciones, la intensidad y la saturación de la presencia, magnéticamente concentrada sobre la víctima; cuando haya arribado el límite, en el cual el acto que mata debe desnudar y aprisionar enteramente la fuerza; cuáles sean la habilidad, la intrepidez y la rapidez del espíritu, por la cual tú puedas atrapar aquella fuerza, así, en estado puro, haciendo frente y violentando su naturaleza ambigua y temible, en el estado en el cual el poder capaz de manifestarse destructivamente, en lo relativo de todo circuito cerrado del cuerpo y de la materia, está completo; cómo tú puedas controlar, contener y dirigir la eficacia de la energía transmutada y ahora pasada en ti –o la revelación del dios que ella opera– en especial cuando debes hacer de ello el cuerpo de potencia de la imagen-mando de una proyección mágica; o bien, por cuáles vías fijarla o guiar –en el propio cuerpo, en la cadena, en otros seres, animales o cosas– la "digestión" de esta energía eficaz – todo ello sólo tu espíritu puede decirlo a tu espíritu. Ya te he hablado en forma repetida acerca de los

actos y de los estados, cuando te diera las instrucciones de la praxis hermética.

Ten presente esencialmente que el acto tiene efecto sólo cuando la saturación y el sentido de certidumbre son completos, cuando los ritmos tienden por sí mismos a cerrarse para producir la chispa que hace de ti, de la víctima y del demon aquí llamado una sola cosa.

Te doy pues un detalle ritual, recabado por adaptación de fórmulas antiquísimas. Cuídate sin embargo de formalizarte: si no *sientes* estas fórmulas, déjalas. Que te sirvan sólo como esquema. Tú mismo encuentra y anima si es necesario, otras del mismo tipo.

Una vez que has trazado el pentagrama, no te muevas más. Si tienes a tu alrededor una cadena, ésta acelerará paulatinamente la corriente, de izquierda a derecha, elevando el Sol, según nuestro rito. Apenas la presencia o la saturación magnética se convierte en sensible, abre los brazos y *pronuncia*:

Por la virtud de la palabra sagrada que transforma la Tierra en Fuego y el Agua en Aire – y el Fuego en Tierra, el Aire en Agua.
Por la virtud de la potencia en acto que devela y desnuda.
Por la fuerza de esta corriente viva de salvación.
Yo (Nombre)
Evoco desde el mundo invisible y viviente de Luz,
X (Nombre del Dios)
Sobre la Tierra, en la Tierra yo te evoco.
Arde esta sombra, desgarra esta sombra, vence a esta sombra.
¡Ven, ven, ven!
¡Que el prodigio sea grande,
Que la fuerza sea plena,
Rápida como mil veces el rayo,
Como mil y mil veces la Luz!

Realizada la fórmula, eleva la palma izquierda, luego con el pulgar derecho marca la cabeza de la víctima.

Una fórmula sucesiva es:

Así como este animal está en mi poder, y depende de mí el matarlo o perdonarlo,

Del mismo modo tú dependes de mi poder.
Tu vida es mi vida y mi vida es tu vida.
Yo domino tu vida.
Yo libero tu vida.

En el momento de la muerte, una parte de la potencia se eleva, otra se encarna, y el cuerpo de su momentánea encarnación es la *sangre* de la víctima, que se magnetiza y se satura de una virtud mágica sobrenatural. Respecto de esta *sangre*, ciertas formas ceremoniales, no separadas por decididos límites de la magia inferior, hacen un uso particular, de comunión, de operación, de consagración.

Tú, sigue más bien la parte de la fuerza que asciende en el mundo de los dioses, que de los dioses es "alimento" y ambrosia, bebida de no-muerte[2] – no aquella que es atraída en el mundo de los hombres, y que es de naturaleza oscura, temible y difícil de digerir.

Si actúas siempre desde la Luz, nunca el miedo hará presa sobre ti. El momento del sacrificio fue muchas veces considerado como un momento solemne y pavoroso, y aquellas fuerzas que se liberan del mismo y que no son dominadas y hacen irrupción en el mundo de los hombres a través de la vía abierta a ellas, son potencias demoníacas de insidia y de maldición [3]. En Atenas, en el sacrificio de las Bufonias, como en una catástrofe el sacrificador huía lanzando un hacha – y algo análogo se puede hallar en otras tradiciones, junto a ritos de purificación y de expiación ejecutados por aquellos que habían asistido al sacrificio, participando en el vórtice astral en el cual el mismo constituye su centro. Pero todo ello, sólo cuando el ánimo no es firme, cuando la fuerza no se encuentra lista, cuando el espíritu no es puro.

Entre las antiguas tradiciones nuestras, quiero recordarte las acciones sacrificiales de los constructores, destinadas a *crear* un ente que permaneciese

[2] Deben, a tal respecto, recordarse las doctrinas orientales acerca de la bebida de inmortalidad (*amrta*) creada por el sacrificio de la cual gozan, a un mismo tiempo, el dios y el sacrificador. Véase *Bhagavad-gîtâ*, 31: "Aquellos que se alimentan con los restos de ambrosia del sacrificio, van al eterno Brahman".

[3] Ello acontece aun cuando un dios es el que preside el sacrificio, puesto que en el sacrificio se despierta y se vuelve a desatar el caos que en él había sido dominado. Se puede por lo tanto decir que la acción sacrificial que aborta, hiere y ofende a un dios.

ligado –casi como su "alma"– a una casa, a un templo o a una ciudad a edificar. Tú ves en ello claramente expresada la idea de la eficacia de la operación sacrificial, en orden a la creación eónica.

Tú mismo, luego, puedes volver a remitirte a todo lo que te dije acerca de las divinidades, que son personificaciones de "Victorias"; puedes reconocer en el ritmo y en la progresión que se desarrolla en la experiencia heroica: emergencia del "demon" o doble, luego manifestación de la Némesis y de las Furias cuales "diosas de las batallas", luego lucha y subyugación de la fuerza desencadenada en la culminación de la Victoria – en este ritmo y en esta progresión puedes reconocer exactamente las fases de una acción sacrificial. Por cuanto sacrificador y víctima coincidan aquí en un solo ser, es así que, como el sacrificio, del mismo modo la victoria puede *crear* un dios, o renovar su vida. Y puesto que sacrificios periódicos reproducían analógicamente aquello que en su origen constituyera la sustancia de un dios, éstos alimentaban esta misma sustancia actuada y dominada dentro de la conciencia humana: así también en Roma los juegos y competencias cruentas, además que a *numines*, evocaban con un estado equivalente, idéntico en eficacia mágica con los sacrificios, a las Victorias, concebidas como *entes*, como místicas epifanías de las cuales las victorias reales fijadas en la historia no habían sido sino huellas, signos y símbolos.

4) *GLOSAS VARIAS*

ACERCA DEL SACRIFICIO

En el escrito de ABRAXA de este capítulo el sacrificio ha sido considerado en su aspecto iniciático, mágico y operativo. A los fines de un encuadre más general no será inútil mencionar otros aspectos del rito sacrificial, cuya tradición es notoria, y que pertenecen a un dominio más condicionado.

Como primer caso, se puede indicar aquello a lo cual se aludió al hablar de la "ley de los entes", de la posibilidad de doblegar los efectos de ciertas causas creadas (ver T. II, pgs. 27 y sig.). Se trata aquí de las *víctimas expiatorias o vicarias*, en las cuales es conducida, a fin de descargarse, una fuerza que normalmente tendría otro objeto, otro ser o también una determinada colectividad. La situación es aquí evidentemente diferente de la considerada por ABRAXA.

Otro aspecto del sacrificio se lo encuentra específicamente en la tradición judía y judeo-cristiana. Es el sacrificio comprendido como *rescate*, que se distingue como sentido del caso aquí indicado por un aspecto moral y por una particular premisa propia. Es decir que se supone una naturaleza originariamente malvada, o una culpa cometida, la cual se expía con el sacrificio a través de la sangre. En este último caso, la teoría sacrificial tiende a "desrealizarse" en tanto no concierne más a relaciones entre fuerzas, para justificarse más bien en términos jurídicos. Así pues, en la interpretación más burda del "pecado original", la culpa es comprendida como ofensa y transgresión al Creador, que debe ser aplacado por medio del sacrificio que se le ofrece. Todo ello cae naturalmente en el campo de un puro exoterismo.

Más fundado es el concepto de una culpa en los términos objetivos y extramorales, casi de una intoxicación a eliminar, si es que se recela de los efectos que se le vinculan. Existe además la idea de que determinadas actitudes y determinados actos confieren a determinadas fuerzas o entidades un poder sobre el hombre y casi las induzcan en su sangre. De allí entonces otro aspecto del sacrificio, comprendido como purificación: aspecto recurrente en el antiguo ritual helénico. En relación a ello, el sacrificio puede también adquirir el sentido de una oferta que transfigura, vuelve a

elevar, reintegra.

La *muerte* ritual, allí donde sea vinculada a un significado de tal tipo, puede padecer una interiorización. Así pues en la tradición hindú se reconoció la equivalencia entre la acción sacrificial verdadera y propia y la ascesis, el Yoga. La concepción, aquí, en confrontación con las judeo-cristianas aquí mencionadas, se amplifica y purifica, puesto que no se encuentra el concepto de culpa o de "pecado original". Se parte simplemente de aquello que es denominado el estado sa*m*sârico de existencia. Sacrificio o ascesis valen para "matar" una corriente de la fuerza sa*m*sârica, para obtener de tal muerte una vida superior.

En algunos desarrollos de la mística cristiana nos hemos acercado a significados de tal tipo, cuando el sacrificio del CRISTO no fue concebido como una expiación vicaria para aplacar a la divinidad, sino como la indicación de la especie de acto mediante el cual se "muere" para poder resurgir y obtener la "salvación". Pero sobre esto se hablará en uno de los ensayos siguientes. Como confirmación del carácter exotérico del catolicismo, es interesante notar que una tal interpretación ha sido condenada en una decisión conciliar.

II

1) SIRIO
EL RUIDO

Silencio, silencio: su voz es tan potente, que nada es suficiente para sofocarla. Sinónimo de eternidad, el mismo se encuentra escondido detrás de toda apariencia de nuestra vida: es la historia de nuestra crónica, el abismo de nuestras alturas. Mientras que caminamos entre millares de seres que nos rozan y que son similares a nosotros, mientras que tenemos todos una idéntica meta, si bien algunos vayan hacia el Norte y otros hacia el Sur, de improviso, una voz resuena y resalta entre el murmullo de la calle: "¿Qué será de éstos dentro de cincuenta años?".

Ante el impacto de esta pregunta, como bajo la acción de los rayos x, nuestros compañeros se disuelven y muestran el esqueleto por debajo de las fantasmales apariencias. Fantasmas vestidos de negro, y nada más. Aquel que marcha al frente de todos y que parece haber vencido a la ley común, es el primero en desvanecerse: uno a uno los que van detrás de él se disuelven por igual. Nosotros caminamos por los senderos de un cementerio, las casas y las oficinas solemnes que nos rodean son otras tantas tumbas como los mausoleos centenarios que flaquean la vía Appia.

Y sin embargo el desfile continúa: y el fantasma que está a nuestro lado parece diferente de nosotros, parece haber evitado el rayo revelador. Pero él es pálido como nosotros: es nuestro espejo viviente.

Cada uno ha acorazado el propio esqueleto con corazas diferentes, seguro de haber hallado aquélla que no es afectada por nada: pero basta mirar a uno de ellos en los ojos para ver en el fondo de sus pupilas el mismo pavor de las mil otras pupilas. Para no vacilar, él se apega a algo que está afuera de él, creado por él y necesario para él. Necesario porque hace ruido, porque con su barullo cubre el silencio.

¿De qué nos servirían las máquinas si no fuesen ruidosas? El primer requisito de la máquina es que sea ruidosa. Que ella fabrique ruido; ¡y luego alguna otra cosa, cualquier cosa! Es verdad que cada uno estudia una máquina pensando en la cosa que la misma producirá, preocupado sólo por ésta: pero descended adentro de su ánimo, allí donde el mismo no

se atreve a descender, y veréis que en las raíces de su necesidad de trabajo se encuentra la necesidad del ruido, siempre ruido para sofocar aquel silencio que nunca duerme. Que por un solo minuto la correa se detenga, que el motor se atasque – y verán ustedes a aquel que se encontraba ebrio a su alrededor dejar de estarlo y vacilar como si cada uno de aquellos soldados de la gran armada de la vida hubiese sido atrapado por los engranajes de las ruedas de la muerte y hubiese apenas salvado una manga de su vestido.

Ser muchos para no estar nunca solos: a fin de que cuando uno calla el otro hable: es ésta la táctica de la batalla. El Napoleón que dictó estas reglas no tenía ante sí a un enemigo en armas, sino que tenía ante sí a otros seres semejantes a él y combatientes como él de una batalla en la cual habrían sido derrotados. ¿Qué importa? Los hijos se encuentran a propósito para vencer las batallas que los padres pierden. Ni un instante de tregua – esto es lo importante: y el volante dejado por el caído es tomado por las manos del recién llegado a fin de que guíe la máquina más lejos, allí donde el otro no pudo arribar.

¡Singular enemigo y extraordinaria meta! Más se lo vence, más se lo debe vencer; más se la alcanza y más se aleja. Más truenan los motores de la vida y más se oye aquel silencio que no se borra como la mancha de aceite que no amalgama con el agua. Más la máquina corre veloz y más parece que permanecemos quietos.

Escuchadlos mientras hablan en sueño, estos grandes capitanes sin uniforme: mirad su corazón a través de la armadura desabrochada. Ellos sueñan con estar solos y en el horror de su soledad se hacen de hielo. Por lo tanto duermen tan poco y son tan mañaneros. Están más cansados a la mañana que a la noche. Miradlos: inermes durante toda la noche, ellos han combatido con el enemigo que durante el día han rehuido bajo el pretexto de enfrentarlo: y ahora corren, corren, corren por miedo de que el mismo los vuelva a atacar y les aferre la garganta mirándoles a los ojos. Corren como quien ha huido de la casa incendiada, corren como aquel que aun se encuentra sucio por la sangre del asesinado.

Han quemado la vida, se han matado a sí mismos. ¿Cómo no tener piedad de ellos?

2) *ESPECULACIÓN HINDÚ*

Artículo escrito para el "Grupo de Ur" por parte del profesor PAUL MASSON-OURSEL *de la "École des Hautes Études" de París.*

El más antiguo texto de la indianidad, el *Atharveda*, consiste en una recopilación de fórmulas mágicas. Los *Tantra*, en los cuales se expresa el último sincretismo hindú, ponen al servicio de la magia diferentes medios prácticos o especulativos, adquiridos durante una experiencia de casi tres milenios. La magia en la India se encuentra así tanto en el término como en el origen de una inmensa y compleja evolución.

En el intervalo, una extrema variedad de cultos y de reflexiones filosóficas logra muchas veces extraer de la magia sea la religión, como la metafísica. Pero también entonces las concepciones y los métodos mágicos permanecen inalterados.

Lo que nosotros denominamos magia, es la humana pretensión de actuar en modo inmediato sobre la naturaleza por medio de estados de conciencia o de operaciones psíquicas. Curar una fiebre con la quinina, supone que se crea en el valor propio de una sustancia material. Curar la misma fiebre con recetas verbales, implica la fe en la eficacia de una palabra que es psíquica, sea en cuanto pronunciada, como en cuanto comprendida. La magia debe definirse con el carácter mental de sus medios. En particular, no se la debe caracterizar con la arbitrariedad de los expedientes: las reglas de la causalidad mágica no presentan un rigor menor de aquello que nosotros, modernos, denominamos como leyes naturales.

La condición necesaria y suficiente de la eficacia mágica es el conocimiento exacto de la receta apropiada, así como de la ocasión en la cual es necesario hacer uso de ella. El espíritu mágico no se adapta a lo "aproximativo" más de lo que tampoco se adapta el espíritu positivo. Para la India, en cada circunstancia, bajo cualquier punto de vista, no hay nada más verdadero que lo exacto, *satyam*; más justo, que lo tempestivo –el acto cumplido en el momento oportuno, *kalpa* –; de más regular que lo canónico, *pramânam.*

Ahora bien, la distinción entre lo psíquico y lo no-psíquico no interviene en la reflexión oriental de la misma manera que en la filosofía europea.

Muchas veces estas dos formas de existencia no se oponen para nada entre sí, sino más bien se vinculan en modo continuo mediante ciertas funciones mixtas o intermediarias. Cuando las mismas se oponen, para los Jaîna, los Vaiçeshika y otras escuelas, es en este sentido: que el espíritu es vida, *jîva*, mientras que la cosa material se reduce a partículas susceptibles tan sólo de movimiento o de reposo. O bien lo es, para el Sâ*m*kya y para el Yoga, en este sentido: que el espíritu ve y goza, mientras que la naturaleza "evoluciona", operando y transformándose.

Por lo demás, el "ver", de acuerdo a la idea hindú, no tiene nada de la pasiva *theoría* de los Griegos, reflejo de una efigie sobre un espejo. Ver es resplandecer, de la misma manera que ser iluminado; es comprender, más que poseer, de manera innata, unas ideas claras; es asimilar por análisis y por síntesis: la fusión de los términos psicológicos provistos de prefijos en *vi* o en *sam* nos provee el índice irrecusable de ello.

Gozar no es limitarse a sentir una influencia externa: se trata más bien de un penetrar, de un elaborar, de un crear formas sea inmateriales como materiales.

Vivir no es contemplar, sino aprovechar un fondo de recursos mnemónicos u operatorios, heredados del pasado; constituir recursos nuevos y sin límite para el porvenir.

Si la existencia espiritual equivale a un actuar, ¿por cuál razón no podría el espíritu actuar afuera de sí mismo? Sería necesario que estuviese impedido por el hecho de hallarse cerrado, en un todo o en parte, en nuestro cuerpo como las bolitas adentro de una bolsa. Ahora bien, la India no ha concebido nunca en tal modo la "interioridad" de la conciencia. El espíritu se expande afuera del cuerpo no sólo en la muerte y en su imagen, el sueño, sino también en la mayor parte de las percepciones. Él percibe en la medida en que ilumina, o forma, los objetos. Con una tal teoría del conocimiento la magia no implica para nada, como en nuestros prejuicios de Occidentales modernos, una paradoja o un escándalo.

***

Según la escolástica de Oriente, así como según la nuestra, el comportamiento humano admite tres modalidades: palabras, pensamientos, acciones.

Las palabras dan lugar a lo esencial de la magia primitiva. No sólo como *mantra* [1], incluso como himnos que exaltan una divinidad los Veda

rigen la naturaleza. En cuanto audibles y articulados, los mismos existen absolutamente, y es por esto que ellos gobiernan los hechos. Se dice que ellos fueron vistos por los r*shi* de la antigüedad más remota, incluso como revelaciones sonoras: ello significa que tales sonidos existen en y por sí mismos, así como, de acuerdo a PLATÓN, acontece con las Ideas. El sacrificio pone en obra estas fórmulas operatorias y no recurre a los dioses sino en la medida en que éstos –en tanto fuerzas cósmicas y rituales personificadas– obedecen a las imposiciones verbales, cuando se pronuncian, en plena observancia de la ciencia del verbo, las fórmulas, que son en realidad más soberanas que ellos mismos. La *Pûrva Mîmâmsâ*, exégesis de los Veda, equivale a una gramática de las sonoridades védicas. El Tantrismo establecerá una tal gramática para las sonoridades en general, confrontadas con otros modos de expresión. En efecto, colores, contactos, olores, sabores nos ofrecen también ellos unos lenguajes susceptibles de corresponder al de los sonidos articulados según reglas precisas. El diccionario de estos paralelismos, de estas equivalencias, será heredado por el brahamanismo para el hinduísmo, y concebido sea como ciencia integral que como tecnología universal.

La constitución como absoluto de *Vâc*, la palabra, y sobre todo del *Brahman*, la fórmula ritual, atestigua el prestigio que la India atribuye al verbo en cuanto llave del saber y del poder. Los ambientes que se sustraen a este prestigio son raros, y sobre todo esparcidos: los negadores del Veda (*Vedanindaka*), racionalistas o sofistas; los materialistas, los buddhistas y los Jaîna, indiferentes con respecto a la tradición védica y preocupados mucho más en pensamientos y en actos que en palabras. Además no debe desconocerse la formación tardía de un buddhismo hinduísta, que bulle en *mantra*.

***

Admitir la autonomía y hasta la jurisdicción universal del pensamiento, no es, para nosotros, una actitud de magos. Señalando esta actitud con el título de racionalismo, nosotros pretendemos en cambio lo contrario. Para la India no es así, la civilización de este país no ha reputado que el hombre estuviese desprovisto de aquella función reguladora que, siguiendo a ciertas escuelas griegas y a ciertos cartesianos, nosotros denominamos *lógos* o

[1] Sobre los *mantra*, véase el estudio especial que se le ha dedicado en el T. III cap. XI, pg. 37.

razón. Sin postular un Espíritu Absoluto, el buddhismo antiguo espera tan sólo del pensamiento la salvación dada por la iluminación, es decir por un discernimiento exhaustivo que libera de la trasmigración en la medida en que suprime la "ignorancia" y el "apego". Este intelecto integral no es para nada magia: ello no impide que, cuando predica a los ignorantes, para hacerse accesible a sus recursos mentales inferiores, un buddha proceda con el sortilegio (*nirmâna*), de la misma manera que los Asura del panteón védico. Mitra y Varuna poseían como instrumento de acción para mantener la ley (*rta*) su fantasmagoría (*mâyâ*). La magia se pone al servicio del *dharma*, también cuando bajo este nombre es reconocida una ley puramente inteligible.

Intelectualista por principio, la filosofía buddhica ha escrutado el contenido de aquellas fórmulas de existencia, que ella denomina los *dharma*. La escuela del "Pequeño Vehículo" los ha clasificado, y muchas veces volatilizado denunciando su vacuidad. Ella llega hasta a poner esta paradojal ecuación: *samsâra* = *nirvâna* – es decir, en otros términos, la existencia relativa y dolorosa no difiere, en el fondo, de la absoluta liberación; ni ser ni no-ser, ni goce ni miseria. Ello muestra por lo menos que la India supo desconfiar de la magia de las ideas, mientras que ella no pone en duda sino excepcionalmente la magia de las palabras.

Ella creyó sin embargo en una cierta magia del pensamiento. Una disposición del espíritu, una intención, no se reducen a epifenómenos su objetivos: ellas actúan sobre la realidad ambiente y hasta lejana, puesto que ellas forman parte de esta realidad. En el buddhismo el pensamiento de la *bodhi*, el augurio de promover el bien de las criaturas, encierra una eficacia de extrema importancia. Para cada Hindú el último pensamiento, en el instante del pasaje, decide en parte acerca de la suerte del alma. Técnicas sutiles, asidua y tradicionalmente cultivadas, ejercitan al individuo para sumergirse con suficiente señorío en la espiritualidad anónima y universal, para hallar en ello un pasado ya abolido desde hace mucho, y para influir a distancia sobre otras conciencias. Empresas que a nuestros ojos parecen tener la pretensión de "ocultismo", pero que, en el juicio del Oriente, aparecen como tareas positivas.

***

La magia de la acción, en fin, no se concibe sino por una actividad

puramente espiritual, Puesto que dar forma por medio de operaciones materiales no es más –en Asia no menos que en Europa– magia.

La India se ha persuadido sumamente pronto del hecho de que el acto subyuga. Bueno o malo, el mismo requiere retribución, y en consecuencia siembra hasta el infinito, más allá de los pasajes, y nuevos nacimientos. Así el *karman* funda al *samsâra*, y, recíprocamente, la liberación exige la extinción del *karman*. Sin embargo se concibió la posibilidad de un cierto acto que salva: el acto sacrificial; y se continuó a admitir que más allá del intelecto, la operación en la cual un *âtman* o un *purusha* no se apoya sino en sí mismo, sin contaminación de parte de la realidad cósmica, resplandece en absoluta libertad. Un jaîna, un brahmán, un buddhista se empeñan habitualmente en designar este no-actuar, que es la sola verdadera acción porque es autonomía perfecta, con el nombre de *vîrya*; y cuando los teóricos omiten tratar respecto de ella, es porque una tal afirmación se explica por sí misma. No están sino los Europeos para engañarse.

Respecto de este acto puro, al cual ciertos Helenos han atribuido una cualidad geometrizadora, los Hindúes admiten con gusto que opera extraordinarios portentos. Sin embargo su espontaneidad no tiene nada de accidental ni de caprichoso. Si bien efectuados por él, los mundos que el mismo crea no presentan contingencia ya que Çiva y Vish*n*u los instituyen por medio de una regular necesidad, al modo mismo que los Buddha, en las realizaciones sin límites determinadas por el *sâdhana*, siguen todos, más o menos por largo tiempo, una misma carrera: sus obras de seres perfectos, si verdaderamente se distinguen, no difieren sino según el grado de la asimilación en modo más o menos profundo y adecuado a la espiritualidad total. Y puesto que aquí buddhismo y brahmanismo se encuentran, podemos estar seguros de que nosotros nos hallamos ante una de las convicciones fundamentales de toda aquella civilización.

El realismo hindú no es un realismo de sensualistas y ni siquiera de aritméticos, sino de magos; el idealismo hindú no es un idealismo de estetas o de geómetras, sino, nuevamente, un idealismo mágico. ¿Cómo asombrarse de ello, si allí abajo lo real se lo mide con el *hacer*, más que con el *ser*?

3) EA
ESOTERISMO Y MÍSTICA CRISTIANA

En más de una ocasión se ha dicho en estas páginas que el cristianismo representa un sistema religioso el cual, si por un lado contiene elementos tradicionales, se encuentra sin embargo privado de un correlato esotérico e iniciático; lo cual, en la confrontación con lo que ha sido propio de las principales tradiciones antiguas, o no europeas, constituye en una cierta manera una anomalía y se encuentra sumamente lejos de convalidar las pretensiones de superioridad sustentadas por la religión que ha llegado a predominar en el Occidente.

En cuanto a los mencionados elementos tradicionales, éstos no se refieren tanto al cristianismo como tal, es decir como pura doctrina evangélica, sino en cuanto al *corpus* del Catolicismo, con relación a los símbolos, a los mitos, a los ritos y a los dogmas con los cuales se define su ortodoxia. Aquí asumen forma y validez simplemente religiosa no pocos elementos aptos también para valer sobre un plano más alto y por ser *católicos* en el sentido etimológico de la palabra, vale a decir universales.

Al Catolicismo le falta un esoterismo, puesto que en sus jerarquías se encuentra ausente una *élite* regular revestida de una adecuada autoridad que, por encontrarse en posesión de un saber correspondiente, sea conciente de la dimensión más profunda, metafísica y metareligiosa de tales elementos [1].

[1] En referencia a uno de los "dones de intelecto del Espíritu Santo", a la comprensión del sentido profundo de los símbolos y de las escrituras sagradas, hace mención TOMÁS DE AQUINO. Ello sin embargo permanece como un simple enunciado, no hallándose ni en TOMÁS ni en los otros autores de la Iglesia algún ejemplo concreto de una interpretación de tal tipo. En la Patrística, por ejemplo en ORÍGENES, se encuentra la distinción de tres sentidos de las escrituras: corpóreo (histórico), psíquico (moral) y pneumático (espiritual), debiéndose descubrir este último a través de la vía de la "anagogía", mediante el uso de una "inteligencia espiritual". Nos propone "transformar el Evangelio sensible en Evangelio espiritual", en base al principio de que "de las propias acciones espirituales el Salvador ha querido hacer unos símbolos". Pero en lo concreto, para el Antiguo Testamento se reduce a una interpretación alegórica que tiende a hacer del mismo una prefiguración del Nuevo; y en éste el término último es siempre el misterio cristiano, allí donde la interpretación esotérica debería remitir este misterio –como particular expresión también– a un plano metafísico, universal y supra-cristiano. El hecho de que también aquellos

Por lo que se refiere al aspecto experimental, se debería encarar el problema más bien complejo del alcance de todo aquello que en el Catolicismo es rito y sacramento, estableciendo sea la analogía, sea la diferencia del plano religioso respecto del iniciático. En la base también de una tradición religiosa, como es la católica, se encuentra una influencia espiritual y su transmisión en una cadena ininterrumpida a través de ritos regulares y bien definidos. Tal continuidad en el Catolicismo se centra en la denominada *sucesión apostólica*. En su aspecto principal, la transmisión es la que vincula a la ordenación sacerdotal y obispal. Los otros sacramentos, en primer lugar el del bautismo, son entendidos en función de retomar, agregar y estabilizar al sujeto en la corriente tradicional, por medio de la transformación que la virtud de los principales ritos tendría por función producir en su naturaleza.

Por supuesto que esta estructura no es propia tan sólo del Catolicismo, sino que se la encuentra en toda forma tradicional, aun no específicamente iniciática. Lo que sucede es que sólo en el Catolicismo se encuentra más explícita la pretensión de que el rito tenga el efecto de una supranaturalización y de una divinificación de la naturaleza humana [2], la cual de otra manera, por efecto del pecado original, sería corrupta e inane: de allí la idea de que el cristiano represente al hombre espiritual por excelencia con respecto al que no lo sea, y que sólo exista salvación en el Cuerpo místico del Cristo, lo que equivale a decir: en la Iglesia cual comunidad y cadena formada por el rito y conducida por la correspondiente influencia espiritual. Objetivamente esta pretensión puede sólo servir para un "uso interno" católico y se encuentra privada de cualquier justificación; cualquier otra tradición regular puede sustentarla con el mismo título que el Catolicismo, puesto que toda tradición se forma de la misma manera sobre la base de una influencia de lo alto, que transforma al elemento natural del sujeto y da lugar a una corriente nueva entre las fuerzas del

autores toquen tantos puntos de las escrituras judeo-cristianas que contienen elementos efectivamente iniciáticos sin siquiera darse cuenta de ello, prueba que a los mismos difícilmente se les podría reconocer el don de la "gnosis".

[2] Al respecto son características las expresiones de la liturgia del Sábado Santo con referencia al agua bautismal: "Se digne, este Espíritu Santo, de fecundar con la secreta impresión de su divinidad esta agua preparada para la regeneración de los hombres, a fin de que, habiendo esta divina fuente concebido la santificación, se vea salir de su purísimo seno *una estirpe totalmente celeste*, una criatura renovada".

mundo. A nivel de los hechos, no se ve luego dónde el cristianismo se muestre superior a los que pertenecen a otras tradiciones y tenga una dimensión espiritual inexistente en otras partes.

Hay que poner de relieve más de lo que habitualmente se hace el hecho de que en la ortodoxia católica el rito es concebido con los mismos caracteres de objetividad, de independencia respecto del sentimiento, de la "psicología" y de la misma moralidad, que son propios del orden mágico e iniciático. Ello es visible en el rito del bautismo, dado que su efecto sería independiente de cualquier intención y mérito del bautizado (como resulta sumamente claro cuando se trata de neonatos); así como también en el hecho de que la cualidad sagrada inducida en el sacerdote regularmente ordenado sea adquirida una vez por todas y no sea perdida ni siquiera en el caso de indignidad moral e incluso pérdida de la fe. Y lo mismo vale, en el orden de los principios, para otros ritos del Catolicismo [3].

Sin embargo, aun cuando se encuentren presentes las condiciones para la eficacia real del rito, y éste no sobreviva a sí mismo sobre un plano de mero fervor devoto y de misticismo, también cuando se admita un cierto poder no-humano y sacralizador del rito y del sacramento católico, no se puede confundir el orden propio del mismo con el orden iniciático, y tanto menos pensar que el primero pueda tener el lugar del segundo. Por parte de GUÉNON ha sido indicada la diferencia en los siguientes términos: el rito religioso propicia una participación en el orden suprasensible manteniendo sin embargo el límite individual, mientras que el rito iniciático realizaría una de carácter supraindividual; el uno apuntaría a la "salvación" del alma del sujeto, en los términos de una prolongación de su existencia individual más allá de la muerte; el otro apuntaría en vez a la verdadera inmortalidad. La diferencia más esencial se refiere sin embargo a la presencia o a la ausencia de la premisa teísta en el concepto de lo sagrado. Todo lo que es religión, y sobre todo religión cristiana, tiene por límite la idea de un Dios-persona, distinto, como tal de la criatura; a la misma le resulta extraña la idea de un plano en el cual esta distancia es abolida por la identidad suprema metafísica, con la cual se definen sea la "liberación" como el "despertar" iniciático.

En una forma tradicional completa religión e iniciación son dos

[3] En rigor, en la teoría católica se va incluso más allá de la medida, en cuanto a la creencia del poder mágico del rito. Ello por ejemplo lo vemos en el caso del poder de "disolver" del rito de la absolución, que suspendería sin más la ley kármica de causa y efecto.

dominios que no se excluyen sino que, aun permaneciendo firme su heterogeneidad, admiten un pasaje en donde aparece la posibilidad de que lo que tiene valor religioso, en un grado superior pueda asumir uno también iniciático. Pero allí donde, como en el Catolicismo, ello no se verifica, los ritos religiosos aparecen en un cierto modo como una parodia inane y engañadora de los iniciáticos, parodia que a veces tiene hasta el sabor de una profanación, mientras que, en cuanto al aspecto experimental, el ápice más alto está representado por el solo *misticismo*.

Que la mística sea una cosa y la iniciación otra, éste es un punto esencial, aunque muchas veces desconocido. Es general la tendencia a reducir a misticismo los estados más diferentes. Hay por cierto casos en los cuales el místico supera la esfera propia de su vía alcanzando realizaciones trascendentes; pero ello implica una verdadera *metanoia* y representa siempre una excepción –aun prescindiendo del hecho de que semejantes realizaciones presentan, en tales condiciones, casi siempre un carácter fragmentario y confuso. Por lo demás en el cristianismo el misticismo se presenta en una forma típica, constituida casi como un sistema cerrado, en donde las mencionadas excepciones son extremadamente raras [4]. Justamente en el Catolicismo la mística se presenta como la simple continuación de la experiencia religiosa y sacramental, y la *cognitio Dei experimentalis*, el conocimiento experimental de Dios, que constituiría su esencia, a pesar del equívoco en el cual se puede ser inducidos por algunas expresiones, permanece en el dominio de la subjetividad y de la afectividad, y tiene poco que ver con la intelectualidad pura, con la destrucción efectiva de la naturaleza humana y con la real deificación.

***

De cualquier manera no será inútil para nuestros lectores ir más al fondo en esta cuestión, considerando en diferentes puntos el sentido de la ascesis y de la mística cristiana según una valuación esotérica.

Hay que resaltar sobre todo que en la historia de la misma mística cristiana ha habido un proceso en cierto modo de degradación. Si nos referimos a los primeros siglos de la Iglesia, en la Patrística hallamos no pocos elementos que tienen todavía relación con la enseñanza iniciática, y

[4] Luego del período de la Patrística griega, las mismas se reducen casi exclusivamente a los místicos alemanes, en primer lugar MEISTER ECKHART.

ello por el simple hecho de que la misma se formó en ambientes en los cuales aun se hallaba viva la influencia de venas de la precedente y coexistente sabiduría mistérica y del neoplatonismo. Desde AGUSTÍN en adelante, y en especial luego con la mística española, se tiene una creciente humanización y psicologización del misticismo cristiano, al cual no escapó ni siquiera la misma corriente tomista. Como sujeto de la experiencia mística se hace siempre más el alma, en vez que el espíritu, el aspecto afectivo prevalece, concepciones morales toman primacía con respecto a las ontológico-existenciales.

El carácter fundamental de la mística cristiana es la pasividad. Según la misma concepción tomista "el elemento fundamental de la contemplación mística consiste en un movimiento pasivo de amor por Dios, que habitualmente confluye en un cierto sentimiento de su presencia" [5]. La misma "no es el producto de nuestra actividad, si bien esté habitualmente precedida por ascesis y meditación, y sea recibida normalmente como recompensa por los propios esfuerzos. Pero depende de la iniciativa de Dios; y nuestro espíritu se encuentra ante la misma pasivo, si bien reaccione vitalmente ante el impulso de lo divino" [6]. Esta idea de una pasividad se acentúa con la teoría de una doble gracia, la una denominada "suficiente", vinculada a la normal vida del cristiano, la otra extraordinaria, debida a los dones místicos del Espíritu Santo, los que por sí solos permitirían un desarrollo propiamente sobrenatural. El mismo surgimiento del amor de Dios en el alma –que tiene aquí el lugar del fuego de la ascesis intelectual iniciática– es concebido como un efecto de la gracia divina.

Algunos aspectos positivos, la ascesis cristiana, cual preparación para la contemplación, los ha presentados sobre todo en los orígenes. Los mencionaremos [7].

Una primera directiva de ascesis es el aislamiento y la simplificación. La misma, por lo demás, se justifica en términos de analogía con referencia menos al Cristo que al Padre, y refleja el precedente ideal precristiano de la "deificación". "El hombre que por don de la gracia y por su continuo esfuerzo ascético deberá arribar a asemejarse a Dios debe ser

[5] Padre F.D. JORET, *La contemplation mystique selon S. Tomas d'Aquin*, trad. Ital., Turín, 1942, pg. 11 y cap. IV.

[6] *Ibid.* Pg. 9.

[7] A tal respecto nos referiremos a las dos obras del Padre A. STOLZ, *La ascesis cristiana* (Brescia, 1944) y *La Teología de la mística* (Brescia, 1947), pertenecientes a la corriente que hoy intenta revalorizar la Patrística griega. En las referencias las indicaremos

necesariamente también una imagen de la simplicidad y unidad de Dios... A medida que la deificación crece, el hombre se acerca siempre más a la perfecta simplicidad divina que no reclama nada afuera de sí, que se basta a sí misma. Es evidente que una teología que [como la griega] asigna un lugar tan importante al concepto de deificación y que concibe a Dios antes de todo según el aspecto de un ser único, simple y que se basta a sí mismo, deberá ver el ideal de la perfección cristiana en el hombre completamente libre de todas las pasiones y que tiende a Dios reproduciendo en lo que más pueda su unidad y simplicidad" (AC, 34). En su origen, no diferente base tuvo el ideal anacoreta, teniendo que tener en tal caso el aislamiento externo material por lo tanto sólo un valor simbólico y ritual, por ende el de una disciplina limitada al período de encaminamiento. En un grado más alto, el *extra mundum fieri*, el aislarse del mundo, no tiene más necesidad de acontecer materialmente, sino sólo en el espíritu. Bajo tal aspecto la ascesis cristiana y la iniciática se pueden encontrar [8].

El desapego ascético puede también asumir la forma de la *instabilitas loci* y de la *xeniteia*. El desapego de la propia tierra y de la propia familia o gente, el rehuir de una morada fija, el vagar, el conducirse hacia tierras extranjeras y lejanas – todo ello puede tener por igual un valor simbólico y ritual, para sensibilizar la idea de que no se está en este mundo como en una sede definitiva y como en la propia patria, sino como un viandante y exiliado que no ha olvidado su origen y fin celestiales [9]. Este significado, como es sabido, fue sumamente vivo en el buddhismo de los orígenes y, se puede resaltar, con una referencia más especial a la vía de la acción no fue extraño al mismo ideal caballeresco, en la forma de "caballería errante". Se debe sin embargo notar que en el cristianismo falta la premisa para la realización coherente de un significado de tal tipo, puesto que el cristianismo rechaza la teoría iniciática de la preexistencia del alma respecto de esta vida terrestre, sólo con referencia a la cual la existencia sobre la tierra puede significar tránsito de quien ha venido de lejos y nuevamente se dirige hacia otros estados del ser.

respectivamente con AC y TM.

[8] Confróntese en el Islam, que no conoce el ascetismo monacal, el concepto de *zubd*, que no es renuncia material efectiva, sino desapego interno.

[9] AC, 53-60. En tal concepción persecuciones, expulsiones y cosas similares, valdrían como medios extraordinarios usados por Dios para recordarnos cuál sea nuestra verdadera patria.

La ascesis cristiana conoce también el instrumento del *silencio*. "El cual no es sólo una renuncia a la comunicación con los otros hombres, sino que es también un factor positivo de vida interior" (AC, 62). Se sabe, por lo tanto, el papel que la disciplina del silencio tenía entre los Pitagóricos, así como del sentido del silencio yoga e iniciático en general. En la ascesis cristiana falta sin embargo casi totalmente la práctica de aquel grado más interiorizado de tal disciplina, que es el callar no sólo con la palabra hablada sino también con el pensamiento (el "no hablar consigo mismos" de IBN-ARABI). Es sí conocida la denominada "oración de quietud", se encuentra es cierto la expresión *quies contemplationis* y SAN GREGORIO, entre las condiciones para la contemplación mística, menciona el liberarse del *ruido* de los pensamientos (TM, 112). Un método preciso y activo, al respecto, tal como se lo conoció en Oriente, falta sin embargo en la ascesis cristiana. Y en las formas monásticas, así como el ideal anacoreta es suplantado por el cenobita, más consonante con la tendencia colectivista del cristianismo, de la misma manera el elemento litúrgico, llevado hacia una hipertrofia, predomina sobre la disciplina individual del silencio, aun en órdenes contemplativas como los Cartujos, los Carmelitas y los Camaldulenses.

En el cristianismo al estado, que nosotros denominamos de "silencio", se tiende menos siguiendo técnicas que cultivando ciertas disposiciones internas. Con ello tiene que ver el denominado "conocimiento de las cosas exteriores". Es "propiamente conocer el dominio de Satán, resaltando el poder que éste ejerce sobre el mundo sensible y en la intuición del verdadero lugar que las cosas materiales tienen que tener según el plano divino. Conocimiento éste que no debe permanecer puramente especulativo: es necesario que el alma al mismo tiempo lo traduzca en práctica, es decir que se libere del afecto desordenado por la criaturas, incompatible con la vida de unión con Dios". A tal respecto existe quien reputa que tal "saber" debe recibírselo de los ángeles, no pudiéndoselo dar al alma ninguna ciencia natural y humana (AC, 130-3). Iniciáticamente, a ello le corresponde el "separar lo real de lo irreal", que se alcanza esencialmente por las vías de la intelectualidad pura, disuelta del ente afectivo; la neutralización de las fuerzas "demoníacas" es su natural consecuencia. En segundo lugar, siempre al mismo fin, se dice que el alma del cristiano debe conocer lo que ella es ante Dios, lo cual equivaldría a "convencerse de la propia nada, liberarse del egoísmo, desvincularse de la voluntad propia". Una tal disciplina padece sin embargo la deformación propia del modo cristiano de entender la

"mortificación" y de la actitud pasiva "creatural". Iniciáticamente se trata de la "desidentificación" y de la superación de sí mismo como simple ser individual; superación que no acontece a través del envilecimiento y de la humildad, ni con referencia a la imagen de Dios como un ser distinto, sino en concebir a la propia persona como una máscara contingente e irrelevante en sí misma con respecto al Yo verdadero, casi como en la conciencia de un actor que no se confunde con la parte que ha asumido. En cualquier manera, éstas son las dos vía principales mediante las cuales, conseguido el conocimiento de las cosas externas y de sí mismo como individuo, el asceta cristiano busca propiciar la *quies contemplationis* y de no estar más sujeto a las cosas que lo circundan, ni a pasiones y a vanos deseos.

Si ahora en la ascesis cristiana queremos considerar, además de los grados preparatorios, aquellos realizativos y propiamente místicos, el punto fundamental y casi exclusivo de referencia es la imitación de Cristo sobre una base sacramental. Aquí dejaremos a un lado las formas puramente devocionales y emocionales, privadas para nosotros de cualquier valor; que las mismas hayan podido plasmarse en razas en general activas y volitivas como las occidentales, ello permanece como un punto por lo demás enigmático. La concepción mística que se encuentra en un plano un poco más alto es la siguiente: el Cristo ha transfigurado la naturaleza humana asumida encarnándose en el cuerpo de la Resurrección y de la Ascensión. Y la glorificación del cuerpo del Cristo debe ser también comprendida en el sentido más profundo, en relación con la Redención como restauración y cumplimiento de la vida de nuestro cuerpo en el paraíso. La ascesis cristiana considera por lo tanto el acontecimiento de Cristo como vía a la glorificación, con referencia a la restauración del estado de Adán en el cual el cuerpo estaba totalmente sujeto al alma y la parte sensitiva al espíritu. Y puesto que en la obra redentora del Cristo la vía hacia una armonía renovada entre alma y cuerpo ha pasado a través de la muerte, y puesto que nosotros también debemos seguir esta vía en la cual asegurar a nuestro cuerpo la victoria sobre los efectos del pecado original, así también la ascesis cristiana tiene como punto central el concepto de la mortificación, del morir y renacer en el Cristo (TM, 182,183).

Ello se realizaría ya en el dominio sacramental partiendo del bautismo. Se reputa que la gracia redentora y santificante participada al hombre por el bautismo contenga ya el germen de la vida mística sobrenatural, puesto

que se es bautizado en el signo de la muerte de Jesús y de la crucifixión del hombre antiguo. Si en el bautismo el fiel imita y sigue al Cristo en la muerte, en la eucaristía, en vez, alimento y nutrición para la nueva vida, él participaría místicamente de lo real ya en el misterio del sacramento, aun si el mismo se realiza en modo velado, invisible, no accesible a nuestra experiencia (AC, 71-79). Prevalece, por lo tanto en la concepción católica ortodoxa la idea de que entre la vida sacramental del creyente común y la vida mística no exista una esencial discontinuidad: la segunda no sería excepcional, estaría contenida ya en germen en la primera. El místico, en vez de dejar inactivo el germen de unión con Dios, lleva en acto su energía hasta realizar esta unión como *experiencia* (TM, 44-50). Una interpretación más concreta es la siguiente: la participación ritual (sacramental) en la muerte y en la resurrección del Cristo no transforma al hombre entero de un solo golpe. Es sobre todo el hombre interior (*eso ántropos, Rom.*, VII, 22) el que es transformado. Luego el asceta, ayudado por una gracia especial, deberá matar de a poco en sus miembros la "ley del pecado" y preparar así, según el nuevo principio sobrenatural de vida recibido, un nuevo cuerpo, la resurrección de la carne, yendo la muerte física finalmente a despojar definitivamente al hombre del "cuerpo del pecado" (TM, 39-42). En términos de dogma, esta realización es sin embargo remitida al tiempo del "juicio universal". No se admite que se pueda arribar a tanto estando vivos.

Vemos ahora cómo debe juzgarse el conjunto de esta doctrina desde nuestro punto de vista. En esta nota no hay necesidad de poner de relieve que el esquema de una muerte que abre la vía al orden sobrenatural no es específicamente cristiano; aun si no es tal de ser imprescindible para toda vía de realización espiritual (porque no está dicho que ésta tenga que implicar siempre una crisis), el mismo puede tener valor iniciático. Es específica del catolicismo la idea de que no una operación iniciática excepcional y peligrosa, sino el rito religioso a todos accesible tenga un poder de inducir en el hombre una cualidad sobrenatural, aun si sólo en germen y en potencia, y de determinarla en un cierto modo desde lo externo, sin ninguna participación de la persona, por afuera incluso de su conciencia, como es evidente en el caso del bautismo infantil. Aun si, tal como se ha mencionado, se habla de acciones ulteriores de la gracia y del Espíritu Santo para el desarrollo místico, esta concepción contiene el principio de una peligrosa confusión de planos. Si son concebidas en

términos de *realidad*, la muerte, la resurrección y la glorificación en los sacramentos no pueden ser otra cosa que símbolos y prefiguraciones, coberturas de un orden que trasciende la genérica sacralización vinculada a la vida religiosa. Y sería erróneo suponer que el cristiano, habiendo tenido el bautismo y participando de los otros sacramentos de su tradición, se encuentre por ello en una posición determinada de ventaja para las realizaciones preconizadas para una efectiva iniciación. La distinción alejandrina entre el *pistikos* y el *pneumatikos*, es decir, entre el simple creyente y el gnóstico o iniciado, debe ser mantenida. Sólo para la experiencia mística puede calzar la idea de que la misma no implica necesariamente una fractura, sino que puede ser un desarrollo casi natural de la vida que en el cristiano se supone ya supranaturalizada por obra de los sacramentos. La vida sacramental, de la misma manera que la vida mística, no va más allá de un plano que debe ser considerado como psicológico-subjetivo y moral, mientras que el iniciático tiene un carácter ontológico y supraindividual. En lo referente al primero puede hablarse cuanto más de *santidad*: pero no de *deificación*.

En cuanto a correspondencias formales, por algunos detalles se puede indicar que el bautismo es una simple imagen ritual del contacto con las "Aguas", de la "disolución" en el principio-vida anterior y superior a toda individuación o forma: experiencia que en su carácter radical, excepcional y además peligroso no puede evidentemente tener ninguna relación con lo que acontece –aunque sea invisiblemente– en el bautismo cristiano [10]. La noción del "cuerpo glorificado", en la cual la ley de la muerte es vencida, le vino directamente al cristianismo de las anteriores tradiciones mistéricas, perdiendo sin embargo, en la forma de dogma de la resurrección de la carne y de perspectivas puramente escatológicas en la ultratumba, su significado concreto e iniciático. El esquema, efectivamente se encuentra ya en el rito de *transmutatio* de la eucaristía: el pan vale como cuerpo, el vino como sangre y alma. El uno y el otro principio son *transformados* y cuando, luego de esto, un pedazo de la ostia es unido al vino, el significado es la unión del alma transfigurada con el cuerpo en el modo propio del cuerpo de resurrección o cuerpo inmortal del Cristo. Ahora sería el caso

[10] En el Evangelio se habla de un bautismo de fuego, más allá del agua. Este doble bautismo y doble regeneración tiene correspondencia con dos fases de la obra iniciática, denominadas *albedo* y *rubedo* en el hermetismo.

de hablar en verdad de superstición en tanto se supusiese que en la participación eucarística se tenga respecto de todo esto algo más que una simple alegoría, con efectos de elevación moral y, si se quiere de transporte místico: no por cierto lo que siempre ha valido como el extremo límite de la realización posible sobre esta tierra para un adepto. En relación a esto, para quien tiene una noción de aquello de lo que efectivamente se trata habría que pensar casi en un caso de profanación [11].

Aparte de la esperada intervención de la gracia, en el dominio de la realización, es decir del desarrollo y de la actualización de las influencias inducidas por los sacramentos, al místico cristiano no se le indica por lo demás ninguna vía precisa. Quedan las simples disposiciones subjetivas correspondientes a las denominadas virtudes teologales, es decir, fe, esperanza y amor. La "mortificación" es concebida en términos esencialmente morales, con indebida acentuación del valor de todo lo que es sufrimiento y "penitencia". Aquí hay efectivamente una incompatibilidad con lo que es propio de un tipo humano occidental sano y normal: sobre la base del sentido de la "culpa" y de la pecaminosidad congénita de la cual todo hombre debería estar conciente, se sabe cuáles derivaciones cuasi patológicas ha asumido muchas veces la mística específicamente cristiana. Por lo demás, la plegaria, la oración, comprendida ella misma como un don del Espíritu Santo, es concebida como el órgano fundamental de la vía mística, de modo tal que por parte de algunos el mismo éxtasis es considerado un grado de la misma, el más alto de todos [12].

Ya para el Pseudo Dionisio el Aeropagita las fases fundamentales de la mística cristiana eran la vida purgativa, la vida iluminativa y la vida unitiva, esquema que formalmente puede valer también en el ámbito de la vía iniciática. Como *realidad*, las cosas sin embargo se encuentran de manera diferente. Así pues, acerca de la última fase, es absolutamente justo este relieve dado por Guénon, quien señala la confusión debida al uso de parte de los místicos de los términos "unión" y "vida unitiva": "Esta unión no tiene para nada el mismo significado que en el Yoga y en sus equivalentes, por lo cual la semejanza es totalmente exterior. No es que sea ilegítimo usar la misma palabra porque también en el lenguaje corriente se habla de

[11] Véase el escrito sobre el "cuerpo inmortal" en el tomo de esta obra pg. 213 y sig.

[12] AC, 121. Un escritor contemporáneo, Schuon, quien se ha esforzado por encontrar perspectivas iniciáticas en el cristianismo, reputa que el correlato activo de la participación

unión entre los seres en muchos casos en los cuales no hay evidentemente identificación entre ellos en manera alguna; es necesario sólo tener cuidado en no confundir cosas diferentes con el pretexto de que un mismo término designa sea a las unas como a las otras" [13] Es significativa por lo demás la frecuencia del uso del simbolismo del matrimonio para la unión mística. ¿No nos habla el mismo de una unidad que mantiene la distinción como acontece en la unión de un hombre con una mujer, del mismo modo que en la oración, también en sus grados más altos, subsiste la relación de un "yo" con un "tú"? Sólo a nivel de analogía puede hablarse de una *cognitio Dei experimentalis* –conocimiento experimental de Dios– en la mística cristiana. Una situación de "excentricidad" (en el sentido de no-centralidad) le resulta esencial, casi sin excepción. Ello por lo demás es indicado por el mismo término "éxtasis", que quiere decir "salir de sí"". Iniciáticamente, se trata más bien de lo opuesto, es decir, de volver a entrar en sí, de hacerse "centrales", por lo cual justamente alguien para los estados del Yoga, ha hablado de *ínstasis*, en vez que de "éxtasis".

La fase de la vida iluminativa podría inducirnos a ponerla en relación con los efectos de los ya mencionados dones del intelecto del Espíritu Santo que según la concepción tomista serían seis: 1) poder descubrir la sustancia debajo de los accidentes; 2) el sentido interno debajo de las palabras de los textos sagrados; 3) la verdad bajo el símbolo; 4) la realidad espiritual bajo las especies sensibles, es decir, debajo de los fenómenos tales como aparecen a la común experiencia, y consecuentemente también

pasiva mediada por los sacramentos sea (con referencia específica a la Iglesia de Oriente) la práctica de la invocación del nombre salvador del Cristo. Ésta es una de las técnicas más primitivas para la "muerte del *manas*", es decir para la neutralización del Yo mental, análoga a la repetición ininterrumpida de un "Nombre divino" en el Islam. El abuso de la liturgia en las órdenes contemplativas católicas no tiene por lo demás objetivamente otra finalidad. Que, además del aspecto negativo, la "virtud del nombre" propicie también ciertos estados de iluminación, es algo problemático. De cualquier manera, es un ir al azar, y es necesario tener fe en la acción protectora de los sacramentos para descartar la posibilidad de una acción de las influencias extrasensibles más diferentes, una vez que el *manas* haya sido "matado". En cada caso el místico tiene escasa manera de interpretar justamente los fenómenos que intervienen, porque se mantiene en un plano emotivo, más que intelectual, y el encuadre devocional cristiano, con sus diferentes imágenes, más que ayudarlo, puede servir para desviarlo.

[13] *Contemplation directe et contemplation par réflet* (Études Traditionelles, 1947, VI, pg. 140).

5) los efectos escondidos de una causa y 6) la causa escondida de determinados efectos [14]. Formalmente se trataría de poderes de carácter efectivamente iniciático, vinculados en mayor o menor medida a la "intuición intelectual". Pero basta leer las mismas ejemplificaciones hechas por Santo Tomás para ver que no es nada de ello, o bien que no se va más allá de un esquema teórico.

Acerca de la vida purgativa, siempre con la finalidad de indicar reflejos de las concepciones iniciáticas, reproducimos esta cita: "Muchos escritores de la antigüedad cristiana afirman que el alma, a la salida de este mundo, debe pasar por diferentes moradas de demonios de las regiones aéreas. Éstos examinan al alma para ver si encuentran en ella algo que les pertenece... el alma no está en grado de continuar su viaje antes de que se haya purificado de todas estas escorias. Al mismo tiempo además de ser purificada, el alma es también instruida por ángeles buenos en cada ciencia divina, a fin de que sea capaz de comprender los Misterios de Dios. Todo este proceso de purificación y de instrucción se repite hasta que el alma haya arribado a la perfecta pureza y a la plenitud de la ciencia". Esta gradual purificación luego de la muerte "generalmente no es más admitida [por los teólogos católicos] en todos sus particulares. Ha sido sin embargo aplicada a la anticipación de nuestro ascenso que se verifica en la vida de plegaria, y en tal aplicación la antedicha doctrina expresa verdades absolutamente indiscutibles" (AC, 128-129). Ahora bien, en todo esto es bien visible el reflejo de la doctrina mistérica, en especial mitraica, del pasaje a través de la jerarquía septenaria y planetaria, que no tiene que ver con el mundo de la oración, sino con el de la iniciación, en la cual, como otras tantas "purificaciones", muchas veces son distinguidos justamente siete grados.

Otros "residuos" no privados de interés son las concepciones que en los antiguos escritores cristianos se encuentran acerca de la renovación del estado adámico, comprendido como primer fin de la regeneración cristiana, puesto que en la Patrística se insiste justamente de manera continua en el hecho de que se debe conquistar la perfección propia del estado primordial yendo a la búsqueda del paraíso terrestre perdido. Fue una idea cristiana antigua, mantenida por lo demás hasta el siglo XVI, que este lugar, del cual nuestros primeros progenitores fueron expulsados, existe todavía, en una región elevada, inaccesible a los hombres, a menos que éstos sean

[14] Véase JORET, *Op. Cit.*, pg. 274.

asistidos por una gracia divina excepcional, como habría sido el caso de Elías, Enoch y el mismo SAN PABLO (*II Cor.*, XII, 1-5). Esta inaccesibilidad fue expresada con el simbolismo de lugares desiertos e intransitables, equivalentes a aquel, también utilizado, del ángel en guardia con la espada de fuego o de una zona de fuego que circunda al paraíso. Ello reproduce la doctrina iniciática del "centro" en su relación con el estado primordial: siempre presente desde el punto de vista metafísico. Y el simbolismo del círculo de fuego a superar no es diferente de el del bautismo de fuego, remitiendo así también al tema de Heracles el cual conquista la inmortalidad (asciende al Olimpo para casarse con Hebe, la juventud perenne) sólo después de que sobre el Monte Oeta el fuego consumió su naturaleza humana: temática que se vincula a muchas otras todavía, de origen iniciática, por ejemplo la de una virgen encerrada en un círculo de fuego, la cual pertenecerá a quien sepa atravesarlo sin perecer. Evidentemente, en la proyección hacia un más allá, la misma concepción católica del "purgatorio" refleja la temática más general de la purificación [15]. Por lo demás se encuentra también una mención a la idea iniciática de que el paraíso y el reino de los Cielos representan sin embargo dos "lugares" diferentes [16].

Siempre en las antiguas concepciones cristianas, hay interferencias incluso con la magia, cuando, una vez que se ha admitido que el estado adámico puede ser reconquistado a través de los altos grados de la contemplación mística, se indican las prerrogativas de aquel estado. La primera es el don de la ciencia, o gnosis, por la cual es recordado el hecho de que Adán habría dado a los animales "su nombre". El nombre, de acuerdo a la antigua concepción, expresa la esencia misma de una cosa o de un ser. En relación a ello también SANTO TOMÁS escribe: "Este permanecer derecho (*rectitudo*) del hombre en su institución originaria y divina consistía en el hecho de que la parte inferior de su ser estaba sometida a la parte superior y ésta no estaba obstaculizada por la otra. Por lo tanto

[15]Se dice: sólo aquel que se ha purificado a través del fuego puede entrar en el paraíso. SAN AMBROSIO (*In Ps. 118*, serm. XX, 12): *Omnes oportet per ignem probari, quicumque ad paradisum redire desiderant.*

[16] TM, 25-6, en donde se cita este pasaje de SAN AMBROSIO: "El paraíso es una región permanente del cielo, pero es, por decirlo así, la planta baja del reino, el cimiento sobre el cual se encuentra construido, en altura, el reino de los cielos propiamente dicho; es la región inferior del cielo invisible, de la cual los elegidos, cada uno según los propios méritos, ascenderán pronto o tarde hacia las diferentes regiones más elevadas de los

el primer hombre no hallaba en las cosas exteriores un obstáculo para la contemplación pura y estable de los efectos inteligibles, pervividos por medio de una irradiación de la primera verdad" (TM, 89). Ello tiene por lo tanto relación también con el segundo don, que es la *apatheia* en el sentido más general de inmunidad con respecto a la pasión, de un ser tomado por los impulsos, de una natural soberanía sobre los instintos [17]. Por lo demás, según la patrística, el hombre como microcosmos comprende a toda la creación, por lo cual la potencia dominadora poseída por el hombre sobre sí mismo se manifiesta por igual en el macrocosmos: el dominio del hombre sobre al naturaleza es premio de la completa victoria que el hombre alcanza sobre sí mismo: la relación jerárquica establecida entre las potencias en lo interior del hombre se traduce en la que existe entre el hombre y el mundo (TM, 84). Es por tal vía que les fue prometido a los santos un poder ilimitado sobre la creación, como de acuerdo a las palabras de MARCOS (XVI, 17-18): "En mi nombre ellos expulsarán a los demonios; hablarán nuevas lenguas, echarán a las serpientes y si habrán bebido alguna bebida mortal, la misma no les hará mal; ellos impondrán las manos sobre los enfermos y los enfermos se curarán". Que los presupuestos arriba mencionados sean los mismos de la alta magia y de la teúrgia, no es necesario ni siquiera ponerlo de relieve: un AGRIPA y un PARACELSO no se expresaron en términos diferentes. En fin, como tercera prerrogativa del estado adámico, se indica el don de la inmortalidad, *athanasia*, "siendo la inmortalidad corpórea signo y prueba de la presencia interior de Dios". Por lo cual, "una restauración del estado primordial incluiría también la readquisición de la inmortalidad" (TM, 82-4).

En los orígenes del cristianismo, cuando, como un eco, el ideal ontológico de la *deificatio* –asimilación a Dios y participación en su naturaleza– por efecto de la anterior tradición mistérica aun predominaba sobre el moral de la fe, de la caridad y de los méritos que conducen esencialmente hacia el más allá sus frutos, estaban pues aun entreabiertas

cielos". En términos cristianos, la mencionada distinción es también expresada al decir que la gracia del Cristo es superior a la gracia de Adán y encamina a una perfección que está más allá del estado paradisíaco ordinario.

[17] No se encuentra privada de interés la concepción expuesta por AGUSTÍN (*De civ. Dei*, XIV, 15) según la cual en el mismo momento en el cual el alma se separó del mundo divino, a su vez el cuerpo cesó de estar sujeto al alma y obedecerle, y penetró el estado de pasividad definido por la concupiscencia.

perspectivas de tal tipo que, una vez alejadas las escorias, conducen hacia un mundo más alto que el del misticismo, y del cual el mundo del misticismo no es sino un eco debilitado y bastante humanizado.

Un último punto. Se sabe del papel que la mariolatría, es decir el culto de la Virgen cual "Madre de Dios", tiene en el cristianismo. Si este culto, en los aspectos más externos y desde el punto de vista histórico, atestigua la influencia que en el cristianismo tuvieron concepciones ginecocráticas, es decir, de preeminencia del principio femenino divinificado (Magna Mater, la Gaya hesiódica, etc.), como en el ciclo arcaico mediterráneo pre-indo-europeo, también una asunción esotérica del mismo es posible y, cosa sumamente singular, es sostenida por el mismo autor católico al cual nos hemos repetidamente referido cuando dice: María es "el más alto ideal del asceta", puesto que "el asceta tiende a formar a Cristo en el alma, a convertirla en la 'portadora del Cristo' y en la Madre de Cristo" (AC, 192). A no ser que este simbolismo, referible el mismo al ámbito de la iniciación, en el fondo contradice el principio de la pasividad propio de la vía mística cristiana y tan subrayado por la concepción de la indispensabilidad de la gracia (es decir de la acción de una fuerza que psicológicamente es experimentada en términos de gracia) para toda iniciativa sobrenaturalmente eficaz. Si en el simbolismo cristiano la Virgen es fecundada –por el Espíritu Santo–, según el simbolismo iniciático el "nacimiento en estado virginal" es, más rigurosamente, el nacimiento que no tiene necesidad de una ayuda externa, la endogénesis debida a una fuerza pura e intacta. Kumarî, la Virgen –se dice en un texto hindú– "es el poder de la voluntad" [18].

Otra interpretación mística de la "Madre del Cristo" es la que hace de ésta la representación de la Iglesia, generadora de vida sobrenatural (AC, 193). Ello en relación con la influencia sobrenaturalizante que estaría vinculada a su tradición, a su organización y a sus ritos [19]. Habitualmente

[18] Nótese la correspondencia con la expresión usada por DANTE (*Par.*, XXXIII, 34) para referirse a la Virgen: "Reina, que puedes aquello que quieres".

[19] Tanto a la fuerza, o a la doctrina, cuanto a la organización que es depositaria de la misma, en el dominio iniciático ha sido aplicado en varios casos el simbolismo de la Mujer, Así en el caso de la iniciación caballeresca medieval de los "Fieles del Amor" la Mujer representó sea a la "Sabiduría Santa", sea a una u a otra organización de aquella corriente. El pasaje al momento activo es dado muchas veces con el simbolismo de las nupcias o incluso del incesto (la Mujer o Madre se convierte en la esposa del iniciado).

un tal punto se encuentra sin embargo en relación con la tesis exclusivista, característica para el catolicismo. Siendo la mística considerada como un desarrollo de la experiencia de la inserción del sujeto, efectuada por los sacramentos y sobre todo por la eucaristía, en la corriente de la vida divina, y siendo portadora de esta corriente la Iglesia, comprendida como el cuerpo místico del Cristo, es obvia la conclusión de que no puede haber verdadera vida mística si no es en la Iglesia (TM, 77), que la mística no-cristiana, al hacer a menos de la unión con el Cristo (el cual, entonces evidentemente, es considerado al solo efecto de una personalidad histórica concebida como el Redentor, no de un modelo suprahistórico y universal a imitar), es totalmente naturalista, si no es que también se resiente de influencias demoníacas. Por tal vía se arriba a presumir que en los Misterios no-cristianos no puede haberse hablado de verdadera deificación, sino sólo de estados psíquicos variadamente contingentes (61-71). El conocido principio *Extra ecclesiam nulla salus* sanciona en general la idea de que sólo la redención cristiana efectuaría una liberación respecto del poder diabólico, expresándose con una ruptura del círculo de las fuerzas demoníacas que nos rodearía, mientras que lograr hacernos dudar de su poder, hacer pensar que la redención bajo el signo del Cristo y de la Iglesia sea superflua, sería la más peligrosa victoria que Satanás puede adscribir en su activo (66).

Ya se ha dicho que todo esto puede sólo valer para un "uso interno" católico; de la misma manera se ha mencionado que estas concepciones tienen una justificación exclusivamente práctica, no diferente de la de concepciones exclusivistas análogas que se encuentran en las formas exteriores, exotéricas de muchas otras tradiciones: pero éstas permanecen privadas de cualquier fundamento por afuera de la esfera de la jurisdicción de cada tradición.

En relación a esto, se puede formular por último la cuestión respecto de la medida en la cual, para los que tengan una vocación iniciática, sea útil adherir o agregarse a una tradición religiosa – en el caso específico de un Occidental, al Catolicismo.

Como conclusión del análisis anterior aparece claro que el cristianismo, en confrontación con otras tradiciones, tiene un carácter particular. En efecto por un lado no es, como el antiguo judaísmo o el islamismo ortodoxo, una pura religión de la "Ley", sino que en él tiene un relieve la experiencia interior. Por otro lado, el mismo ignora el plano experimental esotérico e iniciático, por lo cual su nivel es inferior al de las tradiciones en donde

este plano es considerado adecuadamente. Tal naturaleza intermedia del cristianismo puede ser caracterizada definiéndolo justamente como una religión esencialmente *mística*, que ha absorbido y adaptado en la forma místico-experimental no pocos elementos esotéricos.

Ahora bien, una corriente que se definiese en tales términos tiene un carácter prevalecientemente psíquico-colectivo más que espiritual y metafísico. De cualquier manera, ello se hace notorio en forma bastante sensible en aquello que la tradición católica se ha convertido en nuestro días, de modo tal que hace pensar en uno de aquellos casos de entes, de los cuales, por involución, las influencias verdaderamente de lo alto se han retirado en gran medida. Pero puesto que entes psíquicos de tal tipo conservan una propia vitalidad y una fuerza de inercia, el adherir a ellos, para aquel que tenga una vocación iniciática, puede valer más como un vínculo, que no como base para un desarrollo superior. Se penetra en una "cadena" de la cual es difícil desvincularse y cuyas influencias sutiles son difíciles de controlar. Así ya por el lado doctrinal es una cosa característica que justamente aquellos que más sinceramente viven sacralmente y místicamente la fe cristiana, son los más "atrapados", los más fanáticos, los más incapaces de reconocer y respetar aquello que es anterior y superior a la propia tradición y que en el mundo y en la historia se ha concretado en otras formas por igual legítimas.

Bajo cualquier aspecto, en especial en el caso del cristianismo se debe juzgar que las relaciones entre la vía exterior religiosa y la metafísica son mínimas y que se puede estar sumergido en la corriente místico-devocional hasta alcanzar grados relativamente altos sin percibir nada del orden iniciático y metafísico. Con su carácter de sistema a su manera cerrado, con elementos que del misterio de la transformación y de la deificación no representan sino una imagen refleja, sólo formal, casi diríamos "lunar", el cristianismo es quizás, entre las formas tradicionales, aquella que menos se recomienda para aquel que quiera embocar la "vía directa".

4) *METAPSÍQUICA Y FENÓMENOS MÁGICOS*

Una revista especializada de metapsíquica ha desarrollado varias consideraciones críticas dirigidas a negar los fenómenos "mágicos" porque éstos no serían distinguibles de los que la metapsíquica moderna estudia y que ella designa con el término genérico de "fenómenos psíquicos" (o "parapsíquicos").

La metapsíquica se ha arrogado el carácter de una "ciencia" y todo aquello que le es dado constatar, la misma tiende a constituirlo como común denominador para hechos de un dominio sumamente más vasto. De lo cual, el efecto puede sólo ser una confusión perniciosa y, muchas veces, prácticamente un modo para referir lo superior a lo inferior. En efecto la realidad que cae bajo la observación de la metapsíquica moderna no corresponde sino a los grados más bajos de la esfera de lo extranormal: ello por la misma necesidad de las cosas. Es muy posible que *medium*, sensitivos, sonámbulos y, cuanto más, algún brujo de los salvajes y alguna persona que posee dotes terapéuticas y clarividentes naturales, consientan a actuar como "sujetos" de análisis para los metapsíquicos. Pero debe excluirse que a ello se preste un adepto, es más, ya un "santo". Y si la actitud *experimental* se la reduce a una simple constatación de lo externo de los "hechos", es evidente que ninguna verdadera discriminación y comprensión son ya posibles. Un mismo fenómeno extranormal –digamos un fenómeno de aportación– puede ser provocado por un *medicine-man*, por un "santo", por un *medium*, por un iniciado. Para los metapsíquicos en todos estos casos se tratará siempre de la misma cosa, es decir de un "fenómeno psíquico constatado", allí donde se trata de cosas muy diferentes si no nos detenemos en la más burda exterioridad. La denominada consideración "positiva" se encuentra pues condenada anticipadamente a dejarse escapar toda diferencia cualitativa de los fenómenos extranormales; justamente por no entender que cada fenómeno de tal tipo forma parte de un todo, en el cual el aspecto "hecho" no es sino una porción, que toma del conjunto, en cada caso particular, su significado. En rigor, en la metapísiquica el todo se debería reducir a una colección de *rastros*. En vez no se limita a tanto. Tal como se ha dicho, en razón del impulso de referir lo no-accesible a lo accesible y por la naturaleza de aquello que casi sin

excepción cae bajo mano de los metapsíquicos, esta rama de búsquedas, al final, vale sólo para confundir las aguas, para poner en primer plano un orden de fenómenos que, por más sensacionales que a veces sean, son sin embargo de naturaleza totalmente inferior e insignificante y terminan obstaculizando la comprensión de aquello que tiene relación con lo verdaderamente suprasensible[1].

Pero volvamos a la cuestión inicial que concierne a la relación entre fenómenos mágicos y fenómenos psíquicos en general. El carácter mágico de un fenómeno está dado principalmente por su *intencionalidad* (el mismo se encuentra precedido por su representación mental del fin); luego por la *continuidad del efecto con respecto a su causa necesaria* (aun si a veces no suficiente), siendo esta última el poder de quien actúa una vez que ciertas condiciones se encuentren satisfechas; en fin, *es la presencia activa ante sí mismos*, en términos no sólo de conciencia lúcida, sino muchas veces de conciencia exaltada, o supraconciencia, en el punto esencial para la producción del fenómeno. Todo ello es suficientemente claro, y sería una contradicción en los términos decir que hechos extranormales pueden ser producidos en tales términos también por un *medium*. En la medida en la cual fuese capaz de tanto, un *medium* dejaría evidentemente de ser un *medium*, y usar el mismo término para situaciones tan diferentes es absurdo e ilegítimo.

En el campo de la iniciación y de la alta magia son consideradas disciplinas individuales o del grupo operante (nos podemos referir por ejemplo a las instrucciones dadas en el T. III, pg. 111), las cuales no hallan ninguna relación en la medianidad y con el campo de los fenómenos psíquicos espontáneos. Es más, si hay algo que vaya a paralizar lo que se hace posible a través de la medianidad y estados análogos, es una

[1] La pretensión que en vez formulan los metapsíquicos no podría estar mejor caracterizada que por las palabras con la cuales ha sido presentada una colección de obras sobre el tema, en las ediciones "Astrolabio": "Con una comparación de mucha evidencia podemos decir que la metapsíquica se encuentra con aquel conjunto de ideas genéricas con las cuales el profano cree individualizarla del mismo modo que aquel que conoce la naturaleza de la electricidad y la causa del rayo se encuentra con aquellos que creían que el mismo era lanzado por la mano de Júpiter". Aun dejando a un lado a Júpiter, habría que preguntarse qué cosa propiamente *sabe* el cientificismo acerca de la *naturaleza* de la electricidad. Se permanece en el campo de aquello que alguien ha con justeza definido como un *saber ignorante*. Y del mismo pues cada esoterista debería recabar todas sus luces.

preparación de tal tipo. Basta probar para convencerse de ello. Disciplinas de carácter iniciático o mágico son la mejor cura para curar a un *medium*, es decir, para hacerlo cesar de ser tal y, donde sea aun posible, para hacer de él un ser normal, lo cual luego constituye el punto de partida para todo desarrollo en sentido puramente ascendente.

Además en magia son usados determinados signos y símbolos, observadas ciertas disposiciones, elegidos algunos días y horas y así sucesivamente. Todo esto no tiene nada de arbitrario, todo particular tiene su razón de ser en orden a un fin determinado y obedece a un *método*. Es la exactitud de este método que, junto a la disciplina de ciertas fuerzas internas, en el orden mágico conduce al resultado, mientras que nada semejante se vincula a los "fenómenos psíquicos", más o menos esporádicos y espontáneos, que son objeto de las constataciones metapsíquicas.

En orden a este método y a estas disciplinas, en magia existe una *tradición*. Es un saber que viene de lejos y que ha sido convalidado a través de una larga serie de experiencias. En general, la vinculación, directa o indirecta, con una tal tradición es otra condición para todo lo que tiene un carácter mágico (en una cierta medida, lo es incluso por lo que tiene un carácter brujeril), mientras que nada de semejante se verifica en la persona de los "sujetos" y en los casos aislados de los cuales se ocupan casi sin excepción alguna, los metapsíquicos.

Agregaremos que las operaciones mágicas no pueden, cuanto más, satisfacer las condiciones requeridas por los metapsíquicos para sus corroboraciones, puesto que la presencia de profanos que se encuentran simplemente para mirar representa un factor obstaculizador. Una cadena mágica operante es totalmente activa, y tales personas producirían el efecto de un mal conductor introducido en un circuito eléctrico: en una cierta medida paralizarían y desponteciarían el todo.

Por otro lado ello por lo demás se verifica también en las sesiones mediánicas, en el orden de las influencias (totalmente diferentes de las de la alta magia y de la teúrgia) y en el clima psíquico que es propio de las mismas; por lo cual se sabe que éstas tienen más éxito en tanto que los participantes sean personas no desconfiadas ni observadoras, sino crédulas e incluso supersticiosas.

En magia, en general, puede acontecer que, además de fenómenos verificados y no queridos, haya también otros queridos y no verificados.

Ello no puede decirnos mucho, cuando se está en el campo de los tentativos, con condiciones generales, internas y externas, hoy entre las más desfavorables. Cuanto más el que tiene verdadera competencia en magia tendrá sin embargo manera de explicar la razón de estos aspectos negativos, y de referirlos a causas suficientemente precisas e inteligibles.

En particular, se debe admitir que en el momento de abrir una puerta, por una súbita irrupción en las vías abiertas a ellos, unas fuerzas pueden producir fenómenos no queridos y no esperados. En sede *práctica*, aquí hay nuevamente una diferencia entre magia y metapsíquica. En magia se tiende a eliminar fenómenos de tal tipo; lo cual, por lo demás, acontece también espontáneamente a medida que el grupo operante se consolida. La máxima es la de no permitirles captar la atención, suscitar un interés. En vez, en las usuales sesiones "psíquicas" y mediánicas, la consigna es la de obtener como sea "fenómenos", con tal de que sean concretos y que aparezcan: no el querer un determinado fenómeno y prevenir cualquier otro.

Existen fenómenos, como los de una orden hecha ejecutar a nivel extranormal a un persona alejada, en los cuales hablar de sugestión, como hacen los metapsíquicos, no tiene sentido. En éstos, de la misma manera que en otros fenómenos, es bien visible la estructura de un procedimiento de tipo mágico: una imagen en el centro; luego una fuerza que la galvaniza y satura en un proceso continuo, hasta hacerle superar el límite entre Yo y no-Yo, entre psíquico y físico (o bien entre persona y persona) y traducirla en un hecho real correspondiente, en el cual el esfuerzo activo, conciente, perfectamente rítmico y armonizado de los operadores se concluye. Ello implica una diferencia precisa también en relación a ciertos fenómenos "psíquicos" de carácter espontáneo. Si bien recordamos, a la *medium* Palladino le sucedía de pequeña que ella, aun sin entrar propiamente en estado de trance, cuando se asomaba a su mente un cierto deseo o una cierta imagen, a veces le seguía de manera inexplicable el fenómeno correspondiente. Aquí falta el carácter de una *causalidad* que se desarrolle en modo continuo. Que ello se encuentre también ausente en algunas formas de magia cercanas a la brujería, en la que intervienen los denominados "espíritus coadjutores", es admitido gustosamente. Pero no es por cierto éste el orden más elevado, el orden de la alta magia.

En la crítica de la cual hemos tomado el punto de arranque para estas precisiones, el prejuicio positivista (que aquí equivale a materialista) ínsito

en el método metapsíquico se ha reafirmado, cuando se ha acusado el relieve dado por nosotros a la "experiencia interna" que, incontrolable e inexpresable, serviría como un cómodo e inaccesible reducto. Evidentemente lo que los metapsíquicos aprecian porque lo pueden atrapar con la mano es el simple *caput mortuum*, es decir lo que en una experiencia corresponde al "precipitado" más burdo y muerto. Para nosotros naturalmente las cosas se encuentran en el lugar opuesto, y en su tiempo se ha justificado una práctica mágica no en relación a sus resultados, sino justamente y sólo a los estados interiores a los cuales es necesario elevarse y dirigirse activamente, más allá de la conciencia ordinaria. Iniciáticamente, sólo a tal respecto la magia operativa es interesante. Esta zona superior y decisiva, hecha de pura experiencia interna, es naturalmente inefable y no controlable "experimentalmente" por parte de otros. Querer que sea de otra manera es no saber lo que se solicita. Que sin embargo en cuanto a lo demás –es decir a vías, disciplinas, técnicas y determinismos en el campo mágico– nos podamos expresar en términos no "místicos", sino inteligibles y suficientemente exactos, ello nos parece que podría probarlo ya el conjunto de las actuales monografías, que en su mayoría tratan acerca de un tema no diferente.

5) LEO
LA "SERPIENTE EMPLUMADA"

D.H. LAWRENCE era un hombre libre. Quien ha seguido su obra tiene la sensación neta de un hombre que surge y que se basta a sí mismo. Era libre sobre todo ante sus lectores, no tenía preocupaciones por gustar ni a los muchos ni a los pocos y ni siquiera la de hacerse comprender. No explicaba –iba por su camino con su concepción– sin distraerse. Él solo con su concepción y ésta, se presenta viviente e íntegra a aquellos que son capaces de atraparla. Y sus creaciones tienen una plenitud mágica.

La Serpiente emplumada [1] es quizás la más poderosa y completa entre las obras de LAWRENCE. En ella no hay disertaciones u argumentaciones, hay en vez una atmósfera psíquica que nos hace vivir en el alma de un país en donde parecen existir aun fuerzas en otras partes desaparecidas y pasadas a otros modos de ser.

Se trata del Méjico moderno, tan poco conocido por la mayoría. Méjico es un país en donde las fuerzas ocultas aborígenes han resistido a la penetración de la raza dominante y que permanecieron a su lado, sin ser superadas. Los acontecimientos desarrollados en los años posteriores, luego de que el libro había sido ya escrito, dan a la obra misma un valor casi profético. La lucha anticristiana de los últimos tiempos –a pesar de su barniz masónico- anticlerical de imitación jacobina– ha en realidad tenido un significado muy diferente del que puede creerse a primera vista. Es la antigua alma pagana la que insurge en contra del culto cristiano; han sido los antiguos Dioses de Méjico despertados de su sueño secular los que reclaman a su pueblo; se habría dicho que el antiguo Quetzalcoatl, la "serpiente emplumada", volvía a manifestarse.

Remitiendo al libro a aquellos que puedan interesarse en la epopeya tal como ha sido dramatizada en la obra de LAWRENCE, nos limitamos aquí a referir un episodio culminante, no privado de elementos que tienen un valor efectivamente esotérico.

La antigua sangre aborigen que invade a la raza mejicana se despierta y se convierte en conciente antes en un grupo que, habiendo recibido una

[1] D. H. LAWRENCE, *The Plumed Serpent*, New York, 1926.

educación europea, se hallaba viviendo en modo aun más fuerte el contraste. Los otros lo siguen. Se entra en un orden de verdadera y propia evocación. Primero de manera escondida y en la noche suena el tambor que llama a los fieles. El ritmo del tambor tiene un carácter mágico en relación al despertar del psiquismo; es en ciertas formas una vía para arribar al éxtasis y por ende al contacto con fuerzas suprasensibles.

Alrededor de los jefes se agrupa silenciosamente la multitud y la "saturación" crece dentro del ritmo martillante hasta que es pronunciado un himno, con el valor sobre todo de una fórmula mágica, de un *mantra*. Es entonces que el antiguo dios Quetzalcoatl viene a manifestarse, a entrar nuevamente en relación con la sangre de su gente. En el libro, él declara así la propia naturaleza:

Yo soy el viviente Quetzalcoatl

Desnudo yo vengo afuera desde lo profundo,
Del lugar que llamo mi Padre.
Desnudo he recorrido todo el camino
Del cielo junto a los durmientes hijos de Dios.
Afuera de las profundidades del cielo, yo vengo como un águila;
Afuera de las vísceras de la tierra, como una Serpiente.
Todo lo que se eleva, en la elevación de la vida entre cielo y tierra, me conoce.
Pero yo soy la estrella interior invisible,
Y la estrella es una lámpara en la mano del Desconocido Movedor.
Y detrás de mí está el Señor, que es terrible y maravilloso y desconocido para mí por siempre.
Y también ha yacido en los flancos y él me ha generado en el espacio madre.
Ahora yo estoy solo sobre la tierra y estas cosas son mías;
Las raíces son mías hasta abajo, en el oscuro sendero de la Serpiente;
Y los ramos son míos en el sendero del cielo y de los pájaros,
Pero la chispa mía, que es más que yo mismo, es más que la mía propia.
Y los pies del hombre y las manos de las mujeres me conocen,
Y las rodillas y los muslos y los flancos y las vísceras de la fuerza y la semilla están encendidos en mí.

La serpiente de mi mano izquierda afuera de las tinieblas silba a vuestros pies con su boca de fuego que acaricia

Y pone su fuerza en los talones y los tobillos, las piernas y los flancos vuestros, y su círculo de reposo en vuestro vientre.

Porque yo soy Quetzalcoatl, la serpiente emplumada,

Y no estaré entre vosotros hasta que mi serpiente no habrá envuelto su círculo de reposo en vuestro vientre.

Y yo Quetzalcoatl, el Águila del Aire, rozo vuestros rostros con la mirada.

Yo hago viento a vuestro pecho con mi soplo

Y fabrico mi nido de reposo en vuestros huesos.

Yo soy Quetzalcoatl, el Señor de las Dos Vías.

Poco a poco un sentido de alivio se difunde en el pueblo: "Quetzalcoatl ha venido". – La divinidad originaria vuelve a habitar en el mismo, removiendo el culto extranjero que desde lo externo había subyugado al alma mejicana.

Pero existe también, en un plano superior, el impulso misterioso que urge en los hombres: "*Vé, y una vez que tú hayas ido, no podrás más volver atrás*". El mensaje de Quetzalcoatl habla a los hombres de la autoconciencia trascendente. Desde el punto de vista esotérico el mensaje que sigue tiene en efecto expresiones de una singular inspiración. Helo aquí en su entonación sibilina:

La gran Serpiente envuelve y desarrolla el plasma de sus espiras, estrellas aparecen y mundos desaparecen: y nada más que la mutación y distensión del plasma.

"Yo soy, siempre", *ella dice en el sueño.*

Como un hombre en el sueño profundo no conoce, sino que ES, *así es la Serpiente de las espiras del cosmos vestido de su plasma.*

Como un hombre en el sueño profundo no tiene mañana, ni ayer, ni hoy, sino que sólo ES, *así es la clara, larga en su extensión, Serpiente del cosmos eterno,* ahora *y sin embargo siempre ahora.*

Ahora y solo ahora, y por siempre ahora.

Pero sueños surgen y se disipan en el sueño de la Serpiente.

Y mundos surgen como sueños y se disipan como sueños.

Y el hombre es un sueño en el sueño de la Serpiente.

Y sólo en el sueño sin sueño él respira: "Yo soy".

En el ahora sin sueño, YO SOY.

Los sueños surgen como deben surgir y el hombre es un sueño que ha surgido.

Pero el plasma sin sueños de la Serpiente es el plasma de un hombre, de su cuerpo, de su alma, de su espíritu: en uno.

Y el sueño perfecto de la Serpiente YO SOY *es el plasma de un hombre que está entero.*

Cuando el plasma del cuerpo y el plasma del alma y el plasma del espíritu son uno, en la serpiente YO SOY.

Yo soy ahora.

"No fue" es un sueño y "será" es un sueño, como dos *distintos pies pesados.*

Pero ahora, Yo soy.

Los árboles ponen afuera las hojas en su sueño, y el florecimiento emerge de los sueños, en el puro "Yo soy".

Los pájaros olvidan el peso de los sueños, y cantan alto en el ahora: Yo soy, Yo soy.

Puesto que los sueños tienen alas y pies, viajes a cumplir y esfuerzos a realizar.

Pero la serpiente centellante del Ahora, individuo y perfectamente envuelto en espiras, no tiene pies ni alas.

¿Podrán los hombres de la Serpiente recibir el mensaje? – La respuesta no está en el libro; con profundo sentido de arte el autor nos ha dado una visión capaz de vivir en nosotros, trascendente al libro mismo. Los acontecimientos de la novela nos dan suficiente como para poder sentir el alma de un pueblo en su interioridad. Son estados que en nuestras almas aun no están plenamente olvidados y que, en un retorno conciente, sentimos penetrar en nuestra misma interioridad. Es un pasado que justifica y explica nuestro presente.

III

1) AGARDA
APUNTES SOBRE LA ACCIÓN EN LAS PASIONES

La psiquis humana puede ser comparada con un cuerpo del cual sólo algunas partes son capaces de movimiento activo, de elasticidad, de agilidad. En todas las restantes partes, la misma se comporta como un cuerpo *rígido* que, ante cada choque, es deformado, magullado o fracturado, justamente por ser incapaz de una reacción elástica. Típicamente todo lo que en el alma humana es sentimiento, emoción y pasión, debe compararse con la deformación y la fractura que padecen las sustancias rígidas cuando son golpeadas por no tener una elasticidad que les permita remitirse a su forma primitiva.

Mucho podría decirse a tal respecto; muchas tareas podrían ser señaladas a quien se propone la integración iniciática del propio ser; muchos temas de reflexión podrían ser propuestos a tantos que creen ser activos respecto de los hombres y las cosas, pero que internamente son pasivos.

Se debería arribar a la capacidad de hacer corresponder a cada pasión o emoción un *acto* verdadero y propio, que atraviese el estado psíquico y, por decirlo así, se atrinchere en lo interno, *antes* de que el sacudimiento y la perturbación de dolor o placer, atracción o repulsión instintiva nos ocupe y se imponga.

Para decirlo con una sola palabra, hay que aprender el secreto de *querer* las pasiones y las emociones – cosa que, como resulta claro, es lo opuesto de poner la propia voluntad al servicio de éstas. En vez de *dejarse* tomar por la pasión, se trata en cambio de *tomarla*, afirmarse ante ella, y esto, tal como se ha dicho, debe ser hecho antes de que ésta haya tenido el tiempo suficiente para invadirnos; hay que actuar como aquel que fuese capaz de atrapar en medio del aire un proyectil que le ha sido lanzado en su contra para herirlo, y que de esta manera no lo puede herir más.

Si hay una manera para hacer perder a una pasión su poder es precisamente éste. Pero hay que tener un buen pulso, puesto que el juego es sutil. Una pasión *querida*, no es más una pasión: esto resulta claro. En la medida en que puedo decir: *Quiero*, puedo también decir: *No quiero*.

¿Pero cómo decir acerca de la *intrepidez* que es necesaria para que no haya residuos? ¿para que el ojo esté listo, rápida la mano, para detener a aquel que hiciese trampa en nosotros?

Dirijámonos a nuestro campo. No está para nada excluida la posibilidad de que por esta vía se haga alguna experiencia oculta en manera alguna despreciable, no carente, como toda experiencia oculta respetable, de un cierto peligro. Cuando *quieres* una pasión resulta claro que tú estableces una *relación*, puesto que, si la cosa es verdadera, tú reproduces desde lo interno el acto cerrado, y *no tuyo*, dentro de la pasión y te transformas en él. En tal modo, puedes también desembocar en *alguno* y, lo sabes, en ciertas situaciones la "neutralidad" no es posible. Si no eres tú el que *entra* y establece el "ascendente", es el *otro* el que entra en ti: para lo cual puede volver a leerse lo que otros han manifestado acerca de los "pactos" (T. VII, cap. 1).

+

Se dice además "*mío*" del mismo modo, sea en lo relativo a un pensamiento, sea a una imagen, sea a una emoción. Además, darse cuenta de cuál diferencia existe cuando el punto de referencia sea la actividad, no es para nada difícil.

Una noción, una vez adquirida, una imagen, un vez que se ha definido en la mente, se convierten en una posesión virtual. Puedo *recordarlas*. Con el recuerdo las reproduzco, las vuelvo a actuar, las represento yo mismo en la mente cuando quiero. Pero he aquí que con un sentimiento o con una emoción ello no me resulta más posible, o posible sólo en un escaso grado. Yo no puedo convertir en actual un sentimiento o una emoción probada cuando quiero.

Nos encontramos por lo tanto nuevamente en el caso de la sustancia rígida e inelástica, susceptible sólo de la posibilidad de *impresiones* (en sentido literal). Aquí no hay *agilidad*: no existen miembros activos del Yo. Y he aquí que sería necesario crearlas: extender el libre poder de representación, del cual dispongo para ideas e imágenes, al mismo dominio de los estados afectivos puros.

¿"Montarse en frío"? Exactamente. *Odio, amor, miedo, voluptuosidad, ansia – todo esto yo debería llegar a saber suscitarlo en mí con un acto*

del espíritu, cuando quiero. Ni más ni menos: y en el mismo grado de cuando han sido suscitados por objetos, personas o condiciones determinadas.

Ésta es una de las cosas sin las cuales no se va demasiado lejos en magia. La purificación ascética es impasibilidad: la sustancia que antes, como plomo, era susceptible de deformarse ante cada choque, se la convierte como en un diamante, que no es arañado por nada – o como en agua, que tú no podrías atrapar en manera alguna. La purificación mágica es en vez actividad, actividad segura de sí sobre todos los frentes y sobre todos los planos: agilizando todo, llenando todo con actos, sin exclusiones, sin incertidumbres, sin limitaciones. Las pasiones, las sensaciones deben ser enfrentadas, se arranque a ellas su fuerza, invadiendo allí donde se movían para invadirnos, transformando su acto en nuestro acto, y haciendo de ellas por decirlo así, tantos actos de nuestro ser interno, que libremente puedes mover, hacer pasar de la virtualidad a la actualidad y de la actualidad a la virtualidad, cuando tú quieres.

Toda pasión, escrutada en su fondo, aun cuando se vincula a un placer, en estado normal contiene siempre un elemento de *sufrimiento.* Se deberían por lo tanto poner en relación estos apuntes con lo que ha sido escrito acerca de la metafísica del dolor (T. IV, pg. 105), sea también acerca de las relaciones entre sentimientos y realización (T. VI, pg. 89). De estas convergencias cada uno podría recabar esbozos para consideraciones interesantes.

Pongamos: la *puesta del sol.* ¿Quién no conoce lo tedioso y lo convencional que se refiere al efecto la puesta del sol sobre el alma? Pero aun quitando esto, queda siempre un estado de nostalgia, de pesadumbre, de grandeza que destruye y que atormenta – y que tú querrías disolverte, para arribar a alguna cosa que no sabes y que no logras decir. Todo termina aquí, cuando no se agregan las imaginaciones y las reelaboraciones líricas. Se trata pues de un estado de pasión. El alma subyace a ella; el *pathos* la detiene y no le permite acercarse al misterio que se le esconde.

Como sufrimiento, aquel estado en términos de realidad expresa la manifestación de una sensación trascendente, a la cual sin embargo la conciencia no sabe abrirse, por lo que se trasmuta en un atascamiento, en una descarga en exceso, que da lugar al estado emotivo como tal. *La pasión de la puesta del sol, en particular, no es sino la detención del*

impuso a abrirse en aquella luz, que florece cuando la luz exterior declina y muere, de modo tal que para los ojos del cuerpo comienzan a descender las tinieblas. Es un instinto para el ser finito, aferrado tenaz e intrépidamente a la propia egolatría, el de reaccionar en contra de un tal impulso y de una tal invitación que le viene del atardecer, cuando por aventura se abandone al espectáculo de las cosas: con su reacción el mismo se cierra, y el impulso sutil desemboca en "sublimaciones" de la sensibilidad común, las cuales dan lugar justamente a aquella constelación de emociones vagas, y sin embargo profundas, que constituyen el *pathos* de la puesta del sol.

Resulta obvio que ni siquiera para este *pathos* el hombre moderno, obtuso y sordo, "tiene tiempo" de prestarle atención. Abolidos los puntos de tránsito, el poder de "separación" lo sorprenderá en la noche como un asesino, abatiéndolo con el sueño, entre los espectros de las luces artificiales. Al "sol de medianoche" corresponderá en él la inconciencia.

Para lo otros, ésta puede ser una indicación y una tarea para la *actividad en la pasión. – Saber*, es ya preparación para el comprender; y la comprensión a su vez preforma herméticamente la realización: por aquello de lo cual se ha hablado, como por lo demás.

+

A propósito de lo que ha escrito ABRAXA acerca de la posibilidad que tiene la guerra de provocar estados de ánimo que, sumidos activamente, tienen el valor de *vías*, quiero citar algunas observaciones, ya hechas por ARTURO MARPICATI, muy características a tal respecto:

"Si las facultades *individuales* entorpecen en la monótona trinchera, y el campo de la conciencia se reduce a un círculo íntimo, durante el bombardeo el fenómeno más general de la masa es nada menos que de *detención en el trabajo mental*. Se permanece allí: se acompaña con todo nuestro ser el silbido y el estallido de los proyectiles; pero no se piensa en nada; el reloj del cerebro está quieto. Es más, me ha sucedido a mí también de sorprenderme como estando *desdoblado*: yo no estaba más presente a mí mismo con la conciencia; *tenía otra*; me parecía no existir y de verme no existir: *tenía la sensación extraña de haberme separado – "yo-espíritu" – del "yo-cuerpo"*, y de desinteresarme del mismo. Cuando la furia de las artillerías culmina en el paroxismo del martilleo *no hay más nada que*

interesa: ni los afectos lejanos, ni los amigos cercanos, ni la vida ni la muerte. Es más, muertos ya nos sentimos ahora... el desierto se nos ha hecho alrededor. El sentido de la fatalidad ha influido y reina sobre todos los órganos. Es necesario algún tiempo para que, una vez cesado el bombardeo, los nervios sacudidos vuelvan a su lugar y las facultades *retomen* sus *ejercicios normales*: lo que en muchos organismos lamentablemente no acontecerá más" [1].

Todo estudioso de nuestras ciencias reconoce los estados de los que se trata: mortificación, suspensión, separación. Pero aquí, éstos son simplemente *padecidos* e incipientes. Rendijas hacia realizaciones trascendentes se abrirían si en aquellos momentos aconteciese la acción desde lo interior.

Se recuerde en vez a tal respecto aquello que, al referirse por igual a una experiencia de guerra, ha escrito IAGLA (T. IV, pg. 59). Parece que incluso en las guerras modernas ciertas posibilidades, que ya actuaron de base en el "rito" de las tradiciones heroicas, no han desaparecido del todo.

[1] A. MARPICATI, *La Proletaria, Ensayos sobre la psicología de los combatientes*, Ed. Bemporad, s. f., pgs. 22-3. Los cursivos son míos.

2) SAGITARIO
DESPERTAR

Esta cosa ha comenzado así: un día –eran largas horas que, sentado a orillas de un lago, miraba los animales, los reflejos, las flores, los colores y gozaba de su paz– algo que nunca entendí bien se ha puesto a zumbar en mi corazón; digo "zumbar", ahora, pero ningún verbo podrá jamás traducir la extrañeza y el sentido de aquel movimiento, si es que se trataba de un movimiento. La sensación era casi física; sin embargo no me di cuenta enseguida, tan delicada y ligera, aérea, fresca, calma y pura que ella era. Sentí –sorprendido y no sorprendido– de tener un sentido de mí y de las cosas absolutamente diferente y nuevo; sentía –la primera vez– de ser "yo" único, entero, suficiente a mí mismo, independiente de cualquier persona o circunstancia, eterno, solo, habitante de mi universo, suspendido en una inmensa paz, ligado a todas las cosas por un contacto, como por una "difusión de mí" ágil, rítmica, simple, pura y viva, despierta en aquella inmensa paz en la cual sueñan todos los seres y duermen todas las cosas. Lo extraordinario es que todo esto no era para nada extraordinario, sino profundamente natural, absolutamente natural. Sentía exactamente de no tener nada que ver con mis mismos pensamientos, con aquellas mismas circunstancias que, si constituían mi límite, constituían también mi libertad; la realidad era subyacente a tales cosas, y en esta realidad estaba la liberación, y en esta liberación se encontraba la vida, la vida brotada en mí.

Este brotar de la cosa ignota y aun no nueva, este difundirse en tranquila trama de la cosa brotada había como "desbloqueado" el corazón, había disuelto los lazos, y las cosas no aparecían somnolientas, mezcladas y confusas en la inquietud de los deseos, sino libres, nuevas, disueltas y resplandecientes en la calma y pura luz de la naturaleza. Todo el antiguo ser –aquel ser que se llamaba con mi nombre– era extraño y lejano; aun los elementos de aquel ser debían haber sido sintetizados y purificados y, de esta síntesis, lo esencial se había convertido en "yo", inteligencia pura, abierta a mirar en un mundo sin tiempo la infinita maravilla de todas las cosas.

Estaba el sol en el cielo y nubes luminosas, pájaros entre los árboles y en el lago, voces lejanas: inmensa paz. Paz sagrada y profunda, en cuya sustancia eran tejidos seres, sonidos, colores; paz que era realidad y vida,

paz que estaba hecha de la misma indecible alegría del ser; todo lo que había buscado estaba delante de mí: en aquella paz vibrante danzaba la vida, y yo percibía la danza, la música y el ritmo; las cosas tenían todas su resplandeciente pureza originaria, y en el corazón continuaba a pulsar no la sangre, sino esta cosa que era la flor de la eternidad, disuelta, luminosa, perfecta, exquisita y pura, abierta como entre los párpados está la mirada de un niño. Toda la verdad más allá de la cual no hay búsqueda, toda la paz que es la sustancia de la vida, todo el gran silencio que es el origen y la música de los sonidos, toda la irrefrenable alegría, todo el ser convertido en vida, todo estaba allá, sobre aquel lago, todo era finalmente verdadero, todo estaba suspendido, inmenso, sereno – todo estaba en mí.

Aquel "yo" aparecido para mirar no era para nada yo mismo, sino alguna cosa absolutamente impersonal viviente en mí. También su potencia era tan grande, que había como vaciado el universo, y en un punto, que era "yo", toda la vida se había cuajado, toda la realidad concentrada; por afuera no quedaban sino fantasmas, fantasmas de los cuales mi mente poblaba la eternidad. Aquel "yo" solo era el absoluto habitante de su mundo divino; solo y que sin embargo llenaba de sí mismo la gran soledad; solo, y que sin embargo se encontraba unido a todas las cosas; el tiempo no lo tenía prisionero porque él no creaba ningún tiempo; así no poblaba de seres y de cosas los terroríficos reinos de la irrealidad, y, siendo sólo "yo", ningún lugar existía para él; así había desaparecido todo sentido de ir, de pedir, de esperar; era simple vida conciente de sí misma, punto sin dimensiones; también alrededor la vida cantaba y danzaba, y él, con sus ojos de niño, asistía a la gran creación.

***

La cosa duró por alguna hora; luego fue perdida, buscada, rehallada, aun perdida; en fin, alguna de sus múltiples llamaradas permaneció e ilumina a aquel ser que lleva mi nombre. Esta experiencia ha borrado definitivamente aquello que de vago, de indefinido, de oculto permanecía en mí; de mi mundo han desaparecido maestros, religiones, aspiraciones, ocultismos, ritos, amores del prójimo y todo lo demás. Aquello que me ha asombrado es que la cosa no permanece si no la hago permanecer; y así la puedo recrear cuando está perdida, pues conservo su raíz en mí. Si embargo

ella es indiferente a todo lo que me interesa y no es alcanzable con el deseo; esta suprema belleza aparece cuando nada perturba mi mente, como los cielos que se inclinan para contemplarse en un charco a lo largo del camino; ella da el sentido de que todo lo que se ha hecho y que se hará no tiene nada que ver con lo que es; que la vida no tiene ninguno de los significados y de los fines que se le han asignado, que no tiene absolutamente ningún significado y ningún fin, puesto que "es", y siendo, todo está cumplido; da el sentido de una libertad inmensa y de una paz sin fin; no es ni amor ni odio, sino que su naturaleza es la armonía, y que un cierto número o ritmo o medida que es necesario descubrir es la clave de esta armonía. La misma existe en cada cosa, y más aun cada cosa está en ella suspendida; los mundos son juguetes en comparación con ella, y sin embargo su gracia no halla comparación en nada. Ella es el sueño de un dios y yo soy el sueño y el soñador; es sin tiempo, o el tiempo es el de la naturaleza, y toda la naturaleza es el cuerpo de este ser apenas nacido. Es sumamente difícil describir esta cosa tal como es vista por quien se ha despojado de sí mismo, puesto que ninguno de aquellos modos o tendencias, o pensamientos, o sistemas que constituyen el ser humano, nada absolutamente de lo que se puede expresar, subsiste allí, y, es más, estas cosas aparecen cual irrealidades, productos artificiales que flotan sobre el mar del ser a fin de que no sea agotada la fuerza fantasmagórica que las ha creado. Aun una relación existe entre aquella realidad y esta irrealidad, y las dos fuerzas podrían ser términos de una profundidad aun más escondida.

3) ARVO
LOS "PRIMITIVOS" Y LA CIENCIA MÁGICA

Nuestros lectores ya saben lo que, desde el punto de vista del esoterismo, debe pensarse acerca de los *primitivos* o *salvajes*, acerca de sus creencias, de sus tradiciones y de su destino.

Repitámoslo: los salvajes no son los restos de la humanidad de los orígenes, no representan lo que nosotros ya fuimos, el estado precivilizado de la misma humanidad que, "evolucionando", ha arribado a la instancia actual. Entre la psiquis y la civilización del hombre de hoy en día y la de los salvajes existe en vez un hiato, un salto, en suma, una diferencia cualitativa esencial; *forman parte de otra humanidad, de una humanidad arcaica de la cual ellos representan las formas crepusculares, degeneradas e involutivas*. Más que un punto de partida, ellos representan un ocaso, no una aurora, y llevan consigo residuos y últimos ecos de realidades aun más antiguas, privadas de relación con los conocimientos, la mentalidad y la sensibilidad de la humanidad moderna.

Ahora bien, quien considera a las ciencias mágicas y, en general, esotéricas, con todo lo que éstas implican, se encuentra ante un sistema que también no pertenece a la "civilización moderna". *Entre un tal sistema y lo que subsiste en las tradiciones de los primitivos, existen puntos de contacto*. Me apuro sin embargo en decir que ello no autoriza para nada la conclusión que muchos suelen recabar cuando, por la legitimidad y la realidad de un tal acercamiento, relegan la magia a formar parte de las "supersticiones" de los salvajes.

La cosa se encuentra en cambio en el lugar exactamente opuesto. La magia constituye un todo, una concepción del mundo a su manera completa, con una lógica y coherencia propia. Y éste es el punto de referencia, lo que explica, y no lo que debe explicarse. No es la "superstición" de los salvajes lo que puede dar cuenta de la magia, sino a la inversa: los principios de la magia, en su intrínseca validez, pueden dar cuenta de aquello que en los "primitivos" es superstición, pero al mismo tiempo, pueden esclarecer cosas verdaderas y reales, fragmentos y enseñanzas metafísicas, de experiencias trascendentes.

Modernamente, mucho se ha escrito sobre la mentalidad y sobre las

tradiciones de los primitivos: se encuentran en el primer plano los nombres de FRAZER, de LANG, de MOORE, de HUBERT Y MAUSS, de DÜRKHEIM, de LÉVY-BRÜHL. Sin embargo, en general con esto no se ha ido demasiado más allá de una recolección de materiales; ni se debe esperar tampoco que pasos ulteriores puedan ser realizados, mientras se permanezca en el denominado plano "etnológico". A fin de que todo no permanezca como un simple objeto de curiosidad, es necesario *saber* algo; haber tenido ciertas experiencias; haber sido introducidos en ciertas enseñanzas, cuya verdad no se verifica con los métodos de las ciencias modernas, ni se encuadra entre las nociones familiares a estas últimas. Sólo entonces se puede *ver* en tantas cosas; conocer el plano sobre el cual las mismas pueden también no ser fantasías o supersticiones.

Para nuestros lectores podrá tener un interés poner en relieve alguno de los puntos principales en los cuales es visible la correspondencia con los estados y las enseñanzas sobre las que se ha hablado varias veces [1].

1.– EL "MANA".

La experiencia fundamental del primitivo es idéntica a la que se encuentra en la base de toda concepción mágica. "Para la mentalidad primitiva, bajo la diversidad de las formas revestida por los seres y por los objetos sobre la tierra, en el aire y en el agua, existe y circula una misma realidad esencial y mística, una y múltiple, material y espiritual a un mismo tiempo" (AP, pg. 3). Es el *mana* o *imanu* – y es aquello que ÉLIPHAS LEVI y PARACELSO denominan la *Luz astral*; el *brahmán* y el *prâna* de los Hindúes, el *Agua divina* o *Mercurio* de los Hermetistas, el *Khi* de los taoístas y así sucesivamente.

Para el primitivo esta realidad no es ni una imaginación, ni un concepto: es un dato inmediato de la experiencia, una *percepción* que precede a cualquier otra. Antes de ser naturaleza, mundo, la realidad es *mana*. "Fuerza impersonal, y sin embargo individual en los individuos, ningún ser, animado o inanimado, puede existir sin ella. Es el alma de las cosas... Intangible y sin embargo, como el aire, como el viento, puede manifestar

[1] Limito las citas a dos obras fundamentales de L. LÉVY-BRÜHL, *La Mentalité Primitive* (IV ed. París, 1926) y *L'Ame Primitive* (II ed. París, 1927), las que por brevedad señalaré con las siglas MP y AP.

su presencia" (AP, 4).

En cuanto hechos de *mana*, he aquí que la "mentalidad primitiva piensa y siente a un mismo tiempo a todos los seres y los objetos como homogéneos" (AP, 6). "No tiene ninguna idea de los reinos de la naturaleza, ni de las propiedades fundamentales de los seres que están comprendidos en ella. Para ésta, los seres se definen según el *quantum* de fuerza mística que poseen, sea en modo constante, sea en un determinado momento" (AP, 16).

Es evidente la relación de esto con la concepción mágica del mundo como potencia. Cada cosa, sea por parte del primitivo como del mago, es realizada como poder: el modo y la intensidad del poder, o *mana*, del cual es la manifestación, constituye su ser real. Y cuanto más alta es la cantidad de *mana*, más un ser es realmente. Por lo tanto "los primitivos viven, piensan, se mueven y actúan en un mundo que en numerosos puntos no coincide con el nuestro" (MP, 47). Hechos de *mana*, los "poderes" para él no son ideas producidas por un razonamiento que se agregue a la experiencia: son en vez "una aprehensión directa, una intuición. En el momento en el cual percibe lo que es dado a sus sentidos, el primitivo se representa la fuerza mística que se manifiesta así" (MP, 48). "En sus representaciones, el mundo sensible y el otro mundo no son sino una sola cosa. El conjunto de los seres invisibles es inseparable para ellos del conjunto de los seres visibles" (MP, 50).

De aquí los equívocos en que caen los modernos cada vez que éstos no tienen en cuenta que los términos de los primitivos designan a un mismo tiempo representaciones materiales de cualidades inmateriales y representaciones inmateriales de objetos materiales (AP, 132). Muchísimas veces los términos no designan sino a los "dobles" –la forma sutil diríamos nosotros– de las cosas nombradas.

Tal es el caso por ejemplo cuando se habla de una "grasa de los riñones" que, quitada con una operación mágica, hace de modo tal que la muerte sobrevenga: o bien, de órganos corpóreos que, en la regeneración, son arrancados y sustituidos con otros órganos, o bien con cristales o piedras especiales (AP, 342). Tomar todo esto a la letra, sería ingenuo. Ello no impide que a veces, justamente éste sea el caso en los primitivos: y entonces, pero sólo entonces, se trata de superstición, en razón de haberse perdido el significado originario: o bien se trata de brujería.

2.– Espacio y tiempo

Una consecuencia evidente es que la experiencia del espacio y del tiempo no es la misma en el primitivo que en el "civilizado". El espacio, para este último, es "como una tela de fondo, indiferente a los objetos que se le dibujan" (MP, 92). En vez para el primitivo el mismo está vivo, el mismo "se le aparece cargado de cualidad: sus regiones tendrán virtudes propias, ellas participarán de las potencias místicas que se le revelan" (MP, 92). Cada lugar es, por decirlo así, un lugar fatídico, tiene su individualidad misteriosa y su "intensidad". No diferente es la premisa de la "geografía sagrada" que ha formado siempre parte de las ciencias tradicionales.

De la misma manera el tiempo no podrá ser sentido como compuesto de partes homogéneas, como el simple orden de una sucesión irreversible. Será en vez percibido como *ritmo*, con períodos caracterizados por manifestaciones típicas de los poderes faustos o nefastos, cualitativamente diferenciados (MP, 89-91).

Ahora bien, la práctica remite precisamente a este sentido del espacio y del tiempo. La teoría de las tierras y de las ciudades "santas", de los centros tradicionales de influencias espirituales sobre la tierra, de los ambientes a "vitalizar" con los ritos y, al mismo tiempo, todo lo que, en confluencia con la astrología, tiene relación con determinados momentos en los cuales el rito puede conducir a acoplamientos con las grandes fuerzas de las cosas, todo ello toma sentido tan sólo en tal presupuesto.

En el ciclo de las fiestas, de las cuales aun hoy se encuentra constelada nuestra notación calendárica del tiempo, subsiste por otra parte el rastro de la antigua experiencia cualitativo-simbólica del tiempo. El estado de conciencia, en el cual los métodos mágicos son eficaces, es aquel en el que el mundo nuevamente se vuelve alma, y cada cosa se vuelve a convertir en máscara o símbolo de un "poder" en manera mayor o menor directamente intuido.

3.– Irrelevancia de las causas naturales.

La mentalidad primitiva no conoce la "casualidad" y presta escasa atención a la explicación natural de los fenómenos. Ella se desinteresa del

cómo de los hechos, para mirar en vez su *por qué*. Para cualquier acontecimiento, y sobre todo para aquellos habitualmente reputados como fortuitos, vale la misma formula, la misma pregunta: "¿Por qué es así y no de otra manera? ¿Por qué por ejemplo en un vado justamente aquel hombre ha sido arrastrado por la corriente y no otro?". No existe para la mentalidad primitiva una verdadera solución del problema hasta tanto no nos remontemos a la acción de un "poder". Todas las leyes y los determinismos dispuestos, por decirlo así, sobre las dos dimensiones a las cuales recurre la explicación común y moderna de los fenómenos, el primitivo los deja a un lado. Que una serpiente, un rayo, otro hombre, etc. hayan abatido a un hombre – todo esto para él no es sino apariencia engañadora: *las causas naturales por sí mismas no producen nunca nada*: son las causas invisibles las que dan una explicación satisfactoria (MP, 17-45). Un acontecimiento no se produce aquí abajo sino cuando el mismo, por decirlo así, ha ya acontecido sobre otro plano. Lo que acontece visiblemente, no es sino una conclusión, un epílogo.

Le sigue a una tal actitud del espíritu la reducción al mínimo de cada proceso raciocinante. En el primitivo, el esfuerzo de la mente se aplica sobre todo a lo largo de la tercera dimensión: él no busca vincular un fenómeno a otro, sino de captar su fuerza oculta –referida a un ente, o a un muerto, o en fin, a un mago– sin la intervención de la cual, desde su punto de vista, aquel concierto "fortuito" de causas naturales no se habría producido, o bien –nada menos– una causa natural habría podido no producir aquel determinado efecto, por ejemplo: la mordida de una serpiente habría incluso podido no ser mortal (MP, 48-50, 88-9).

Böhme ha escrito: "Creedme, ustedes no están para combatir con seres inanimados, sino para combatir con dioses"[2]. Cuando el primitivo llega a sentir la acción más fuerte de un poder, se deja ir: la conclusión, el epílogo, no le interesa más. Encuentra pueril atender a ésta o a esta otra causa (enfermedad, peligro, etc.): la acción lo alcanzaría igualmente por otras vías – el hecho se encuentra cumplido. Lo único eficaz sería remover la causa sobrenatural – es decir, abatir por ejemplo al que ha creado el sortilegio. Y viceversa: el primitivo se expone con descuido a causas naturales de peligro, de enfermedad, etc., porque en su idea, las mismas

[2] J. Böhme, *Aurora*, XXI, 121.

no pueden actuar en sentido de mal antes de que una cierta *intención* desde atrás de los bastidores le ordene en contra de él. "No se cae enfermo a causa de un viento frío, sino que se cae enfermo por la acción de un brujo" (MP, 19).

4.– La Muerte.

En particular es quizás relevante entre los primitivos la idea de que *la muerte no es nunca natural*. La muerte tiene el carácter de un accidente, de un hecho violento y contra natura. Exige cada vez una explicación trascendente. "Si en un determinado momento la muerte sobreviene, es porque una fuerza mística ha entrado en juego. El mismo debilitamiento senil, como toda enfermedad, no es debido en mayor medida a lo que nosotros denominamos causas naturales: debe explicarse también con la acción de una potencia mística" (MP, 20-21).

Esta creencia, que hoy parecerá singular, posee el eco de una arcaica tradición metafísica – de aquella misma que aparece en algunos "mitos titánicos": los seres mortales son seres golpeados y abatidos por una raza más fuerte. La vida mortal es un agon: sólo el iniciado es el victorioso, y conquistando la inmortalidad, él no hace sino reintegrarse en el estado originario y según su naturaleza. El recuerdo crepuscular de tal estadio, unido al sentido, en general, de acciones invisibles sobre el hombre, es lo que explica las antes mencionadas ideas de los primitivos acerca de la muerte.

5.– Las "Participaciones".

El esoterismo enseña, y prácticamente demuestra, que la percepción de lo que se encuentra detrás de la realidad física espacial tiene lugar cuando los principios no corpóreos del ser humano adquieren una cierta libertad respecto de los corpóreos, en los cuales habitualmente se encuentran inmersos. Ahora bien, se debe reputar que esta condición en el primitivo no representa en general algo extraordinario. *Si el mundo del primitivo no es nuestro mundo, y puesto que la relación según la cual el yo se encuentra con el propio cuerpo no es la misma en el "civilizado" que en el primitivo.* Si se admite, justamente, que la conexión entre psíquico y físico en el primitivo es inestable, tenemos, luego, manera de comprender a un grupo

complejo de fenómenos y de concepción que de otra forma parecerían fantásticos – por cuanto lo que ha sido corroborado en los estados mediánicos e hipnóticos hoy hace admitir ya cosas de tal tipo, antes sin más tachadas como mentira y superstición.

La primera consecuencia de la diferente solidez del lazo entre "alma" y "cuerpo" es que en el primitivo las facultades y los procedimientos psíquicos no están tan limitados al espacio. El alma primitiva vive simultáneamente en un ambiente psíquico, en el cual sus elementos y sus fuerzas pueden encontrarse y combinarse con las de otros seres, así como con las de cosas "inanimadas", de objetos que nosotros consideramos "externos".

"En las representaciones de los primitivos, la individualidad de cada uno no se detiene en la periferia de su persona. Las fronteras son indecisas, mal determinables, incluso variables según que los individuos posean una mayor o menor fuerza mística, o *mana*" (AP. 133). Se puede decir que además de la parte fijada al cuerpo, el alma del primitivo posee una parte libre excedente, móvil, la cual puede "apegarse" a ésta o a aquella cosa. En la idea de los primitivos, las vestimentas, los restos de la comida, las armas, los excrementos o las linfas, los objetos que una persona haya producido y trabajado, o también tan sólo tocado, pueden retener algo de su "alma", de modo tal de ofrecer una vía para arribar ocultamente hasta la misma, cualquiera sea la distancia espacial.

En un examen de todo esto es necesario distinguir dos aspectos. En primer lugar, nos debemos referir a una condición degenerativa, pensando en "comunicaciones" que se hacen posibles por una cierta falta de forma, o labilidad, del alma del salvaje. Sobre esto remito a lo que he ya escrito (T. IV, pg. 67), juzgando las concepciones de un etnólogo, De Martino. Así de la inestabilidad proceden también los "peligros del alma", de los cuales enseguida hablaré. Hay sin embargo un segundo aspecto, es decir, el hecho de que objetivamente las "participaciones" existen: es verdad, por ejemplo, que ciertos objetos mantienen una relación con el que los poseyó, de la misma manera que todo aquello que ha formado parte de su cuerpo, etc. Todo ello es real *sobre su plano*, y no queda limitado al psiquismo de los salvajes. Sin embargo es necesaria una condición interna especial, que se puede alcanzar sea regresivamente (por disociación), sea integrativamente (como en el caso de la alta magia), a fin de que aquellas relaciones sean advertidas de hecho y se pueda también sacar partido de ellas.

6– El hombre-leopardo

En casos especiales –de mayor labilidad de los principios psíquicos y sutiles (causas eventuales: emoción, exaltación, ebriedad generada por ciertas drogas, etc.) o bien cuando un determinado objeto o ser presenta una ultrasaturación de *mana*– pueden verificarse verdaderas y propias irrupciones del "poder" relativo a aquel objeto o que éste se encuentre en el individuo que entra en relación con el mismo.

El caso extremo de estas irrupciones obsesivas encuentra su correspondencia en una creencia constante de los primitivos de las regiones más diferentes: revestir la piel de un animal es reputado como una cosa capaz de producir una verdadera y propia transformación en la naturaleza del mismo (AP, 204). Es característico el caso de cuatro indígenas "que de noche se cubrían con una piel de pantera que les daba una fuerza sobrehumana. Vestidos de esa manera entraban en las casas y devoraban a sus moradores. Sólo podían perder su fuerza cuando se lograba quitarles la piel que ellos pegaban a su cuerpo" (AP, 201). "La creencia en los hombres-leopardo (en otras tribus se trata en vez del lobo, del cocodrilo, del gorila, etc.) es algo generalizado. Con la ayuda de *ciertas drogas o fetiches*, algunos hombres tendrían el poder de transformarse en hombre-leopardo" (AP, 202).

La obsesión puede acontecer cuando el alma se mantiene adentro de su cuerpo, el cual, naturalmente, conservará la propia forma [3]; pero puede también acontecer en el estado de sueño, en el cual la parte sutil del ser es aun más libre de la corporal visible. Entonces puede verificarse una verdadera y propia transferencia del "alma" en el cuerpo de un determinado animal y, así, una verdadera y propia bilocación o bipresencia. Hay hechos precisos –narrados por los viajantes– de animales golpeados y de personas que dormían lejos, encontradas heridas e incluso matadas en sus lechos. En determinadas circunstancias no se trata pues de "superstición", ni de "sugestión" [4].

[3] Si se piensa que, junto a un determinado poder, puede infundirse la imagen del "tipo" correspondiente (leopardo, chacal, etc.), se puede también concebir que el estado de obsesión a veces se acompaña con una espontánea proyección de tal imagen, que en una especie de alucinación puede ser percibida por otros, en lugar de la forma humana del obsediado.

[4] Vuelvan a verse las instrucciones acerca del desdoblamiento dadas en el Tomo I, cap. 7.

En fin es siempre la inestabilidad entre alma y cuerpo lo que puede dar cuenta de una creencia singular de los primitivos: es decir, que es posible que el alma de un hombre se una más íntimamente a otro cuerpo, e incluso a una cosa, que no es su propio cuerpo, de modo tal de estar a la merced de lo que le acontece a aquélla, más de lo que le acontece al segundo.

Ello también puede acontecer a través de la violencia de una operación mágica, la cual sustrae al "alma" de un hombre a sí misma, y la pone a la merced del mago, con o sin la intermediación de objetos [5]. "Los brujos del Congo afirman que ellos pueden adueñarse de la personalidad de un hombre y hacer de su cuerpo un puro autómata sin pensamiento, semejante a una espiga de trigo vacía" (AP, 345). El hombre puede permanecer en vida, pero es como una conchilla vacía, un fantasma cuya vida poco a poco se disipa, hasta que, en la muerte, el mago se convierte plenamente en dueño de la fuerza vital, que él hace servir a sus fines (AP, 344) [6]. En otros casos, se puede sustituir él mismo, en el cuerpo del otro, al alma expulsada.

7.– El "totem" y el "doble".

Por otra parte, si el cuerpo es el *principium individuationis* de la conciencia, el defecto de un lazo firme y estable con un cuerpo hará de modo tal que también el sentido de la individualidad permanezca vago, difuso, unido al sentido de otras fuerzas y de otros seres. Nuestros lectores saben que esto es justamente el peligro al que se enfrentan aquellos que hoy, para realizar las posibilidades de la magia, son obligados a remitirse a antiguas formas de conciencia: el peligro de perder el sentido de la personalidad, de volver a entrar en el dominio de influencias, de las cuales se había logrado aunque fuera aislarse.

El primitivo no tiene una verdadera conciencia propia, él antes de

[5] Véase T. IV, pg. 133 (*La Magia de las Estatuillas*), en donde se ha explicado una operación de tal tipo.

[6] Entre las creencias de los primitivos se encuentra la que se refiere a la posibilidad de sustraer los elementos vitales a determinadas sustancias, las cuales físicamente permanecen las mismas, pero son privadas, por ejemplo, de su valor nutritivo (AP, 351). Se puede poner en relación tal tema con la *nutrición vampírica*, a la cual se ha ya hecho mención en estas páginas.

sentirse a sí mismo, siente a fuerzas que van más allá de él, y de las cuales es una encarnación. Se trata, sobre todo, del *totem*. El *totem* es el antepasado mítico, cuya vida se continúa en la de los descendientes en la forma de alma colectiva de una determinada estirpe, *clan*, o tribu. Los diferentes individuos que componen el *clan* son sus transformaciones, sus encarnaciones temporarias, mientras que el mismo es también considerado como el ente, el "espíritu" de una determinada especie animal. Pero no es un concepto, es una experiencia: el primitivo se siente especie, antes de sentirse individuo.

Él habla del *doble*: el *tjurunga* de los Australianos, el *kra* de los Ewe, el *ntoro* de los Asciantes, el "homónimo" de los Ba-ila. El doble es él, y al mismo tiempo es algo diferente y más que él: es la raíz profunda de su vida – y mientras que el hombre muere, no dejando sino una sombra, la cual a su vez padecerá el destino de la disolución (el *srahman*), el "doble" sobrevive: el mismo ha habitado en muchos hombres, y habitará en muchos otros. Y el *totem* y el "doble" en muchísimas creencias de los primitivos son una misma cosa. Si se vuelve a lo que se ha dicho (T. VI, pg. 155) acerca del origen de la especie según el esoterismo, se verá fácilmente la relación de estas ideas con la enseñanza iniciática.

De la misma manera, la particular constitución de los primitivos hace que éstos se encuentren en manera espontánea en una relación casi de cadena mágica. Y todas aquellas leyes de acción y reacción que al respecto han sido explicadas por IAGLA (T. VI, pg. 94), he aquí que nosotros vemos cómo informan un conjunto de ideas y de normas, que se reencuentran casi idénticas en todas las formas de la mentalidad primitiva, y que tienen pues un fundamento real, una justificación objetiva todas las veces que sea efectivamente vivo el estado de relación con la conciencia colectiva.

Pongo fin a esas breves notas, en donde no he elegido sino alguno entre los numerosos puntos que al respecto pueden presentar para nosotros un interés. Como conclusión, digamos que podría serles recomendada a los estudiosos de esoterismo la lectura de las obras sobre la mentalidad y el alma "primitiva". Puesto que disponen de adecuados principios, puede darse que éstos, a partir de los residuos degradados y de las mismas "supersticiones", puedan remontarse hasta a muchísimas cosas de las cuales en los tratados de cierto ocultismo no se habla sino con palabras a medias.

4) AGNOSTUS
ACERCA DE LOS DOS SÍMBOLOS HIPERBÓREOS

Entre los Celtas, el jabalí y la osa simbolizaban respectivamente a los representantes de la autoridad espiritual y a los del poder temporal, es decir, a las dos castas de los Druidas y de los Caballeros, equivalentes, por lo menos originariamente y en sus atributos esenciales, a lo que en la India son las de los *brahamanes* y de los *kshatriya*. Un tal simbolismo es de origen netamente hiperbóreo y es uno de los índices del vínculo de la tradición céltica con la tradición primordial del presente ciclo, por más que haya también otros elementos provenientes de tradiciones ya secundarias y derivadas que se pueden haber agregado a esta corriente principal. La tradición céltica puede ser considerada como uno de los puntos de conjunción de la tradición atlantídea con la tradición hiperbórea, luego del fin del período secundario en el cual esta tradición atlantídea representó la forma predominante y casi el "sustituto" del centro originario convertido en ya inaccesible para la humanidad común. Y también a tal respecto el simbolismo aquí mencionado puede darnos indicaciones no privadas de interés.

Notemos en primer lugar la importancia dada al símbolo del jabalí también en la tradición hindú, ella misma directamente derivada de la tradición primordial, y que en los Veda afirma explícitamente su origen hiperbóreo. El jabalí *–varâha–* no sólo figura en ella como la tercera de las diez manifestaciones (*avatâra*) del dios Vishnu en el ciclo actual (*manvantara*), sino que el entero ciclo de manifestación de nuestro mundo (*kalpa*) es a su vez designado como *çvêta-varâha-kalpa*, es decir, "ciclo del jabalí blanco". Estando así las cosas, y si se considera la analogía necesariamente existente entre el gran ciclo y los ciclos subordinados, es natural que la prueba del primero se reencuentre en el inicio de los segundos; por esto la "tierra sagrada" polar, sede del centro espiritual primordial del presente ciclo, o *manvantara*, fue también llamada Varâhî, es decir "tierra del jabalí" [1]. Por otro lado, residiendo allí la autoridad espiritual primera, de la cual no es sino una emanación, es por igual natural que los representantes de una tal autoridad hayan ellos mismos tenido el símbolo del jabalí como signo distintivo y que lo hayan conservado en los

tiempos sucesivos; por esto los Druidas se daban a sí mismos el nombre de "jabalí", si bien, al tener siempre todo simbolismo aspectos múltiples, se puede también ver aquí, accesoriamente, una alusión al aislamiento en el cual éstos se mantenían con respecto al mundo exterior, habiendo sido el jabalí siempre considerado como un "solitario". Por lo demás, hay que agregar que este mismo aislamiento, realizado materialmente entre los Celtas y los Hindúes, en la forma de un retiro en la selva, no se encuentra privado de relación con los caracteres de la "primordialidad", un reflejo de la cual siempre se conserva en toda autoridad espiritual digna de la función que la enviste.

Pero volvamos a la palabra Vârâhî, que puede dar lugar a observaciones sumamente importantes. La misma se encuentra para designar un aspecto de la *çakti* de Vishnu (y, más especialmente, en relación con su tercera manifestación) [2], lo cual, dado el carácter "solar" de este último, nos remite sin más a la "tierra solar" o "Syria" primitiva [3], que es otra de las designaciones de la Thule hiperbórea, es decir, del centro espiritual primordial. Por otro lado, la raíz *var* del nombre sánscrito del jabalí, se vuelve a encontrar en las lenguas nórdicas bajo la forma de *bor* [4]; el equivalente exacto de Vârâhî es pues "Borea", y es un hecho que el nombre habitual de "Hiperbórea" fue usado tan sólo por los Griegos en una época en la cual ellos habían perdido ya el significado de aquella antigua designación. Sería pues mejor, a pesar del uso que ha prevalecido a partir de entonces, calificar la tradición primordial no como "hiperbórea", sino simplemente como "boreal", afirmando así sin equívoco su conexión con la "Borea" o "Tierra del jabalí".

Hay más: la raíz *var* o *vri*, en sánscrito, tiene el sentido de "cubrir", de "proteger", de "esconder"; y, tal como lo demuestra la palabra Varûna y su

[1] Hay que resaltar que, contrariamente a lo que parece que había pensado SAINT-YVES D'ALVEYDRE, el nombre Vârahî no se refiere para nada a la Europa: ésta en verdad fue siempre la "tierra del toro", lo cual remite a un período sumamente lejano de los orígenes.

[2] El término sánscrito *çakti* indica sea a la "esposa", sea a la "potencia", sea al aspecto inmanente de una divinidad.

[3] El significado originario del término *Syria*, que no corresponde sólo a la región que lleva actualmente ese nombre, el cual tan sólo le ha sido transferido, es el de "tierra del sol". Véase el ensayo de GUÉNON, *La Terre du Soleil*, en "Études Traditionelles", n. 1 de 1936.

[4] De allí la palabra inglesa *boar* y también la alemana *Eber* para referirse al jabalí.

equivalente griego, Ouranos, ella designa al cielo, sea porque el cielo cubre a la tierra, sea porque el mismo representa los mundos superiores escondidos a los sentidos (el mismo término latino *coelum*, de *coelare*, tuvo originariamente un sentido no diferente). Ahora bien, todo esto se aplica a los centros espirituales, sea porque éstos se encuentran escondidos a los ojos de los profanos, sea porque los mismos protegen al mundo con su influencia invisible, sea, en fin, porque éstos son como unas imágenes del mismo mundo celeste en la Tierra. Agreguemos que la misma raíz tiene aun un sentido, el de "elección" o de "alternativa" (*vara*), lo cual, evidentemente, se vincula por igual a la región que ha sido por doquier designada con nombres como el de "tierra de los elegidos", "tierra de los santos", "tierra de los beatos".

En lo que hemos dicho hasta aquí se habrá notado la unión de los dos simbolismos, "polar" y "solar"; pero, en lo que se refiere propiamente al jabalí, importa sobre todo el aspecto "polar". Por otro lado, ello resulta del hecho de que, antiguamente, el jabalí representaba la constelación convertida luego en la Osa Mayor [5]. Esta sustitución de nombres es uno de los índices de lo que los Celtas justamente simbolizaban con la lucha entre el jabalí el oso, es decir la revuelta de los representantes del poder temporal en contra de la supremacía de la autoridad espiritual, con las diferentes circunstancias que siguieron luego en las épocas históricas sucesivas. Las primeras manifestaciones de una tal revuelta, en realidad, van mucho más lejos de la historia comúnmente conocida, en más, más lejos del inicio de la "edad oscura", del *kali-yuga*, en que la misma debía asumir su máxima extensión; es por esto que el nombre de *bor* ha podido ser transferido del jabalí a la osa [6], y la "Borea" misma, la "tierra del jabalí", se ha podido pues convertir, en un determinado momento en la "tierra del oso" durante un período de predominio de los *kshatriya* al cual, según la tradición hindú, puso fin Paraçu-Râma.

En esta misma tradición el nombre más corriente de la Osa Mayor es *sapta-riksha*; y la palabra sánscrita *riksha* es el nombre del oso, lingüísticamente idéntico al que tal animal tiene en las diferentes lenguas:

[5] Debe recordarse que esta constelación tuvo también muchos otros nombres, entre los cuales el de "balanza"; pero el término sánscrito para referirse a balanza, *tulâ*, remite a Thulé, es decir, al centro hiperbóreo.

[6] En inglés, oso se dice *bear*, en alemán *Bär*.

el céltico *arth*, el griego *arktos* e incluso el latín *ursus*. Nos podemos sin embargo preguntar si es justamente éste el sentido originario de la expresión *sapta-riksha*, o bien si, en correspondencia con la sustitución aquí mencionada, no haya más bien acontecido una especie de superposición de palabras etimológicamente distintas, pero reacercadas e incluso identificadas en razón de un cierto simbolismo fonético. En realidad, *riksha*, a nivel general, es también una estrella, es decir, en el fondo, una "luz" (*archis*, de la raíz *arch* o *ruch*, "brillar" o "iluminar"); y, por otro lado, el *sapta-riksha* es la morada simbólica de los siete R*shi*, los cuales, aun prescindiendo del hecho de que su nombre se refiere a la visión, así como también a la luz, son ellos las siete "Luces" que transmitieron al ciclo actual la sabiduría de los ciclos anteriores [7]. El acercamiento que resulta de ello entre el oso y la luz, por lo demás, no constituye un caso aislado, puesto que vemos acontecer la misma cosa en lo relativo al lobo, sea entre los Celtas como entre los Griegos [8], de allí la relación de tal animal con el dios solar, Belen o Apolo.

En un cierto período, el término *sapta-riksha* fue aplicado ya no más a la Osa Mayor, sino a la Pléyades, que comprenden por igual a siete estrellas; este pasaje del nombre de una constelación polar a una constelación zodiacal corresponde a un pasaje del simbolismo solsticial al simbolismo equinoccial, que implica una mutación en el punto de partida de los puntos cardinales vinculados a las diferentes fases de este ciclo [9]. Éste es el pasaje del Norte al Occidente, que se refiere al período atlántico; lo cual halla una precisa confirmación en el hecho de que, para los Griegos, las Pléyades eran hijas de Atlante y, como tales, eran llamadas las Atlántidas. Pasajes de tal género son sin embargo muchas veces causa de muchas confusiones, recibiendo los mismos nombres, según los períodos, aplicaciones diferentes, y ello sea para las regiones terrestres como para las celestes, en las cuales no es fácil determinar caso por caso aquello a lo cual los mismos propiamente se refieren. Es más, una tal empresa es imposible cuando no

[7] Se revelará el simbolismo de las "siete luces" mantenido en varias tradiciones iniciáticas. Recordemos también que las siete estrellas, de las cuales se habla al comienzo del *Apocalipsis* (I, 16, 20), según ciertas interpretaciones, serían las de la Osa Mayor.

[8] En griego, lobo se dice *lykos* y luz *liké*; de allí el epíteto de doble sentido del Apolo licio.

[9] La transferencia de la Balanza en el zodíaco tiene naturalmente ello mismo un significado semejante.

se vinculen sus diferentes "localizaciones" a los caracteres propios de las formas tradicionales correspondientes, como se ha hecho aquí a propósito del *sapta-riksha*.

Entre los Griegos, la rebelión de los *kshatriya* fue representada por la caza al jabalí de Calidón, que representaba visiblemente una versión en la cual los mismos *kshatriya* expresaron su pretensión por una victoria definitiva, puesto que ellos matan al jabalí; y Ateneo refiere que, según los autores más antiguos, este jabalí de Calidón era blanco [10], lo cual lo identifica justamente con el *çveta-varahâ* de la tradición hindú. No menos significativo es, desde nuestro punto de vista, que el primer golpe el mismo lo recibió de Atalanta la cual, se dice, habría sido alimentada por una osa; y este nombre de Atalanta podría indicar que la rebelión tomó inicio sea en la Atlántida misma, sea al menos entre los herederos de la tradición atlántica [11]. Por otro lado, el nombre Calidón se vuelve a encontrar en Calidonia, antiguo nombre de Escocia: aparte toda cuestión de "localización" particular, éste fue propiamente el país de los "Escaldos" o "Celtas" [12]; y la floresta de Calidón, en realidad, no difiere de la de Broncenlandia, cuyo nombre es una vez más, si bien en una forma un poco modificada y precedida de la palabra *bro* o *bor*, el mismo nombre del jabalí.

Hay que resaltar que los dos símbolos del jabalí y de la osa no aparecen siempre necesariamente en oposición o en lucha, sino, en ciertos casos, pueden también representar la autoridad espiritual y el poder temporal en sus relaciones normales y armónicas, mostrados por ejemplo por la leyenda de Merlín y de Arturo. En realidad, Merlín, el Druida, es nuevamente el jabalí de la floresta de Broncenlandia (en donde él al final no es matado como el jabalí de Calidón, sino que es sólo dormido por una potencia femenina); y Rey Arturo tiene un nombre que deriva del oso *arth* [13]; más

[10] *Deiphosophistarum*, IX, 13.

[11] A tal respecto pueden hacerse algunas aproximaciones curiosas, en especial en relación a las manzanas de oro de las cuales se trata sea en la leyenda de Atalanta como en la del jardín de las Hespérides o "Hijas del Occidente", las cuales, como las Pléyades, eran hijas de Atlante.

[12] Por otro lado es probable que el nombre de los "Celtas", como el de los "Caldeos" que le resulta idéntico, originariamente designara no a un pueblo en particular, sino a una casta sacerdotal que ejercía la autoridad espiritual entre diferentes pueblos.

precisamente, un tal nombre no es idéntico al de la estrella *Arcturus*, teniendo en cuenta la leve diferencia debida a la distinta derivación, céltica y griega. Esta estrella se encuentra en la constelación austral del "Buey", nombres éstos que remiten aun reunidos a las señales de diferentes períodos: el "jardín de la Osa" se ha convertido en Buey cuando la Osa misma, o *sapta-riksha*, se ha convertido en los *septem triones*, es decir los "siete bueyes" (de aquí la palabra "septentrión" para designar al Norte); pero nosotros no tenemos que estudiar estas transformaciones, relativamente recientes respecto a nuestro tema.

De las consideraciones expuestas parece derivar una conclusión acerca de la parte respectiva de las dos corrientes que contribuyeron a formar la tradición céltica. En su origen, la autoridad espiritual y el poder temporal no estaban separados como dos funciones diferentes, sino unidas en su principio común, y un rastro de tal unión se lo reencuentra aun en el nombre mismo de los Druidas (*dru-vid*, es decir "fuerza-sabiduría", estando los dos términos simbolizados por la encina y por el muérdago), a tal respecto, y también cual representantes más particularmente de la autoridad espiritual, a la cual le está reservada la parte superior de la doctrina, éstos eran los verdaderos herederos de al tradición primordial, y el símbolo esencialmente "boreal", el del jabalí, les pertenecía como propio. En cuanto a los Caballeros, que tenían como símbolo al oso (o la osa de Atalanta), se puede pensar que la parte de la tradición destinada a ellos especialmente comprendía sobre todo elementos procedentes de la tradición atlantídea; y quizás esta distinción puede incluso explicar ciertos puntos en mayor o menor medida enigmáticos de la historia sucesiva de las tradiciones occidentales.

[13] En Escocia se encuentra también, como nombre de familia, Mc-Arth, o "hijos del Oso", que indica visiblemente la pertenencia a un *clan* guerrero.

5) GALLUS
EXPERIENCIAS ENTRE LOS ÁRABES

Lo que a continuación expondré se remonta al período en el cual Libia y Tripolitania eran italianas. Como antecedentes diré que ya de joven había sentido un interés vivo y espontáneo por todo lo concerniente a lo sobrenatural y espiritual, interés avivado por diferentes lecturas aunque no totalmente ordenadas. En mi familia no habían faltado antepasados que habían manifestado el mismo interés: entre otros un cultor de la alquimia, que viviera en Urbino en el siglo XVI. Por mi cuenta me había sucedido de estudiar árabe y, no sin relación con la idea de que el mundo árabe habría quizás podido reservarme experiencias interesantes, acepté ser destinado a un cargo gubernamental en aquellas colonias nuestras.

Naturalmente allí no faltaban Italianos curiosos en querer conocer los fenómenos de los cuales se decía que eran capaces ciertos ambientes musulmanes. Y el asunto comenzó justamente así, que algunos funcionarios, en contacto con árabes notorios –sobre todo por iniciativa de Carlos Conti Rossini, Secretario General para la Tripolitania, que a tal fin entró en entendimiento con Hassuma bey Gurgi, administrador de los bienes de las comunidades religiosas árabes– obtuvieron el permiso para asistir a algunas sesiones de faquirismo en la Zauia es-Sagira de Trípoli.

A decir verdad, tuvimos que asistir sólo de incógnito, desde un ambiente cercano, a través de una grada de madera, la cual sin embargo permitía una visibilidad perfecta. Unos Árabes estaban sentados sobre el suelo, en círculos concéntricos, y se pusieron a practicar una muy notoria y primitiva técnica del éxtasis, consistente en repetir fórmulas y en mover al mismo tiempo en forma rítmica el cuerpo y sobre todo la cabeza, a la derecha y a la izquierda, hasta arribar a inclinaciones tales de hacer parecer a la cabeza misma como la de una marioneta desarticulada: todo esto estaba acompañado por los sones sordos de un tambor. En un determinado momento se hizo una pausa y entre los presentes se distribuyó carne de *urel* (una especie de gran lagarto del desierto), una vez que ésta fue consumida, la sesión fue retomada hasta arribarse a un estadio de saturación, en el que, una vez alcanzado, una buena parte de los participantes se puso a ejecutar sobre sí misma las conocidas proezas faquíricas: aguijones,

espiedos y puñales clavados en varias partes del cuerpo. Nuestra guía hizo de modo tal que uno de los practicantes abandonara el círculo y viniera adonde nos hallábamos: pudimos constatar que los espiedos estaban clavados no sólo en partes musculares y membranosas del cuerpo, sino también en las carnes y en la cavidad abdominal. Y, a pesar de ello, no había ninguna hemorragia.

Ésta no fue la única sesión de tal tipo a la cual asistí. En otra Zuaia, en Bengasi, pude observar ulteriores fenómenos de faquirismo: eran tragados pedazos de vidrio, largos clavos, antorchas encendidas. Tuve luego la ocasión de entrevistar a uno de los que cumplían con tales proezas, un pescador. Le pregunté qué era lo que sucedía con los materiales ingeridos: clavos, vidrio, piedras. Él me contestó que, luego de las sesiones, el Jefe de la Zuaia les imponía las manos sobre el cuerpo, con lo cual todas aquellas cosas se "disolvían" en agua que escupía desde la boca, y nada permanecía.

Éste fue el único detalle que suscitó en mí un cierto interés, no así lo demás, al serme ya más o menos conocido, a través de lecturas, relatos de viajantes dignos de fe: tan sólo me había sucedido ahora tener que corroborarlo todo personalmente y de manera directa. Se diría que alguno leyese mi más profundo descontento. Justo cuando salía de una de aquellas sesiones, se me acercó un árabe que me dijo: "Deja todas estas cosas, éstas no son para ti, son demasiado bajas para ti, busca otra cosa".

Mi cargo me permitía viajar por todas partes en la colonia, y también en el interior. Y en todas partes en donde fuese posible no dejaba de tomar contacto con ambientes que cultivaban la línea, digamos así, "psíquica" del Islamismo. Confieso que me fue muchas veces útil un procedimiento no del todo correcto: hacía sorprender con mis conocimientos en materia de *dhikr*, de fórmulas secretas y de signos, a no pocos grupos de árabes, que suponían que todo ello me hubiese sido transmitido, en razón de una calificación e iniciación, quien sabe por cuáles maestros. Ellos no sabían que eran cosas que se hallaban presentes en el conocimiento de todos en Europa a través de obras, como por ejemplo la de DUPONT y COPPOLANI sobre las *Confraternidades musulmanas* publicada en Argel.

El encaminamiento decisivo tenía que sucederme tiempo después en Tert, localidad cercana a Derna. Sabía que allí residía un misterioso anciano entregado a la vida ascética y que gozaba de un particular prestigio, a pesar de su míseras condiciones económicas. Le solicité que viniera a verme, cosa que él en un primer momento rechazó, diciendo que no se sentía digno de acercarse a un gran jefe italiano. Al final consintió. Y aconteció

algo singular: un inmediato entendimiento recíproco. Él me dijo que me *reconocía*, que sabía ya que habríamos tenido que encontrarnos. Cuando nos separamos, quiso que aceptase de su parte un anillo, del cual no habría debido separarme nunca: era de oro, con dos esfinges que guardaban con llave un zafiro.

Una vez retornado con mis amigos árabes de la Zuaia de la costa, y al haberles relatado el encuentro y mostrado el anillo, éstos dieron señales todos de un alto reconocimiento de asombro. Me dijeron que la persona que había encontrado era un *Sheikh el Trîka* ("Señor de la Vía"), designación correspondiente a una particular dignidad iniciática, y que su anillo me habría abierto cualquier camino.

Así poco a poco se produjo en mí un gran cambio, cuyo primer resultado fue mi "adhesión" al Islam. Ello puede despertar sorpresa tan sólo en aquellos que no tienen una idea exacta de lo que es el mismo Islam. La "adhesión" se reduce a pronunciar el "testimonio" (*shahâdah*) habiendo asumido una posición ritual que debe tener un cierto valor de *mudrâ* (de "gesto-sellador"): la parte superior del brazo derecho adherente al tronco, el antebrazo en lo alto con los dedos cerrados excepto el índice dirigido hacia lo alto, el brazo izquierdo plegado en modo tal de que rija el codo derecho con la mano. El "testimonio" es conocido con la fórmula "*lâ ilâha ill-Allâh ua Muhammed raissul Allâh*", que afirma la absoluta unidad y unicidad de dios, agregándose que Mahoma es su profeta. Pero se sabe que el Islamismo admite también a otros profetas, comprendido el mismo Jesús, al cual le reserva una particular veneración. Además el Islamismo, mientras es tan sólo religión, no conoce ni un clero, ni sacramentos; se reduce a la observancia de la ley coránica, como regla sagrada para la vida ordinaria. El mismo deja pues una amplia libertad espiritual, con la sola cláusula de un reconocimiento personal directo de la soberanía del único Dios y de remisión absoluta a su voluntad (éste es el sentido de la palabra *islám*).

La diferencia principal que existe entre Islamismo y Cristianismo vale la pena que sea resaltada El Cristianismo es una especie de mezcla entre religión ordinaria popular (exotérica) y misticismo (o esoterismo). Ritos, símbolos, fórmulas y sacramentos católicos para quien los considere en abstracto –supongamos: para quien supiese de los mismos en un futuro lejano, cuando éstos solos hubiesen sobrevivido de toda la religión, en estado de vestigios– podrían presentar un carácter no sólo esotérico, incluso iniciático. Pero todo esto en la praxis corriente es en vez apto para el plano de la simple vía devocional al alcance de cada uno y, cuanto más,

conduce a alguna experiencia mística individual, en el Islamismo las dos cosas están en vez bien separadas: está la ley religiosa exterior (*zâhir*), que se refiere a la organización de la vida profana, y están, bien diferenciadas, las corrientes abiertamente esotéricas, la principal de las cuales es el *taçawulf* (es más o menos el denominado Sufismo), con estructuras en cadena (*silsilah*) y con enseñanza secreta.

Volviendo a mis experiencias, mi inserción en el Islamismo, en tanto no perjudicaba nada de mi preexistente orientación espiritual, era la premisa para algún posible contacto de orden más esencial. Y gracias a lo anterior de lo que he hablado, no me fue difícil ser iniciado en una confraternidad esotérica, la *Rifa'ia* de Bengasi. La iniciación (*nird*) consistió en ciertos ritos dirigidos a transmitir una determinada fuerza espiritual (*barakah*), ritos que se constituyeron en el de absorber una misma bebida particular, en un mismo recipiente, junto al *noukaddem* y a los *khuân* del grupo. Me fueron luego comunicadas determinadas enseñanzas y transmitidas fórmulas especiales; algunas de éstas tenían el poder de evocar y de hacer actuar la fuerza de conjunto de la cadena y organización en caso de necesidad. Otras podían propiciar –en determinadas y no normales circunstancias– la aparición de uno de los "Jefes de la Vía". Se afirma en efecto que uno de los poderes supranormales de los "Jefes de la Vía" sea el de la bilocación: ellos pueden desdoblarse o impartir al discípulo particulares enseñanzas.

Es sin embargo bueno poner de relieve que la influencia transmitida, la *barakah* recibida con la iniciación, es concebida como algo que debe ser actualizado, si se quiere que la iniciación sea efectiva. Es ésta una operación individual, referida en gran parte a las propias capacidades, pudiéndose tan sólo ofrecer algunas ocasiones de poner ante pruebas a superar activando justamente aquella fuerza e insertándole la propia. Se puede ser protegidos y sostenidos, pero en el fondo se debe ir adelante por sí mismos. La idea de la iniciación como una operación espectacular que, desde lo externo, cambia de golpe a un ser cualquiera, de una vez para siempre, sin ninguna intervención suya, es una idea equivocada, superficial y debida a una incomprensión.

Se trataba pues de hacer fructificar el germen en mí depositado; y aquí comenzó para mí un período de acontecimientos y experiencias variadas, sobre las cuales no es fácil hacer referencia. De un ambiente pasaba a otro, en lugares lejanos, y yo tenía el sentido de que para ciertos signos secretos el uno me señalara al otro para probarme a mí mismo en un

sentido o en el otro, para interesarme en cosas que en apariencia no tenían ninguna relación directa entre sí, pero que pienso que debían integrarse recíprocamente para quien hubiese podido abrazarlas con una sola mirada.

Mencionaré experiencias intentadas sobre tres diferentes direcciones. La primera fue la dirección de la magia ceremonial (evocatoria). Mi maestro de árabe y de Corán, de nombre Ibrahim, con el cual desde hacía tiempo tenía una relación amistosa, pero cuyo aspecto modesto habría hecho sospechar respecto de la presencia de facultades de tal tipo, fue mi guía para este tipo de experiencias. Como fenómenos se tuvieron frecuentemente materializaciones de llamas, apariciones de ojos inmensos y extraños, etc. Se me retó por no interesarme demasiado en los fenómenos en sí mismos; yo tengo la impresión de que se apuntase más bien a cultivar una fuerza de mando sobre lo invisible y de control sobre toda emoción. La locura –me decía Ibrahim – era el peligro que se podía hallar en cada paso, si no se tenía la justa orientación (*nyyah*).

En segundo lugar estuvieron las experiencias de magia sexual, con una técnica que en esencia coincidía con la que ha sido expuesta también en estas monografías (T. V, pgs. 101 y sig.). Habitualmente se admiten en estas prácticas a personas que, por temperamento, se encuentran particularmente llevadas al sexo, inclinación ésta, la cual es usada como "materia prima". La norma es la de conducir la unión con la mujer de modo tal de que en ningún caso se arribe a la solución terminal normal y animal de la misma, constituida por la eyaculación del semen. Las organizaciones con las cuales había entrado en contacto disponían de jóvenes bereberes especializadas en tal práctica. Reputo que éstas recibiesen en cada caso una preparación oculta. Además se daban fórmulas –*dhikr* – y ninguna joven consentía a tales prácticas allí donde éstas no fuesen usadas. En toda la noche en la cual debía prolongarse la experiencia se hacía uso de un té árabe, es decir, con un especie de fuerte tisana, al cual se le agregaban sucesivamente infusiones de hierbas diferentes, las cuales no estaban privadas de relación con los grados y desarrollos de la experiencia.

El fin de la práctica era doble. En primer lugar se trataba de un dominio de sí mismo, diferente del simple resistir a una tentación, puesto que se aceptaban todas las condiciones normales, físicas y psíquicas, de cualquier unión sexual con una mujer, ni tampoco se prescribía sofocar las sensaciones que habitualmente se vincula con ello, con la sola excepción de dominar e inhibir la emisión del semen. Ahora bien, las jóvenes empleadas tenían

en vez la precisa instrucción de poner en obra cualquier medio a fin de que ello aconteciera. Un particular bizarro: me aconteció de ver llorar a estas jóvenes cuando lograban este intento de "cambio de rumbo", y disculparse, diciendo que habían tenido que obedecer a una orden.

Pero a su vez, este fin a realizar resistiendo y dominándose era también un medio, para que las fuerzas despertadas y exasperadas en una unión sexual así conducida hubiesen de conducir a lo que algunos denominan una "ruptura de nivel", con formas correspondientes de iluminación y de penetración en otros planos del ser.

Mencionaré por último una experiencia con el espejo mágico. Pongo por premisa que sea para ésta como para cualquier otra experiencia, en el candidato era requerida por parte de las organizaciones que he frecuentado, una dote indispensable: la incapacidad de ser hipnotizado. Y con cualquier medio se verificó también sobre mí si estuviese presente esta dote. Un detalle semejante es interesante, en especial en relación con experiencias, como las del espejo. El mismo nos dice que el presupuesto es una disposición diametralmente opuesta a la del *medium* y de quien fácilmente resbala en estados de conciencia reducida y de semivigilia soñadora. En cuanto a los detalles, también para la práctica con el espejo, éstos son más o menos los mismos que los indicados sobre estas páginas (T. I, Cap. II). Para mí se usó un espejo consagrado de cristal negro. Durante la experiencia, precedida por recitación de varios *dhikr*, un anciano de la Zuaia permanecía cerca de mí. Me había sido transmitida una fórmula a usar en caso de peligro. La experiencia tuvo este desarrollo: suspendida la percepción normal del mundo externo, me sentí en un ambiente de luz opalina difusa, que luego se convirtió en azul diáfana, luz a la cual le sucedió una sensación de completa oscuridad (¿el "negro" hermético?). Después de un tiempo, que no sabría evaluar porque la sensación del tiempo se encontraba totalmente suspendida, se manifestó de golpe una visión como de una enorme catarata de llamas que me embistió como un rayo. Confieso que no supe quedarme quieto. Aterrorizado, pronuncié la fórmula que se me había dado e inmediatamente volví al estado de la conciencia ordinaria. El Árabe que me asistía me dijo sonriendo: "¡Qué lástima! Faltó poco y lo habrías logrado. Pero te encuentras bastante avanzado. No te desalientes y quizás en esta vida alcanzarás la meta".

No mucho tiempo después tuve que volver a Italia. Así el capítulo de mis experiencias entre los Árabes se cerró. Conservo el anillo de oro que me diera el "Jefe de la Vía" y también un manuscrito árabe de magia que

me fuera confiado por parte de Ibrahim, mi maestro en magia evocatoria. En el momento de escribir estas breves notas, lo he retomado para ver si alguna parte suya fuese apta para ser reproducida aquí como apéndice. He tenido que convencerme de que no es conveniente hacerlo; se trata de rituales y de fórmulas para una magia práctica de carácter minúsculo y casi diría empírico, sin un alcance iniciático y teúrgico. Para los lectores de estas páginas sólo servirían como objeto de curiosidad. Quizás puedan interesar los siguientes versos que he traducido y que se remiten a los mencionados ambientes.

Nada tuvo comienzo nunca en el mundo, ni siquiera el mundo.
Nada podrá nunca terminar.
La eternidad no te pese, busca de llenarla de ti, siempre.
Ningún instante del tiempo eterno puede decir:
fui el primero.
Nadie y ninguna otra cosa puede decir:
seré el último.
La palabra que dices, también a tu perro,
se escucha en todos los planetas
y en el espacio, pleno de vidas, entre ellos.
Ninguna palabra se pierde.
Cuando en tu mente se forma un pensamiento,
que es una cosa tan mísera
que te apenas porque sea tan pequeña,
ello precipita allí abajo, como un torrente en crecida,
y colma un nuevo mundo
que en movimiento se pone.
Ni en el este, ni en el oeste, ni en el norte, ni en el sur
se encuentran los límites.
El infinito es infinito: espacio y tiempo.
Pero un acto de pura bondad
vence a miríadas de siglos.
No tengas pensamientos vanos, no digas vanas palabras,
el Héroe es el que sabe callar.
Sé bueno, pero antes de ser bueno
SÉ TÚ MISMO.

6) *GLOSAS VARIAS*

En el anterior capítulo, finalizando las consideraciones acerca de la mística cristiana y el esoterismo, se ha mencionado una cuestión sobre la cual será bueno volver aun un momento. Se trata de la ventaja que para quien tenga una vocación iniciática puede recabarse de su asociación con una tradición religiosa y de seguir sus ritos.

El problema tiene para nosotros interés tan sólo si es formulado desde el punto de vista práctico, y no en manera general, sino con relación a la época actual y a la civilización en la cual se vive.

Desde el punto de vista doctrinario es sumamente posible que una tradición religiosa, comprendida la católica, contenga elementos, símbolos y ritos susceptibles también de una asunción superior de carácter esotérico. Pero ello no impide que prácticamente una tradición religiosa sea influida por influencias diferentes de las que se encuentran en acción en las cadenas iniciáticas; y no está excluido que tales influencias, en caso de degeneración (y es más que probable que para el catolicismo actual se trata justamente de uno de estos casos), se reduzcan a un simple psiquismo.

Teniendo en vista esto, es necesario tomar postura en contra de las tesis defendidas por un autor, que por otros aspectos es digno de toda consideración, acerca de la necesidad del "exoterismo tradicional", equivaliendo el "exoterismo tradicional" en su terminología en forma aproximada a lo que entendemos por tradición religiosa. Tales tesis son la consecuencia de un formalismo ya puesto de relieve en estas páginas por parte de quien ha indicado los límites de la "regularidad" iniciática (T. VI, cap. 4).

Tal autor solicita a quien desconoce la autoridad y el significado de una tradición religiosa "si él, sean cuales fueren sus posibilidades, se encuentra en grado de acercarse al dominio iniciático y esotérico o si para él no sería mejor comprender el valor y el alcance del exoterismo es decir, de su tradición religiosa, antes de ir a buscar más lejos". Esta pregunta es legítima si se trata de un examen sincero de la propia vocación; en efecto, son numerosos los casos de personas que, aun sin darse cuenta de ello, buscan en el esoterismo algo parecido a un sustituto de la religión, mientras que ya en una religión, convenientemente profundizada, ellas habrían podido

hallar su satisfacción, si fuesen capaces de superar ciertas ideas preconcebidas y una cierta presunción intelectual.

Pero el asunto se encuentra en una situación distinta para el que se encuentre seguro de tener una vocación sinceramente iniciática. ¿Tiene para un tal ser sentido y ventaja adherir también a la religión de la civilización y del país en que está viviendo y seguir sus formas? No lo creemos, y sobre todo (por las razones expuestas por EA) si de lo que se trata es del cristianismo. El autor, al cual nos hemos referido, formula el problema como si se tratara de la alternativa de dar, o no dar, una orientación no-profana a la propia existencia en general, aparte pues de los aspectos de la misma a los cuales se pueden aplicar específicamente las disciplinas iniciáticas. Esta orientación, según nosotros, es seguramente deseable, pero el error del autor mencionado es el de hacer creer que para ello no existan otras vías, sino únicamente la de respetar y seguir la moral, los ritos y las reglas de la propia religión. Nosotros estamos con él cuando combate la tesis de aquellos para los cuales existiría un "dominio profano", que es un producto de una degeneración y que se encuentra privado de verdadera legitimidad; y agrega: "A nivel de los principios no se debería pues hacer concesión alguna a tal punto de vista; pero de hecho ello es por cierto sumamente difícil en el ambiente occidental actual, quizás, en ciertos casos y hasta un cierto punto incluso imposible".

Todo esto por lo tanto está bien: sería necesario que en todas partes en que fuese posible el propio conocimiento y actuar tuviesen un punto de vista no-profano. Pero éste, en la esencia, equivale a informar de un significado no individual a las formas de la existencia que sean en alguna medida susceptibles de ello; equivale sobre todo a hacer del impuso a la trascendencia la principal fuerza motriz en cada experiencia.

¿Es posible todo esto tan sólo con la observación de normas religiosas tradicionales? No se puede contestar sin más que sí, y menos que nunca si se tienen en vista las condiciones actuales. En general, no se puede responder sin más que sí ya por el hecho de que el esoterismo considera por igual legítimas dos vías denominadas en la terminología hindú como de la "Mano Derecha" y de la "Mano Izquierda". Tal como ya se ha recordado al hablar de las relaciones entre esoterismo y moral (T. V, cap. 1), normas, leyes y conformismo ritualista tienen que ver esencialmente con la primera vía. En la segunda todo ello es en vez puesto deliberadamente

a un lado, desvinculándonos del mismo y es en formas directas, las cuales pueden incluso saber a trasgresión, que se alimenta el impulso hacia la trascendencia. Muchos aspectos de la época actual –que, según la enseñanza hindú, se desarrolla bajo el signo de Kâlî, la cual es justamente una divinidad de la "Vía de la Mano Izquierda"– nos dicen que para tal época es más conveniente la segunda que la primera, debido al clima general de disolución y de fuerzas en estado libre.

Estas precisiones no son inoportunas puesto que sabemos de ambientes en los cuales, en base a tesis como las del autor mencionado, la tradición en sentido esotérico querría hacerse valer como sanción para un conformismo tradicionalista de escolarcitos, listo a hallar todo justo y legítimo. Hay alguien que ha llegado a asumir humorísticamente aires intimidatorios, amonestando a aquellos que, sin haber tenido la posibilidad de adherir a un centro iniciático "regular" (como si acaso de éstos se hallaran hoy entre nosotros en cada rincón del camino), desprecian las normas del "exoterismo tradicional", es decir, las reglas religiosas, porque ellos correrían el riesgo de renacer en estados correspondientes no a la condición central humana, sino al de la periférica de una animal o algo todavía peor...

En el caso concreto, debido a que hoy entre nosotros el "exoterismo tradicional", que tendríamos que vernos obligados a tomar en cuenta, corresponde al catolicismo con su devocionalismo, con su moralismo burgués y con todas las degradaciones modernizantes, no sabríamos para nada considerar expuesto a un tal peligro, y menos aun como no calificado para una eventual iniciación, a alguno si por ejemplo no va a la misa, si no va a confesarse, si usa jóvenes en vez que en un matrimonio regular y a los solos fines de la procreación animal, y así sucesivamente.

IV

1) MAXIMUS
APUNTES SOBRE EL "DESAPEGO"

Aquello que en la tradición hermética se denomina la "separación de los mixtos", en la tradición hindú del Sâ*m*khya es designado como desapego del *purusha* respecto de la *prakrti*, es decir, desapego de lo que en la personalidad es naturaleza, necesidad, devenir, por la identificación, o liberación del principio viril hecho de pura conciencia, que, inmóvil, pero activo en su inmovilidad, es el centro de todo movimiento. La separación del principio purushico es un sacar afuera del desfallecimiento de una semiconciencia –que corresponde al estado de vigilia del hombre denominado normal– el verdadero principio de la autoconciencia, y a la misma le corresponde una técnica tradicional que se reencuentra en el yoga de entonación sâ*m*khya del Pata*n*jali, como también en el *Bhagavad-gîtâ*.

Este método puede ser aplicado en una forma verdaderamente creativa si se atrapa en profundidad su auténtico sentido oculto. Aparentemente el desapego parece una operación simple: el hombre, en efecto, tiene la ilusión de experimentarse como conciencia de ser en cuanto se siente vivir sumergido en sus pensamientos, en sus sentimientos y en sus sensaciones, pero en sustancia su conciencia se ha hundido en ellos, es más, puede decirse que está entramada de ellos; *no él pues, sino alguien "de afuera" o "de arriba" de él tiene verdadera conciencia de lo que acontece en él*: este alguno aparece como su mismo Yo, en tanto que se reconoce por encima de su ensimismamiento.

Una vez comprendido esto, se está en la vía para discernir la posibilidad de un desapego real y positivo, de un desapego puramente intelectual. En efecto, inicialmente, tal desapego es realizado sólo sobre el plano mental – y mental es a su vez la sensación de haberse separado del mundo emotivo y del volitivo-impulsivo, puesto que nosotros verdaderamente, si podemos decir que experimentamos claramente nuestros pensamientos en estado de vigilia, no podemos decir la misma cosa acerca del mundo de nuestros sentimientos y de nuestra voluntad e instintividad, del cual nosotros conocemos sólo los reflejos en la conciencia más exterior y, justamente,

cogitativa. Así es posible a aquellos pocos que inician una tal experiencia, confundir como auténtico desapego lo que es alcanzable en modo relativamente fácil, es decir la separación del principio purushico de aquella que puede llamarse la *prakrti* mental, es decir del conjunto de las modificaciones, de los movimientos, de los flujos que componen la ordinaria vida psíquica individual. La técnica del "silencio" y de la reconjunción con la fuerza originaria que actúa detrás del pensamiento pueden ya conducir a ello. En este punto se alcanza una libertad que tiene un valor efectivo, pero que puede dar a la conciencia no completamente integrada la ilusión de un desapego también respecto de los planos que degradan hacia la naturaleza más profunda y orgánica, y de un realizado dominio sobre éstos, mientras que en realidad, se ha alcanzado sólo una facultad de control sobre los mismos simplemente a través del sistema nervioso central, en vez que a través de algún centro nervioso particularmente vinculado a la vida mental. Se trata pues de un control indirecto, reflejo y periférico, que tiene sólo un valor preliminar.

A tal respecto, podemos decir algo que nosotros mismos hemos experimentado y que desde el punto de vista del método nos parece de fundamental importancia. Es pues alcanzable un punto en el cual se es libres del dominio de la *prakrti*, sin suceder sin embargo que el Yo se haya aun realizado en la verdadera, absoluta naturaleza purushica. Éste es un punto que nosotros podemos denominar "neutro", puesto que se está en un cierto modo "liberados", pero no se es aun capaces de "liberar", y es un punto realmente peligroso, no sólo porque el discípulo puede caer en la complacencia y en el abuso de una cierta libertad conquistada, sino sobre todo porque, justamente en tal estado, se verifica en la vida fisio-psíquica de éste un detenimiento de la dirección natural de todo su proceso vital, o sea se vivifica una interrupción en el ritmo de aquella vida física comprendida en el sentido normal que, si no es molestada por una experiencia trascendente, pasa generalmente de una lozanía de juventud a un vigor de madurez y a un lento decaimiento luego de la edad madura.

Aconteciendo tal detenimiento, el individuo tiene la sensación de una vacilación pavorosa de las propios fuerzas físicas y siente imperativa la necesidad de tomar energías vitales para sostener y animar la propia existencia corpórea. Él se reconoce desde aquel momento como un "luchador contra la muerte". Y aquí se presenta el peligro de un insuficiente

conocimiento, puesto que las dos vías se le ofrecen para alimentar con otra energía vital las raíces de su vida física: una vía desde lo bajo y una vía desde lo alto. Pero la de lo bajo es más fácil y muchos métodos mágicos, en este punto, están listos para ayudar al "luchador en contra de la muerte", el cual, continuando a mantener su posición de desapego podrá alimentar la propia vitalidad física arribando a un "pacto" con fuerzas "ínferas" de las cuales podrá efectivamente absorber el calor y la energía de modo tal de superar la interrupción. Y éste puede ser el principio de graves desviaciones.

Pero existe otra vía, la vía por la cual el "luchador contra la muerte" lleva a cumplimiento el desapego reuniéndose con aquella fuerza, que es la verdadera esencia originaria de su espíritu, que es el *purusha* correlativo no a una *prakrti* particular y mental, sino a la entera *prakrti*, lo que equivale a decir, en forma aproximada, a todo el orden manifestado. Entonces él puede superar el punto neutro puesto que desde lo alto le viene una fuerza capaz de compensar el desequilibrio, de sostener y animar su vida produciendo una transformación profunda de todo el ser. Quien ha probado el peligro del hundimiento en las tinieblas de las cuales en efecto pueden arribar calor y luz tenebrosas, y ha tenido la fuerza de resistir a la fascinación de este calor y de esta luz que lo empujarían hacia un goce dionisíaco, el cual se le convertiría luego en una necesidad continua por la vida y por el gusto de la vida, puede verdaderamente comprender cuál sea la dirección solar, la dirección purushica, y buscar de tomar de ella el auténtico calor y la auténtica luz.

Puede agregarse otra consideración: si el provisorio "yo" mental del hombre separado sólo de la dinámica mental pretendiese hacer frente con sus solos medios al mundo de las emociones, de la angustia, del miedo, del deseo, de los apegos orgánico-instintivos, a la vida física, con gran probabilidad sería superado o jugado. Sólo vinculándose a una fuerza superior, la cual no combate más sobre el mismo plano del adversario, el discípulo puede convertirse en el guerrero capaz de reducir a la obediencia al enemigo. Aquí el aislamiento del *purusha* mental constituye sólo el inicio. Desde un cierto punto de vista, es sólo una preparación. Es necesario que además exista un "contacto".

No es otro el sentido más profundo de la enseñanza católica, según la cual sólo a través de la "gracia" es posible combatir positivamente en contra del "pecado" y en contra de las "tentaciones". En las tradiciones hindúes –por lo menos en algunas tradiciones hindúes que figuran también en el *Bhagavad-gîtâ*– se habla al mismo tiempo de la oportunidad de

integrar la vía simplemente cognoscitiva con una *bhakti,* término que la mayoría traduce con "devoción", pero que significa más bien una orientación del ánimo, fervientemente trascendente, hacia lo alto, teniendo en la India el punto de vista teísta un significado sumamente subordinado– comprendiéndose con ello a la fuerza capaz de llevar al discípulo más allá de aquel "punto neutro" en el cual es casi inevitable la desviación y el peligro de una subversión titánico-dionisíaca. Allí donde en vez existan formas regulares de iniciación, ya la transmisión ritual y jerarquía de las "influencias espirituales" integra los resultados de la obra puramente personal de "separación", yendo tales influencias justamente a vivificar y a trasfigurar el núcleo purushico ya aislado, de modo de propiciarle el retorno a su estado primordial la realización de la verdadera fuerza y de la verdadera vida. Y éste es el punto en el cual cada dualismo cesa y en el cual se puede desarrollar en profundidad la obra de la verdadera transmutación según el Arte Regio y solar.

2) *EL ASCETA, EL FUEGO, LA ROCA, EL ESPACIO*

El Milindapañha *es una exposición de la doctrina buddhista dada bajo la forma de un coloquio entre el sabio Nâgasena y el rey Milinda, el cual corresponde al rey histórico griego Menandro, que había extendido su reino sobre algunas regiones de la India septentrional, en la segunda mitad del siglo II a.C. Los pasajes aquí traducidos corresponden al cap. III del libro VII (11-30).*

1

"¿Cuáles son [preguntó el Rey] las cinco propiedades del fuego, o honorable Nâgasena, (que un asceta = *bikshu*) debe tener [para obtener el estado de *araht*]?"

"Así como el fuego consume la hierba y las ramas y las cepas y la hojarasca [contestó Nâgarsuna], del mismo modo, o Rey, el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, debe consumir en el fuego de la sabiduría todas las raíces alimentadas por los objetos de los pensamientos, internos o externos, conformes al deseo o no conformes con éste. Ésta, o Rey, es la virtud del fuego que él debe tener [1].

"Y también: así como el fuego no conoce compasión ni misericordia, del mismo modo también, o Rey, el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, no debe tener compasión ni misericordia por ningún *samkhâra*. Ésta, o Rey, es la segunda virtud del fuego que él debe tener.

"Y también: así como el fuego hace cesar el frío, o Rey, no deseando nada para nadie, y no queriendo nada en contra de nadie, pues para todos por igual difunde calor, del mismo modo, o Rey, el asceta en incesante y

[1] Se debe recordar que en el buddhismo, así como en el yoga patanjaliano, la tarea "acética" consiste en destruir, en "quemar" todas las raíces, es decir, las tendencias potenciales anidadas o que se anidan en lo profundo del ser, sin relación con su cualidad buena o mala; en ellas debe considerarse sólo la fuerza que tiende a vincular a algo condicionado, y a tal efecto las mismas deben ser extirpadas. *Samskâra* es uno de los términos que designan estas raíces, la enseñanza de las cuales, en Oriente, remite a vastas perspectivas y a un encuadre completo, lo que en Europa ha sido presentido, así como deformado, por las teorías "psicoanalíticas".

decidido esfuerzo, en su espíritu debe ser como el fuego, no inclinado hacia nadie, ni en aversión hacia nadie. Ésta es la quinta virtud del fuego que él debe tener. Por lo tanto por parte de Él, el Beato, que supera a todo dios, fue dicho esto a su hijo:

"Ejércete, Râhula, en esta contemplación que actúa como fuego; así las malas disposiciones aun no surgidas no nacerán y las que han ya surgido no prevalecerán en tu alma".

2

"¿Cuáles son [preguntó el Rey] las cinco virtudes de la roca que [un asceta] debe tener, o honorable Nâgasena?"

"Así como la roca es firme, inmutable, no removible [contestó Nâgasena], del mismo modo es cómo, o Rey, el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, no debe ser afectado por la cosas que causan deleite – formas, sonidos, olores, sabores, contactos táctiles; no debe ser afectado ni por el respeto, ni por el desprecio, ni por el interés hacia ello, ni por la indiferencia, ni por la conducta reverente, ni por la irreverente, ni por honor ni por deshonra, ni por alabanza, ni por reprobación; ecuánime ante las ofensas, calmo ante todo lo que puede despertar estupor, sin hesitar, sin temblar, debe permanecer firme como roca. Ésta, o Rey, es la primera virtud de la roca que él debe tener. Por lo tanto por parte de Él, el Beato, que se encuentra por encima de todo dios, fue dicho:

Así como la firme roca no es movida por el viento
De la misma manera de la alabanza o del repudio
El Sabio no es temeroso, ni vacila.

"Y también: así como una roca es compacta, no mezclada con sustancias extrañas, de la misma manera el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, debe estar sólo consigo mismo, independiente, separado de todo vínculo humano. Ésta es la segunda virtud de la roca, que él debe tener. Por lo tanto fue dicho por parte de Él, el Beato, que se encuentra por encima de todo dios:

Al hombre que no se une ni al rico

Ni al pobre,
Sin casa, con pocas necesidades,
A éste yo lo llamo brâhmán.

"Y también: así como ninguna semilla sobre la roca puede poner su raíz, del mismo modo es como justamente el asceta, o Rey, en incesante y decidido esfuerzo, debe convertir en imposible que nocivas tendencias hagan presa sobre su alma. Ésta, o Rey, es la tercera virtud de la roca que él debe tener. Por lo tanto por parte de Subhûti, el Anciano, fue dicho:

Cuando pensamientos de deseo surgen en mi alma,
Me escrutan a mí mismo, yo los destruyo.
Tú a quien la brama excita, que ante el poder
De aquello que produce ofensa eres abierto.
Tú que palpitas ante lo inesperado,
Aléjate de la selva solitaria.
La misma es morada sólo para hombres que se han hecho puros,
De vida austera, libres de las manchas de la culpa.
No contamines estas puras sedes. Deja los bosques.

"Y también: así como la roca se yergue en lo alto, de la misma manera, o Rey, el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, debe ascender por medio del conocimiento. Ésta es la cuarta virtud de la roca que él debe tener. Por lo tanto de parte de Él, el Beato, que está por encima de todo dios, fue dicho:

El Sabio, que ha rechazado toda vanidad,
Que ha ascendido gradualmente a las alturas del conocimiento,
Y, libre de toda cura,
Mira al mundo vano, a la turba afanosa.
Él, como quien reposa en una cumbre
Puede contemplar a sus semejantes que se agitan en las llanuras.

"Y también: así como la roca no puede ser levantada ni empujada hacia abajo, de la misma manera, o Rey, el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, no debe conocer ni exaltación ni abatimiento. Por lo tanto fue

dicho por parte de Kulla Dushâdda, la mujer devota a la que glorifican los ascetas de su escuela:

El mundo se exalta en la ganancia, se abate ante las pérdidas,
Mis ascetas son iguales ante la ganancia como ante la pérdida".

3

"¿Cuáles son [preguntó aun el Rey] las cinco virtudes del espacio, o honorable Nâgasena, que debe tener un asceta?".

"Así como no existe ningún punto en el que pueda ser atrapado el espacio [contestó Nâgasena], del mismo modo también, o Rey, el asceta en incesante y decidido esfuerzo debe hacer en modo tal que, en cualquier parte en que se encuentre, ninguna nociva tendencia pueda hacer presa en él.

Y también, o Rey, así como el espacio es sede de los videntes (r*shi*) y de los ascetas, de dioses y de bandadas de pájaros, del mismo modo, o Rey, es como el asceta, en incesante y decidido esfuerzo en dirigir sobre cualquier cosa la mente, enseguida debe ver que todo lo que es generado (*sa*m*khâra*) es impermanente, nacido de la agitación, sin una realidad propia (*anâtmâ*). Ésta, o Rey, es la segunda virtud del espacio que él debe tener [2].

"Y también: así como el espacio es motivo de angustia, del mismo modo es como el asceta, o Rey, en incesante y decidido esfuerzo, debe despertar en su alma el horror hacia cualquier especie de existencia, y no buscar en ésta la felicidad [3]. Ésta, o Rey, es la tercera virtud del espacio,

[2]Aquí se hace mención a la concepción general del buddhismo acerca de la existencia sa*m*sârica. Con referencia a todo lo que es generado (literalmente: compuesto, formado = *sa*m*khâra*) y tiene una realidad simplemente individual, se afirma la inexistencia de un principio sustancial, inmortal y permanente (así como en la referencia al hombre, es el *âtmâ* upanishadico) y la fluidez de todo ser que, concretamente se compone sólo de una corriente de estados concatenados. Aquello que en las exposiciones populares del buddhismo es denominado "dolor", corresponde efectivamente a un término susceptible de ser traducido también con "agitación" e "impermanencia", y que siempre más con este sentido fue asumido en los desarrollos doctrinales de la enseñanza buddhista. Más allá de los estados de la existencia sa*m*sârica subsiste sin embargo lo inmutable, designado, en tal enseñanza, con el notorio y tan mal entendido término *nirvâna*.

que él debe tener.

Y también: así como el espacio es infinito, ilimitado, inconmensurable, del mismo modo en el asceta, o Rey, justamente por ejercerse en incesante y decidido esfuerzo, su rectitud no debe conocer límites y el conocimiento no debe conocer medida [4]. Ésta, o Rey, es la cuarta virtud del espacio que él debe tener.

Y también: así como el espacio no depende de nada, no se encuentra vinculado a nada, no está apoyado sobre nada, no está formado por nada, del mismo modo, o Rey, es como justamente el asceta, en incesante y decidido esfuerzo, de ninguna manera debe depender, estar apegado, apoyarse, conocer impedimentos: o por gente que sostenga su vida, o por discípulos que lo rodeen, o por ayuda o por morada, o por obstáculos a su noble vida [5], o por las cualidades que él desee, o por cualquier nociva inclinación. Ésta es la quinta virtud del espacio que él debe tener. Por lo tanto fue dicho por parte de Él, el Beato, que se encuentra por encima de todo dios, en su enseñanza a su hijo Râhula:

Justamente, o Râhula, así como el espacio en ningún punto sobre nada se apoya, de la misma manera debes ejercitarte a ti mismo en una contemplación semejante al espacio. Así pues ni sensaciones agradables, ni sensaciones dolorosas que surjan ante ti puedan vincular a tu alma" [6].

[3] Se debe recordar que, del mismo modo que en otra alta iniciación, el buddhismo no apunta al pasaje a una u otra forma de existencia [a un "renacimiento"], se trate también de las simbolizadas por los "cielos" y por los "paraísos", sino a conseguir el estado incondicionado, superior al vínculo de toda forma manifestada.

[4] Se comprenda propiamente el conocimiento al cual no le es propio el "medir" del entendimiento común (*mens* y *mensuro*): es decir el conocimiento espiritual.

[5] El término "noble" corresponde en el texto a *ârya*, es decir, literalmente a "ario", término que tiene un sentido casi de raza interior, comprendiendo las ideas de nobleza, rectitud, sacralidad. Creado por un príncipe de estirpe aria, el buddhismo usa continuamente aquel término, sea como adjetivo que como sustantivo.

[6] El símbolo del espacio, como sostén para la contemplación realizadora, ha adquirido siempre mayor importancia en el buddhismo mahâyânico, de modo tal que muchas veces se ha producido una asociación del mismo con la noción de la *çûnya*, de aquel "vacío" que es un signo esencial de los Cumplidos y de los Inaprensibles, de aquellos de los cuales se ha dicho que "ni dioses, ni demonios conocen su vía".

3) EA
AUTORIDAD ESPIRITUAL Y PODER TEMPORAL

Una de las obras de René Guénon se encuentra dedicada al problema relativo a las relaciones entre la autoridad espiritual y el poder temporal [1], problema importante desde el punto de vista no sólo tradicional, sino también esotérico. Sobre tal tema nuestras ideas no coinciden totalmente con las de Guénon, y será bueno explicar las razones.

Según Guénon toda civilización normal, tradicional, se encuentra caracterizada por la primacía de la autoridad espiritual sobre el poder temporal. En el momento en el cual el poder temporal se emancipa, y más aun, en el momento en el cual el mismo pretende someter a sí –por lo tanto se determina por razones contingentes y políticas– a la autoridad espiritual comienza un proceso involutivo y, en el desarrollo de la civilización, se descenderá siempre más hacia lo bajo puesto que los representantes del poder temporal no podrán mantener su posición y se determinará un derrumbe que conduce hasta el mundo de las masas materializadas y en subversión.

Sobre todo esto estamos sin duda de acuerdo. La divergencia de nuestro punto de vista comienza allí donde se plantea el problema, en primer lugar, de las bases de la autoridad espiritual y, en segundo lugar, de aquellos que pueden representarla legítimamente.

Para Guénon la autoridad espiritual se vincula al "conocimiento", a la "contemplación" y a la casta sacerdotal, mientras que el poder temporal se vincula a la "acción" y a la casta guerrera o regia. Ello es discutible. Pongamos por premisa aquí que nuestra consideración –como la misma de Guénon– no se restringe a los tiempos más recientes. En los tiempos más recientes (en los cuales hacemos entrar también el ciclo de las grandes dinastías europeas) es evidente que la casta guerrera se ha limitado a ejercer el poder temporal, restringiéndose a las funciones militares, político-administrativas y jurídicas y presentando en sí misma muy poco de sagrado. Pero más que a la casta guerrera nos parece que ello se refiera a la degradación de la misma: en la misma medida, sin embargo, que lo que en la misma época se presenta a nosotros como casta sacerdotal, o mejor,

[1] R. Guénon, *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, París, 1929 (Reeditado en 1950).

como clero, representa una degeneración de aquello que originariamente fue la *élite* de los verdaderos representantes hieráticos de la autoridad espiritual.

Consideremos mientras tanto los fundamentos de esta última. GUÉNON habla al respecto de "Aquellos principios que son las esencias eternas e inmutables contenidas en la permanente actualidad del Intelecto divino" (pg. 22), principios que proveen el "conocimiento por excelencia" (pg. 45) y que constituyen el sostén de la "doctrina tradicional", de la "ortodoxia" y de la autoridad imprescriptible de las castas tradicionales (pg. 33). Aquí nosotros, más que de principios, preferiríamos hablar de estados superiores del ser a realizar. Tal como se sabe, el concepto esotérico de "tradición" se refiere a una cierta estabilización de los estados correspondientes por obra de una cadena de seres calificados. Respecto de lo cual, la herencia de un saber no simplemente humano, de un determinado prestigio y de una determinada inmaterial influencia son consecuencias naturales. Ahora bien, comprendida en este sentido más concreto, no se ve por qué la "tradición" tenga que ser monopolio de las castas sacerdotales; en sus orígenes, en toda una serie de casos, justamente la tradición regia ha tenido este mismo significado, de modo de poder reivindicar legítimamente para sí la suprema autoridad. Fragmentos de este antiguo mundo regio han arribado hasta casi a nuestros tiempos: aludimos por ejemplo a la tradición de la realeza divina del Japón.

Se ha visto que GUÉNON distingue netamente entre "conocimiento" y "acción", vinculando el primero a la casta sacerdotal, y la otra a la de los guerreros. Pero en un plano superior esta distinción se hace relativa. GUÉNON mismo ha puesto de relieve que conocimiento, en un sentido metafísico y esotérico, y realización (acción) son inseparables. Así, aun admitiendo que la "acción" sea el dominio específico de competencia de la casta guerrera, queda siempre la posibilidad de concebirla como base para una realización superior. No se ve por qué GUÉNON considere exclusivamente cuando se trata de la casta guerrera a aquella acción que es de orden simplemente material y que se vincula a intereses y realizaciones sólo temporales. La celebración de la acción guerrera contenida en el *Bhagavad-gîtâ*, por ejemplo, nos abre unos horizontes muy diferentes: aquí la acción se convierte justamente en una vía hacia el "cielo" y hacia la liberación. En realidad, el modo de "lo que no se afirma sino sólo por sí mismo, independientemente de todo apoyo sensible, y se ejercita en una cierta

manera en modo invisible" (pg. 30) no puede ser hecho monopolio de la autoridad espiritual de tipo sacerdotal. La majestad real, aquella mezcla olímpica de poderío que es característica en los verdaderos dominadores, la fuerza irresistible de mando, el halo augusto y sobrenatural que envuelve a los héroes y a los soberanos del mundo tradicional – todo ello representa algo equivalente, realizado sin embargo partiendo del tronco de la acción y de la naturaleza de un *kshatriya*, de un guerrero. Limitarse en vez a considerar al guerrero o al rey decaído como exponente del simple poder temporal, es tan legítimo, como lo sería tener sólo en vista al sacerdote cual simple mediador teologizante de lo divino o "curador de las almas" en los marcos de la religión devocional, tipo sumamente lejano del verdadero representante hierático de la autoridad espiritual.

GUÉNON pone de relieve el hecho de que en un estado originario los dos poderes no estaban separados, sino "contenidos el uno y el otro en el principio común del cual proceden ambos, y del cual representan dos aspectos indivisibles en la unidad de una síntesis a un mismo tiempo superior y anterior a su distinción" (pg. 14). Éste es un punto importante. Pero, una vez reconocido esto, vale decir, reconocido que el tipo de los orígenes era a un mismo tiempo regio y sacerdotal y que en vez estos dos términos "regio" y "sacerdotal" se definieron sólo en un período sucesivo de secesión, ¿por qué una de las funciones debería estar más lejos del origen que la otra y ser menos apta que la otra para servir de base para una eventual reintegración del estado primordial? Nosotros en vez iríamos más lejos: a nosotros nos parece que la casta única correspondiente a aquel poder indiviso tenga un carácter más regio que "sacerdotal". GUÉNON mismo hace corresponder a un tal estadio a los "Individuos autónomos" de los cuales hablara LAO-TZE, a los *svecchâcâri*, término que en la tradición hindú designa a "aquellos que pueden hacer todo lo que quieren", y a los seres "que son para sí mismos la propia ley", recordados por el esoterismo islámico (pgs. 14-15) y que hacen una misma cosa con aquella hermética "raza inmaterial privada de rey", de la cual en estas páginas se ha hablado varias veces. Difícilmente se podría refutar que un tal tipo tenga rasgos más regios que "sacerdotales".

Por lo demás, para la misma divinidad, el apelativo más recurrente en todos los pueblos ha sido el regio de "Señor". El mismo GUÉNON utiliza el término "Rey del Mundo" para designar al centro supremo de la autoridad espiritual primordial y es justamente él el que resalta (pg. 137) la relación

existente entre el concepto metafísico de "eje del mundo" y el simbolismo del *cetro*, emblema de la dignidad regia. A la afirmación hermética : "después de Dios nosotros glorificaremos a aquellos que nos ofrecen su imagen y que rigen el cetro... cuyas estatuas son faros de paz en la tempestad" [2], se encuentra también en la enseñanza de los Upanishad, según la cual el Brahmán "creó una forma más alta y más perfecta de sí mismo, la nobleza guerrera, es decir los dioses guerreros" – por lo que se agrega, "no hay nada superior a la nobleza guerrera y ésta es la razón por la cual el sacerdote venera humildemente al guerrero cuando tiene lugar la consagración de un Rey" [3]. Por otro lado, en la China no existía una casta sacerdotal: el "mandato del Cielo" era directamente asumido por el Emperador, cuya función se valoraba en un significado incluso mágico: su comportamiento se pensaba que influyese en las mismas fuerzas cósmicas. En el centro del antiguo Egipto hallamos nuevamente a un tipo regio, en una tradición que tiene simultáneamente un carácter iniciático – una dinastía sacerdotal no se formó sino en un período más tardío, en Tebas. Los primeros reyes de Roma (como más tarde los Emperadores) revestían al mismo tiempo una dignidad pontificia y eran ellos los que ejecutaban los *sacra*. Hasta el Medioevo se conservó lo que nosotros podemos denominar el "misterio regio"; por ejemplo, en las menciones a la enigmática "religión regia de Melquisedec", mientras varias órdenes caballerescas, sobre todo la de los Templarios, buscaron de reintegrar en una dignidad ascética y casi sacerdotal –a veces incluso iniciática– al tipo del guerrero.

No debe olvidarse luego que en todas partes en las cuales, con referencia a los orígenes, se habla de "sacerdotalidad", se corre el riesgo de jugar con las palabras y de difundir un peligroso equívoco, puesto que el tipo del cual se trata, tiene rasgos sumamente diferentes de los que hoy todos piensan cuando se habla de sacerdotes o de clero. Limitémonos por ejemplo al caso del brahmán, prototipo "sacerdotal" de la antigua civilización indo-aria: y bien, éste se nos presenta más bien con caracteres de "mago", en sentido superior. Él es el señor del *brahmán*, comprendido en sus orígenes, no de manera vedântina, sino como pura fuerza mágica; es el detentador de fórmulas y de ritos, capaz de actuar también sobre más altas divinidades. En este campo se

[2] *Corpus Hermeticum*, XVIII, 10, 16.
[3] *Brhadâranyaka-upanishad*, I, VI, 11.

definía esencialmente su "sabiduría". Ahora el elemento "mágico", por sus relaciones con el poder del mando y con una actitud viril, está sumamente más próximo al espíritu guerrero que al sacerdotal en el sentido corriente.

No entendemos cómo GUÉNON pueda afirmar en materia de principios que la iniciación regia corresponde a la "física" y la sacerdotal a la "metafísica", la primera a los "Pequeños Misterios" y la segunda a los "Grandes Misterios" (pg. 40). Se encuentra en cambio documentado que, por ejemplo, en los Misterios Eleusinos se pensaba que la iniciación confiriera al Rey una dignidad superior a la de los sacerdotes-sabios [4]. El Arconte helénico, como luego el Emperador romano, fue asimilado a Zeus, a veces incluso a Heracles concebido como héroe "olímpico" [5]. No diferentes concepciones figuran en el mitraísmo, nuevo ejemplo de una iniciación que preeminencia el elemento guerrero. El punto de referencia iniciático, ritual o simbólico, no era pues, para la realeza, el orden "físico" (es decir, "natural"), sino el "metafísico", el "supramundo". La majestad regia valió siempre como una imagen de la del "Rey del Cielo".

Que el problema aquí discutido por nosotros no tenga un simple interés especulativo e histórico, sino que sea importante también desde el punto de vista de una reconstrucción tradicional, puede resultar fácilmente comprensible para quien lo ponga en relación con el otro problema, relativo al Oriente y al Occidente. La orientación general del Occidente, en efecto, es sumamente más "activa" que "contemplativa" y el ideal predominante es el "guerrero", *kshatriya* (en toda la extensión de la cual tal término es susceptible), no el "sacerdotal". Son cosas evidentes, éstas, y ya puestas de relieve en más de una monografía de las aquí editadas. Nosotros creemos, por otra parte, que estas características del Occidente se explican con una ya adentrada degeneración; en efecto, nosotros las hallamos ya en las más antiguas tradiciones occidentales. Y éstas no han dejado de ejercer su influencia aun sobre el dominio esotérico. Limitémonos a un ejemplo: si el hermetismo es una de las principales tradiciones iniciáticas occidentales, debemos constatar que el arte hermético muchas veces es en verdad un arte sagrado, hierático o "divino", pero su designación prevaleciente es sin embargo la de *Arte Regia*. También algunas variaciones

[4] V. MAGNIEN, *Les mystères d'Eleusis*, París, 1929, pgs. 193-4.

[5] *Ibid.*, pg. 195 y G. COSTA, *Júpiter y Hércules* (Contribuciones al estudio de la religión romana del Imperio), Roma, 1919.

de simbolismo en la enseñanza esotérica occidental son significativas. Dos ejemplos: en la jerarquía de los elementos en Oriente se encuentra habitualmente *antes* el Fuego y *luego* el Aire – en Occidente en vez, *antes* el Aire y *luego* (en el sentido de una superior dignidad) el Fuego. En Oriente, como más alto de los tres *guna*, es decir, *sattwa*, corresponde el color blanco – *rajas*, inferior a éste, tiene color rojo; además, el "conocimiento" es muchísimas veces simbolizado por la blanca luz lunar. Toda la tradición hermética occidental, y con ésta más de una escuela mágica, es en vez concorde en afirmar una relación inversa: el régimen de *blanco*, puesto siempre bajo el signo femenino-lunar, es un grado inferior con respecto al régimen del Rojo, que tiene como símbolo la púrpura *regia* y el elemento Fuego. Éstos son síntomas significativos, que nos hablan de algo más que de una variación contingente de expresiones simbólicas: se manifiesta más bien una formación específica de la enseñanza tradicional, congeniable con una naturaleza "guerrera".

Subvaluar esta orientación en razón de la tesis de que la suprema autoridad puede ser legítimamente detentada sólo por la casta sacerdotal, no sólo es una cosa arbitraria, sino también peligrosa, si no se quieren hacer nacer equívocos y si se tiene cuidado por las consecuencias prácticas. En Occidente, ello significaría sin más dar armas a las tendencias "güelfas" y halagarlas haciendo creer que el clero cristiano o católico incorpore la misma dignidad a la que se refiere GUÉNON cuando habla de "casta sacerdotal", por más que el mismo tenga razón en reivindicar la suprema autoridad espiritual en el mundo occidental. Ahora bien, ello no resulta así de ninguna manera. Una de las causas fundamentales del desgarramiento de la civilización occidental se encuentra justamente en el hecho de que un mundo compuesto en su esencia de *kshatriya*, de guerreros, ya desde siglos ha dejado de tener un "alma" en conformidad con éste; la autoridad espiritual de la religión que ha venido a predominar en Occidente es justamente de entonación "sacerdotal", tan grande, de modo tal de generar un insanable dualismo, o bien formas de compromiso para nada constructivas. La única autoridad espiritual a la cual el Occidente, sin violencia y sin desnaturalización, puede obedecer es a la que tome forma justamente sobre el tronco y en los marcos de una tradición *kshatriya*. Pero aquí no queremos repetir cosas ya dichas.

Algo debe más bien ser mencionado acerca del problema de la

decadencia. GUÉNON parece ver el principio de la misma en la rebelión de la casta guerrera en contra de la sacerdotal. La casta guerrera "luego de haber estado en un primer momento sujeta a la autoridad espiritual, se rebeló en contra de ésta, se declaró independiente, o incluso buscó de subordinar a sí a esta autoridad, que sin embargo en su origen había reconocido como fundamento de su poder" (pg. 29). Si GUÉNON hubiese simplemente dicho que el inicio de la decadencia se encuentra en la rebelión del poder político en contra de la autoridad espiritual, él habría tenido razón: expresándose en vez de aquel modo, es decir haciendo entrar en el medio a las dos castas, la tesis se convierte en objetable. Una tesis semejante, en efecto, presupone un ordenamiento jerárquico del tipo del existente en el medioevo católico (además güelfo) o, con ciertas reservas, de la India brahmánica de un período que, entre otras cosas, ni siquiera es de los orígenes. Pero ha habido civilizaciones, indiscutiblemente tradicionales, cuya estructura jerárquica era sin embargo diferente y en las cuales por igual diferente ha sido el principio de la decadencia. Por ejemplo, ¿cómo se podría aplicar aquella tesis, a la China antigua que, tal como se ha dicho, tenía una realeza "celeste" no subordinada a una casta sacerdotal, o a los antiguos pueblos nórdicos, cuya situación era análoga y cuyos reyes se legitimaban a través de su simple cualidad de ser de la sangre de los "Asen"? En otros casos tenemos en vez lo opuesto; hay casos en los cuales es justamente la constitución de una casta sacerdotal enfrentada a la realeza sagrada lo que ha marcado el principio de una subversión y de una decadencia – es por ejemplo el caso del antiguo Egipto, y en cierta medida, también de la antigua Persia. Por nuestra cuenta, tenderíamos incluso a generalizar diciendo que en todo un ciclo de civilizaciones derivadas de la hiperbórea y marcadas por el símbolo polar, la penetración de una espiritualidad "sacerdotal" representó un decaimiento y el efecto de influencias extrañas vinculadas al ciclo de las civilizaciones demétrico-matriarcales del Sur [6].

Nuestra tesis es pues que la primacía o el predominio de una tradición guerrera o regia sobre un clero o sobre una sacerdotalidad, así como la primacía de la acción sobre el conocimiento, por sí mismos no constituyen ningún rebajamiento de nivel, ninguna involución: lo constituyen en cambio la pérdida de contacto con la realidad metafísica – sea que esta

[6] Esta tesis ha sido desarrollada y documentada en J. EVOLA, *Rebelión contra el mundo moderno*, Buenos Aires, Ed. Heracles, 1994, parte II.

pérdida se manifiesta en la materialización del concepto sacral e iniciático de la realeza en el de una simple función político temporal; sea que se manifieste en la decadencia de la función sacerdotal originaria en supervivencias eclesiásticas y clericales, en opacas formas dogmáticas y en relaciones de simple religiosidad devocional.

Sea en la una como en la otra forma, la decadencia se encuentra desde hace tiempo ya en acto en el mundo occidental. La condición primera para una reacción eficaz sería: restablecer los contactos con la realidad metafísica, lo cual, antes de alguna imprevisible mutación general, aparece sin embargo algo sumamente problemático.

4) *ACERCA DE LAS DROGAS*

Habiéndose hecho mención en el T. IV, pg. 59, a aquellas que en el hermetismo alquímico son denominadas "aguas corrosivas", por muchos puntos de contacto y por algunos particulares juzgamos útil publicar las instrucciones reservadas acerca de un uso superior de las drogas, de un grupo con el cual hemos estado en contacto. Para el lector, un punto a resaltar es la diferencia absoluta de las experiencias consideradas y de su orientación con respecto al uso difundidísimo profano que la última generación está haciendo de la droga, con efectos que pueden sólo ser de degradación y de autodestrucción.

Para cualquier especie de drogas, comprendidos los simples excitantes, no para un uso profano, sino para finalidades superiores, es necesario considerar ante todo la denominada *ecuación tóxica personal.*

La misma ha sido bien definida como "la reacción funcional psicofísica ante una determinada sustancia por parte de un determinado individuo, que se desarrolla en manera diferente que en otros individuos, no sólo por cantidad, sino también por calidad".

La causa profunda de estas diferencias ha quedado desconocida. Las búsquedas toxicológicas sostienen como no definible el modo de la acción de las drogas y de los estupefacientes, en cuanto a sus efectos, puesto que, si bien están en juego reacciones químicas, no aparece con esto más claro el mecanismo de acción de todas estas sustancias.

Así debe seguirse la idea de que se trata esencialmente de *estímulos*, los cuales pueden interesar a estratos sumamente diferentes del ser, provocando reacciones que dependen de la estructura de tales estratos en el individuo del cual se trata.

***

En la medida en que al individuo le sea dado de actuar sobre estos estratos, es decir de predisponerlos en el uno o en el otro sentido o de encaminar el estímulo hacia uno u otro de estos estratos, la ecuación tóxica personal se convertirá en *variable*, es decir, podemos esperarnos, o un

género especial de efectos *que en otros no se producirían para nada*, o bien efectos diferentes de los que se tendrían en el mismo individuo por efecto de una u otra droga, cuando él hiciera frente en manera pasiva a estas experiencias.

En esto se debe ver el principio fundamental de todo empleo no profano de las drogas.

En el uso no profano de las drogas debe pues considerarse:

1) la predisposición natural del individuo;

2) la preparación, que crea una orientación bien determinada, la cual a su vez condicionará la dirección de eficacia de las sustancias usadas y el transcurso de las experiencias;

3) el *canal* constituido por la inclusión del individuo a una cadena o tradición, inclusión que puede provocar la inserción de una corriente psíquica específica, y también experiencias de orden superior si se trata de drogas que, o por su naturaleza, o por su alta dosis, o gracias a un uso suyo particular, llevan más allá los contenidos y las reacciones de la conciencia y de la subconciencia sólo individual (ver fascículo B).

***

Para entrar en detalles es necesario tener presente la subdivisión corriente de las drogas en :

1) excitantes;
2) eufóricas;
3) embriagantes;
4) alucinógenas;
5) narcóticas.

Los *excitantes* ligeros más conocidos en Occidente son el café y el té. Para el que se ha acostumbrado a ellos, es evidente que su uso no tiene interés alguno.

Si no está acostumbrado a ellos y si por ende se está en grado de advertir distintamente un efecto, este efecto no es nocivo, sino útil para la concentración mental lúcida.

Entre los excitantes se encuentra el tabaco. Para éste se debe repetir lo que se ha dicho hasta ahora: la costumbre en la vida profana paraliza su uso. En vez el uso intermitente de tabaco fuerte y auténtico (por ejemplo cigarros

tipo Brasil o habanos), si se lo soporta, puede provocar un estado de ebriedad activa en el cual se mantienen todas las facultades intelectuales y volitivas.

Entre los indígenas de América jugos altamente concentrados de tabaco en ayunas eran y son usados para fines iniciáticos y como preparación para visiones de los neófitos retirados en las montañas. Pero se conoce poco más que esta vaga indicación.

Los *eufóricos* llevan más allá a la misma acción de los excitantes, sin provocar aun particulares cambios de estado. Se pueden mencionar la simpamina, el pervitin, el aktedrón y otros preparados del género. Depende de la ecuación tóxica persona cuál de estas sustancias puede producir un verdadero estado eufórico, cuyos efectos positivos pueden ser una más alta presencia lúcida a sí mismos y una dinamización de las facultades psíquicas y también del intelecto.

El discípulo no debe sin embargo dejar que estas ventajas se desperdicien, no aprovechándolas para fines comunes.

Cuando la sustancia no corresponde a la ecuación tóxica personal, es decir, no se condice con la propia constitución, el efecto eufórico es mínimo y es puesto de relieve el resultado negativo (a esperarse sin embargo, como repercusión sucesiva, también en los otros casos, es decir, en los casos positivos); la imposibilidad en tomar sueño en las 24 horas consecutivas a su uso.

Ya con respecto a la categoría de los eufóricos se debe poner en guardia porque se delinea la posibilidad de aquella *desviación* de la experiencia que en mayor grado se presentará en el uso de las drogas verdaderas y propias, de los estupefacientes y de los alucinógenos.

Se trata del peligro de una euforia que embiste al *cuerpo de sensación*, suscitando un placer, un sentido difuso de voluptuosidad como tono de toda sensación.

Este peligro se presenta en manera principal en el uso de la morfina, de la cocaína y de la heroína, sustancia que, si en su uso no se llega a altas dosis, pueden aun entrar en la categoría de los eufóricos.

Al considerar este peligro se entra también *en el campo de lo que depende de la actitud particular del sujeto y de su facultad de controlar y de dirigir toda la experiencia.*

En efecto a él le es dado –si tiene la costumbre al control sutil de sí mismo– de *impedir* que la acción de las drogas embista esencialmente o exclusivamente al *cuerpo de sensación*, resolviéndose en la euforia de placer.

No es posible trazar una neta línea de separación entre eufóricos y *embriagantes*. Las enseñanzas tradicionales antiguas han considerado muchas formas de ebriedad sagrada y profana.

La verdad es que no existen ebriedades sagradas opuestas a ebriedades profanas, sino que una ebriedad es sagrada o bien profana según el modo como el discípulo la asuma y la experimente, según el plano en el cual la deje actuar.

Sin embargo parece que la diferente constitución del hombre moderno excluya aquellas formas de una ebriedad capaz de conducir hasta el éxtasis, que en la antigüedad y en las "orgías" de los Misterios habían sido consideradas. Se alude siempre a ebriedades provocadas por sustancias y por bebidas.

Las dos últimas categorías de las drogas son los *alucinógenos* y los *narcóticos*. Éstos tienen en común la propiedad de interrumpir la conciencia normal de vigilia. Con los *narcóticos*, entre los cuales se pueden incluir los anestésicos, esta interrupción puede corresponder a la pura y simple pérdida de la conciencia, a la producción del sueño profundo y de la letargia. De otra manera el estado que resulta es la liberación de la fantasía respecto de los sentidos físicos, en el mismo plano de todo lo que acontece en el sueño.

Las drogas en sentido propio tienen el carácter prevaleciente de alucinógenos; pero se puede agregar un efecto paralelo eufórico, con la variante predominante y peligrosa del indicado sentimiento de voluptuosidad y aun de beatitud.

Éste es el caso sobre todo de los extractos de cánepa, del principio activo de las solanáceas, del opio y el hashish. Sin embargo a tal efecto han sido igualmente constatadas reacciones diferentísimas del sujeto, reacciones que no es posible ni prever ni explicar en modo positivo.

Una de estas drogas que ha sido usada también por los indios norteamericanos para fines mágicos, porque se pensaba que pudiese hacer entrar en contacto con la divinidad o con los dioses, es el *peyote*. Del mismo actualmente se ha obtenido el *anhalonium lewini*, de la cual también ALEISTER CROWLEY ha hecho un vasto uso.

Los efectos habituales (normales en el hombre común) son descritos como "un especial despertar de un placer de una cualidad particular, unido a la percepción de fantasmas sensibles o de la más alta concentración de la vida interior más pura, si bien con aspectos sumamente especiales, superiores a la realidad, pero imaginados de modo tal que el sujeto cree ser transportado en un mundo diferente y nuevo de los sentidos y del espíritu".

Esta descripción indica las dos caras posibles de la experiencia. Efectos

del mismo género son producidos por la *mescal*, de origen también norteamericana, de la cual se produce farmacéuticamente y se comercializa la *mezcalina*. Como efectos son indicados visiones, alucinaciones y sensaciones anormales del cuerpo, aunque la conciencia permanece clara y activa, y la actividad del pensamiento se desarrolla de manera normal.

Con la mezcalina han sido hechos también experimentos controlados porque el sujeto, mientras vive estas experiencias puede mantenerse en relación y comunicarse con otros.

Ello abre ciertas posibilidades cuando se cuente con la posibilidad de ser asistido por un Maestro.

Éste debería tener conocimientos acerca de la dosis de la droga. La misma no es fácil de hallar sin prescripciones médicas.

Además para la misma y para todas las otras del mismo género hay que resaltar que prácticamente es casi imposible hallarlas directamente preparadas a partir de las sustancias (nos referimos a las plantas); se hallan en cambio preparaciones químicas sintéticas, en las cuales los elementos sutiles de las drogas son destruidos y no actúan en el sentido que a nosotros nos interesa.

Los efectos del *mescal* son los siguientes:

Se prueban primero sensaciones anormales del cuerpo: gran liviandad o pesadez, sentimiento de volar o de hundirse.

Luego se presentan imágenes y panoramas, en general con colores fantásticos.

Todas estas fases deben ser observadas y dejadas atrás de sí. Sigue luego una fase de visiones simbólicas, plenas de un significado que puede ser manifiesto o escondido. Para este estado valen las mismas cosas que se dirán más adelante al hablar del efecto de éter en el último estadio. Sin embargo la mayoría pierde la conciencia antes de alcanzar este último estadio, que es el esencial para los fines espirituales.

El uso de las drogas de efecto exclusivamente alucinógeno, como serían el opio y el hashish, es absolutamente desaconsejable al discípulo, para un uso iniciático. El efecto de la dinamización de la fantasía es tan directo y violento, que el espíritu cae en una condición (advertida o –peor aun – inadvertida) de pasividad, convirtiéndose en el simple espectador de una fantasmagoría.

Para las drogas que tienen esta acción, el peligro espiritual se encuentra constituido por las desviaciones ya mencionadas, por la activación

vampírica del *cuerpo de sensación*. Si no se tiene una preparación ascética e iniciática muy desarrollada, y convalidada (puesta a la prueba) en modo severo, es difícil que el espíritu sepa resistir a la tentación de ceder, de identificarse y de sumergirse en las sensaciones de placer estático y de beatitud.

Entre nosotros, esto es considerado como un estado regresivo y solamente disolutivo, el cual conduce a un nivel espiritual más bajo que el del profano.

***

El peligro aquí indicado es menor en el uso de los *narcóticos* en sentido propio, puesto que éstos en general no despiertan aquellas sensaciones.

Es más, ellos pueden en un primer momento provocar reacciones vivas de repudio y estados orgánicos sumamente desagradables.

La facultad de dominar estas reacciones y de vencer estos estados es sin embargo ya una garantía para la presencia, en el sujeto, de una fuerza que otorga la confianza para un sucesivo desarrollo positivo y no desviado de la experiencia.

La dificultad principal en el uso de los narcóticos es, naturalmente, la de mantener la conciencia.

Se debe sin embargo notar que también en el uso de la *anhalonium lewini* y del *mescal* (o mezcalina) se presenta una dificultad del mismo género. En efecto a nosotros nos resulta que pocos logran alcanzar el estado en el cual, luego de sensaciones físicas anormales, tales como visiones, alucinaciones, etc., se producen experiencias iniciáticamente interesantes. Muchísimas veces se pierde la conciencia antes de arribar a tanto. Se interrumpen también las relaciones eventuales con quien puede asistirnos.

Esta dificultad es luego casi insuperable para la mayoría, en el caso del *cloroformo*. Además es difícil suministrarse por sí mismo el cloroformo. Una y otra cosa, en razón de su acción no graduable y poco regulable.

Para experiencias individuales puede servir mejor el *éter*. La sustancia es fácilmente hallable. Es aconsejable la cualidad refinada que se usa no como simple anestésico, sino para la narcosis en cirugía.

La técnica a usar es progresiva, y se puede regular por sí misma.

El tiempo más propicio es la noche, a distancia respecto de las comidas (con la digestión cumplida), en la cama.

La primera fase, en un primer período de experiencias, es inspirar lenta y profundamente el éter de la ampolla por una de las narices, manteniendo

cerrada la otra fosa nasal con un dedo, y espirando el aire por la boca.

La segunda fase, en un segundo período de experiencias, es inspirar lenta y profundamente con la boca el éter y espirar el aire con la nariz.

Desde el punto de vista físico, hay que tener un control del organismo, porque muchas veces al comienzo en la mayoría se producen estímulos improvisos y violentos de náusea y de vómito.

Es importante permanecer absolutamente inmóviles, puesto que todo movimiento favorece los conatos de vómito. Estos conatos pueden y deben ser detenidos en su comienzo. A continuación, no se manifestará más, a menos que el sujeto sea absolutamente refractario a la sustancia. En tal caso se deberá renunciar al éter.

Habrá que calcular que, en los primeros intentos, en un determinado momento se perderá la conciencia y se caerá en el sueño. De a poco se adquiere la facultad de conservar siempre por más tiempo, por grados, la conciencia.

Condiciones internas: - Es necesario disponer de una particular fuerza de concentración, de recogimiento y de vigilancia sobre las sensaciones, además de una *actitud absolutamente activa.*

El segundo requisito es la clave de todo desarrollo iniciático de la experiencia, y también para prevenir los peligros de su desviación y, en general, del sometimiento a la droga.

La actitud activa es semejante a la de quien, pronto, espera para pegar un salto.

Por lo tanto no se debe esperar simplemente que las sensaciones y las mutaciones de la conciencia se manifiesten, sino como una araña que permanece atenta en el centro de la red, es necesario atraparlas enseguida y hacerles corresponder *un acto de la propia conciencia.*

En segundo lugar, la actitud de actividad significa no dejarse sorprender y superar por las sensaciones, por más intensas, inesperadas, seductoras y maravillosas que éstas sean; ante su presentación, ante su apertura, *debe unírsele una fuerza propia.*

Por ejemplo, si la sensación tiene la carga cinco, por la agregación del Yo (que, sin embargo, haciendo esto no debe alterarla ni interrumpirla) la carga no deberá ser, digamos, siete. Se tendrá así una ventaja de dos ante el estímulo.

Ésta es, sobre todo, la condición para que no se pase al régimen de las

sensaciones pasivas en las cuales es activado tan sólo el *cuerpo de sensación*, con regresión de la voluntad, como en el curso normal de la acción de los estupefacientes sobre el profano.

Es en segundo lugar la condición para mantener la *independencia respecto de la droga.*

Ha sido verificado que cuando el discípulo ha seguido en verdad esta línea, no se ha convertido en esclavo de las sustancias. Justamente porque se busca sólo un estímulo, pero el hecho volitivo permanece como predominante, él ha podido también prescindir de éstas en un determinado momento, evitando el peligro del hábito y otras consecuencias negativas. Así será siempre él en decidir cuando usar las sustancias y cuando no.

Se tenga sin embargo bien presente el peligro de cuando no se mantiene la línea. *Nosotros lo subrayamos.*

El transcurso de las experiencias con el *éter* (y con sustancias análogas, también del tipo alucinógeno), es ante todo *una apertura de la sensibilidad y de la cenestesia*, un sentido de ligereza extática y de dilatación, y un particular suelo de resonancia que se une a las percepciones (dado que por un buen trecho se permanece aun en contacto con el mundo externo).

Se pasa a una conciencia interna, en la cual los procesos mentales son galvanizados.

Luego los procesos mentales son neutralizados, se convierten en *discontinuos*, se presentan pensamientos, ideas o imágenes aisladas que habitualmente tienen una intensidad particular.

Hay que estar atentos, en el sentido de mantener la neutralidad interna, o impasibilidad intelectual, ante estos pensamientos porque éstos pueden presentar una apariencia falaz de evidencia y de verdad, la cual no se refiere para nada a su contenido sino que depende exclusivamente del estado general en el cual nos hallamos y en el cual éstos aparecen a la mente.

Es como un color que puede agregarse a cada cosa.

Llevando más allá esta fase, se pueden también verificar alucinaciones visuales o auditivas, según la predisposición del sujeto (imágenes o voces). También éstas tienen un carácter accidental secundario. Se encuentran privadas de un significado espiritual.

Pero está quien se detiene allí.

La fase sucesiva es una más alta liberad extática, libre de contenidos

psíquicos. La misma corresponde al estado de sueño en el uso común.

Habitualmente el punto de pasaje está marcado por un sentimiento de terror y de angustia. Se cree que si se hace un solo paso más adelante se moriría.

También imágenes o voces pueden reforzar esta sensación. Es necesario tener una intrepidez y querer ir absolutamente hacia delante, "suceda lo que suceda".

Si el conocimiento se mantiene firme hasta este estado (luego del punto muerto), éste es el estado en el cual pueden producirse fenómenos de importancia iniciática, si el experimentador tiene el *círculo exorcista de protección*, por crisma de cadena, o por natural dignidad, o por dignificación adquirida.

Se debe tener presente que el estado aquí indicado es un estado *psíquico de vacío*. El vacío atrae fuerzas, influencias, "arquetipos" del inconciente y del reino intermedio, no material, sino no divino.

Es ya una válida garantía si la conciencia se ha mantenido, si se ha conservado y no disuelto como conciencia del Yo, hasta este estado; ello corresponde a decir que de las tres condiciones protectivas mencionadas una está presente. Entonces el mismo principio "Yo" puede tener una virtud exorcista, con su sola presencia.

Pero, además, la condición activa debe conservarse, no en el solo sentido de presencia a sí misma y de afirmatividad valerosa, sino también como *facultad de invocación*: orientarse hacia lo alto, desear profundamente la transfiguración.

Si en este estado la solución negativa (debida a la falta del círculo esotérico protectivo con virtud exorcista) es una fantasmagoría visionaria que se encuentra con todas las fantasías teosóficas, en la solución positiva la realización esencial puede justamente ser la *apertura iniciática del Yo*, la experiencia del segundo nacimiento.

La grandísima diversidad de las disposiciones individuales no permite indicar a extraños esquemas generales, por todo lo que puede verificarse, y que es posible, a nivel de los principios, en este estado.

Al no poder haber una guía en estas experiencias, porque a diferencia de las que acontecen con el *mescal* o con la *anhalonium*, no se puede tener al lado a un Maestro o asistente con el cual quedar en relación, cada uno debe buscarse la vía por sí mismo y organizar por sí la experiencia, siguiendo

las propias intuiciones y según su responsabilidad en repetidos intentos.

El uso de símbolos es considerado por nosotros. En el pasaje a este estado de superior libertad, la *proyección* de un símbolo puede ser un apoyo. El símbolo puede también operar como base para la *apertura iniciática de la conciencia del Yo*, si es elegido de modo tal de tener esta función.

La tradición a la cual el discípulo pertenece por regular adhesión, o bien la línea cultivada en la propia seria y larga vía individual, basándose en afinidades electivas adecuadamente verificadas, indicarán en cada caso, cuál símbolo se presta para esta función.

Además, el estado mencionado representa en general aquel en el cual puede producirse la *apertura iluminativa o inspirativa del contenido de cada símbolo en general*, gráfico (visivo), verbal o conceptual: ideogramas o amuletos pentagonales.

Se quiere decir que aquel que ha gobernado adecuadamente este estado, si, al hallarse en el mismo, proyecta un determinado símbolo (se comprende: siempre de los verdaderos y no arbitrarios, de las tradiciones sagradas iniciáticas o de nuestra cadena), puede volver a despertarse de ello su sentido oculto sintético e intuitivo, en un acto de la luz intelectual, por afuera de cada elemento discursivo conceptual e interpretativo.

Los símbolos, en esta dimensión, son realidades metafísicas. Tienen pues un contenido sea cognoscitivo, como mágico.

Así como las experiencias de la iniciación y de la teurgia, del mismo modo también estos estados de la conciencia, provocados artificialmente, pueden pues tener un poder también evocatorio.

Con ellos se puede tender a realizar una relación con entidades en los mismos términos descriptos en el fascículo Delta sobre la teurgia de cadena.

El individuo que opera por sí mismo, aun si está protegido por la orientación de su espíritu y por un crisma de cadena, no se aventurará sin embargo a la ligera en este dominio, puesto que no podrá nunca tener la seguridad de que su círculo mágico no tenga arcos de menor resistencia.

Así los Maestros exhortan a perseguir exclusivamente la búsqueda de la luz intelectual y de la apertura iniciática del Yo cuando se usan drogas, en la línea de los narcóticos y de los alucinógenos.

Se deberá tener presente que todas las condiciones indicadas por la actitud del espíritu (actividad, lucidísima vigilancia, conversión activa del

contenido de las sensaciones, etc.) valen también para el uso no profano de sustancias de un género diferente, de embriagantes, etc., la acción de las cuales no conduce hasta el desapego de la conciencia.

Arribados a un determinado punto de la experiencia con el éter (punto satisfactorio o no aun satisfactorio), se decidirá cesar. Bastará esta decisión, la cual revoca el decreto de presencia a sí misma de la conciencia, para que signa enseguida un sueño profundísimo sin sueños. Es un sueño benéfico.

***

Repercusiones: Hay que cuidarse, se repite, de contraer un hábito, con el uso de ésta o de cualquier otra droga.

Para obtener efectos, y para entrenarse y superar las primeras dificultades, es natural que sea necesario un determinado período de práctica cerrada. Pero serán siempre períodos determinados, para los cuales cada vez se decidirá, dejando pasar intervalos de tiempo.

Por poco que se haya concedido margen a la absorción pasiva de los estados extáticos de parte del *cuerpo de sensación*, en el caso de una costumbre también parcial a la droga, la repercusión será un estado o sentimiento de extrañamiento respecto del mundo, de insufribilidad casi física por la vida ordinaria. Por esto hay casos frecuentes de eterómanos profanos que se han matado.

En el campo de las repercusiones *positivas*: en la mañana y en el día sucesivo a la práctica se podrá experimentar una especie de animación y de apertura que inspira experiencias externas; en las cosas, en las personas, en los paisajes, en los fenómenos naturales podrá ser percibido directamente un significado profundo y evidente; se revelará su ser verdadero.

Para obtener una percepción de este género, siendo ellas con'suma facilidad sofocadas por el modo ordinario de sentir, es necesario mantenerse abiertos en el espíritu, y aislados, es decir, sin comercio directo con los otros.

Especialmente en los primeros experimentos, el período elegido es bueno que sea transcurrido en la campiña, no viendo casi a nadie, hablando lo menos posible, evitando las lectura y no teniendo el pensamiento aplicado a nada. Solamente cuando se ha reforzado la sensibilidad sutil, de cuyos

beneficios se ha hablado (franjas de repercusión), podrán obtenerse más atenuados, también en la vida de la ciudad.

Sin embargo ellos de a poco se desvanecen, y aquí es cosa nueva el peligro de someterse a las drogas para renovarlos.

***

El discípulo no debe olvidar que el objeto de estas instrucciones es siempre un "*agua corrosiva*".

Con esto queremos decir que la presencia de un núcleo interno esencial, el cual no se deja sumergir (de modo tal de evitar la toxicomanía) y está en condición de mantener, es aquí, un obvio presupuesto.

Ello no impide que el uso de todas estas sustancias (a diferencia de los simples excitantes) tiene como consecuencia inevitable una *disgregación en lo relativo al componente psíquico en su conjunto*. Sólo aquel núcleo no es afectado.

En otros términos, se tiene el efecto opuesto a aquel al cual puede conducir la vía de una integración creciente de todos los principios sutiles, psíquicos y psico-físicos alrededor del núcleo del Yo. *Todo lo que se hubiese realizado en este diferente sentido es perdido, es destruido con el uso de las drogas.*

Así pues el discípulo debe reflexionar y considerar que, si por motivos serios, se ha decidido por el uso de la técnica de las drogas, él debe esperarse que por meses, a veces también por años, se han estabilizado *condiciones negativas* por todo lo que él puede realizar siguiendo la otra vía (integración psico-física); y deberá tener paciencia a tal respecto antes de volver a encontrarse en el punto de partida.

Seguir en vez exclusivamente la técnica de la aguas corrosivas eligiéndola como sistema de toda la propia vía y de toda la propia vida, es la otra posibilidad, la cual es sin embargo tan riesgosa, que puede recomendarse sólo a individualidades con una calificación, una constitución y un sistema mágico de seguridad *más que excepcionales*.

5) *GLOSAS VARIAS*

VER SIN QUERER VER

La costumbre psíquica creada en el hombre por el uso constante y exclusivo de los sentidos físicos es el mayor obstáculo para la percepción de orden superior. Tal costumbre genera la tendencia instintiva a referir todo a las reacciones de aquellos sentidos, los cuales, interviniendo e interponiéndose, detienen el proceso. Por efecto de las primeras disciplinas pueden por lo tanto presentarse sensaciones y visiones, que sin embargo, sin sospecharlo, nosotros mismos excluimos de la conciencia porque nuestro ojo se dirige enseguida hacia otra aparte y nuestra actitud es errada.

Tomemos el caso específico de la visión. Aquel que se haya adentrado en la disciplina iniciática sabe cuántas veces, en las fases de "silencio" y de aislamiento del Yo, y a veces también entre las tramas de la misma vida de vigilia, se manifiesten como "presentimientos" de sensaciones luminosas, de colores y, en algún caso, de "figuras". Entonces en el principiante, en la mayor parte de los casos, acontece esto: instintivamente, se interrumpe la condición interior en la cual se había presentado aquella mención de experiencia y nos volvemos a apegar a la "tierra": al darse cuenta de aquel "algo", se cumple un esfuerzo para atrapar la experiencia, para definirla y apropiársela, para *ver* –pero este esfuerzo se encanala en la vía de la percepción visual ordinaria: he aquí que, sin quererlo nos remitimos al órgano físico, al ojo, como si se tratara de fijarnos para captar una sensación huidiza de luz material. Una tal reacción, con el esfuerzo de "ver", remite al cuerpo físico, de modo tal que la rendija se cierra, y la posibilidad de asomarse queda destruida.

No es cosa fácil superar este instinto desviador, justamente porque es un instinto, un automatismo y un rápido reflejo infraconciente del ser animal, en cuyo profundidad, aun en forma sutil, actúan dos raíces de la vía ferina: miedo e instinto de apropiación.

Habría que poder hacer quedar *sin movimiento* al espíritu, poder excluir el impulso y "atrapar" la sensación, impulso que la aleja de nosotros. Habría que saber evocar en tal circunstancia, el estado, *como de un soñar*, privado sea de deseo como de espera por la percepción.

Algo de semejante podría decirse también para ciertas experiencias de

carácter intuitivo. La costumbre de *pensar* las neutraliza. Un instinto del mismo género nos remite al cerebro, y un proceso racional intercepta y elimina el acto de la superior intelección, cuya rapidez y cuya sutileza alada pasa entonces sin rastro entre las formas lentas y espesas de la cerebración humana.

Vías al "vacío"

Es difícil arribar al estado del "vacío" mental, y mantener al mismo tiempo la condición de conciencia clara y activa (tal como se requiere para nuestras obras) cuando no se usen –aunque sea en forma provisoria y auxiliar– unos sostenes en sustitución del provisto por el cuerpo con sus varias facultades, que operan justamente como base para la conciencia y para el sentido de "Yo" del hombre común.

Tales sostenes son los *símbolos*, formas abstractas que hacen de puntos de apoyo para la fuerza de concentración, aun no evocando ninguna representación en razón de la cual se sea remitidos a los determinismos psicofísicos a neutralizar en la condición del "vacío".

En general, es sólo luego de haberla apoyado al "cuerpo" de un símbolo, que la pura fuerza mental puede concentrarse sólo sobre sí misma, y ser verdaderamente libre. Quien en vez tendiera directamente al "vacío" es difícil que no vaya al encuentro de un estado de rebajamiento de la conciencia o por lo menos del sentido del "Yo", puesto que el sentirse sin el relieve de algo que tenga forma no integra de su habitual experiencia. Hay una especie de oposición, en una primera instancia, entre estos dos binomios: *conciencia-forma* y *no-forma-inconciencia*. Para superarla, es necesario una obra larga y paciente, en la cual el uso de formas sutiles y abstractas, como las constituidas por los símbolos, es de importancia fundamental.

A fin de que luego los símbolos puedan actuar como vías de despertar y de comunicación, es necesaria una condición ulterior: capacidad de *amor*. También esto, no es fácil de decir: ¿qué es lo que puede significar "amar" un símbolo? Y bien se trata justamente de algo comparable al procedimiento de transmitir un fuego vivo del alma a una persona, hasta tocarla, envolverla y generarle a su vez un sentimiento y un movimiento del alma.

Es necesario pues, por decirlo así, formar y *facturar* con la propia

alma y el propio calor un "alma" para el símbolo (he aquí uno de los sentidos del misterioso "*cocina*" de los alquimistas): y cuando la criatura está completa, cuando el símbolo está vivo, y no más simplemente "representado" – es entonces que puede manifestarse un cambio de estado: aparecer *otra* fuerza, que sientes que no es tuya y que se agrega a la tuya y la lleva en la *justa* dirección, acelerando los ritmos hasta un estado de luz y de realización.

V

1) EKLATOS
LA "GRAN HORMA": LA ESCENA Y LOS BASTIDORES *

Sobre el final de 1913 comenzaron a manifestarse señales de que algo *nuevo* reclamaba a las fuerzas de la tradición itálica. Estas señales nos fueron manifestadas de manera directa.

En nuestro "estudio", sin que nunca nos lo pudiésemos explicar por cuáles caminos hubiese arribado a nosotros, recibimos en aquella época una pequeña esquela. Había allí trazada de manera esquemática, una calle, una dirección, un lugar. Una calle que se hallaba más allá de la Roma moderna; un lugar en donde, en el nombre y en los silenciosos vestigios augustos, subsiste la presencia de la Urbe antigua.

Indicaciones sucesivas, obtenidas por medio de quien en ese entonces actuaba para nosotros como intermediario entre lo que tiene cuerpo y lo que no tiene cuerpo, confirmaron el lugar, precisaron una empresa y una fecha, confirmaron una persona.

Fue en el período sagrado a la fuerza que *realza* al sol en el curso anual, luego de que ha tocado la mágica casa de Aries: en el período del *Natalis Solis invicti*, y en una noche de tiempo amenazante y de lluvia. El itinerario fue recorrido. El lugar fue encontrado.

Que la inusitada salida nocturna de quien actuó no fuese en manera alguna relevada; que el que condujo, no se acordara luego de nada, que ningún encuentro aconteciera y, luego, que la verja del arcaico sepulcro estuviese abierta, y el custodio ausente – todo esto, naturalmente, lo quiso la "casualidad". Tras picar un poco se nos reveló una cavidad en la pared. En la misma había un objeto oblongo.

Transcurrieron largas horas hasta que pudimos deshacer un envoltorio externo, parecido a un betún endurecido durante siglos, que finalmente nos permitió ver lo que el mismo protegía: una venda y un cetro. Sobre la venda estaban trazados los signos de un rito.

* Relato transmitido a nosotros en 1929 y que se publica aquí a la manera simple de un documento.

Y el rito fue celebrado por meses y meses, cada noche sin cesar. Y nosotros sentimos maravillados que acudían fuerzas de guerra y de victoria; y vimos centellear en su luz las figuras vetustas y augustas de los "Héroes" de la raza romana; y un "signo que no puede fallar" fue sello para el puente de sólida piedra que hombres desconocidos construían para ellos en el silencio profundo de la noche, día tras día.

La guerra terrible que estalló en 1914, inesperada para cualquier otro, nosotros la presentimos. El resultado de la misma lo conocíamos. Una y otra cosa fueron vistas allí donde las cosas son, antes que ser reales. Y vimos la acción de potencia que una fuerza oculta quiso desde el misterio de un sepulcro romano; y poseímos y poseemos el breve símbolo regio que les abrió herméticamente las vías del mundo de los hombres.

+

1917. Diferentes acontecimientos. Y luego el derrumbe. Caporetto.

Un alba. Sobre el cielo tersísimo de Roma, sobre el sagrado cerro del Capitolio, la visión del Águila; y luego, conducidos por su vuelo triunfal, dos figuras resplandecientes de guerreros; los Dióscuros.

Un sentido de grandeza, de resurrección, de luz.

En plena desazón por las luctuosas noticias de la gran guerra, esta aparición nos habló con la palabra esperada: un anuncio triunfal estaba marcado en los itálicos faustos.

+

Más tarde. 1919. Fue "casualidad" que, de parte de las mismas fuerzas, a través de las mismas personas, se comunicase a quien debía asumir el Gobierno –entonces director de un diario de Milán– el anuncio: "*Vosotros seréis Cónsul de Italia*". Fue por igual "casualidad" que se le transmitiese a él la fórmula ritual de augurio – la misma que es llevada por la llave pontificia: "*Quod bonum faustumque sit*".

Más tarde. Luego la *Marcha sobre Roma*. Hecho insignificante, ocasión aun más insignificante: entre las personas que rinden homenaje al Jefe de Gobierno, una, vestida de rojo, avanza hacia él, y le entrega un *Fascio*. *Las mismas fuerzas quisieron esto*: y quisieron el número exacto de las

varillas y el modo de su corte y el entrelazamiento ritual del moño rojo; y también quisieron –nuevamente la "casualidad"– que el hacha del *Fascio* fuera una arcaica hacha etrusca, a cuyas vías misteriosas por igual nos condujeron [1].

+

Hoy se trabaja en un gran monumento, en cuyo nicho central será colocada la estatua de Roma arcaica. ¡Pueda este símbolo revivir en toda su potencia! ¡Su luz, resplandecer de nuevo!

En una calle cercana y centralísima, de la vieja urbe, a la cual en el tiempo de la Roma de los Césares le correspondía el lugar del culto isiaco (y restos de obeliscos egipcios fueron hallados allí), surge un extraño edificio pequeño. Del mismo interesa solo esto: como indeleble certeza de la resurgente fortuna romana, en la más recóndita parte de esta construcción se había insertado y hoy todavía está, una signo: un signo que al mismo tiempo es un símbolo hermético: *el Fénix coronado que resurge de las llamas*. Alrededor del signo, estas letras:

R.R.R.
I.A.T.C.P.

[1] El hecho fue reportado en un comunicado que se puede por ejemplo encontrar en el *Piccolo* de Roma del 24 de mayo de 1923, en donde se puede leer justamente que en el *fascio* ofrecido "el hacha de bronce proviene de una tumba etrusca bimilenaria y tiene la forma sagrada... Algunos ejemplares semejantes son conservados en el Museo Kircheriano. Las *doce* varillas de *abedul* según la prescripción ritual están atadas con tiras de cuero rojo, que forman en lo alto un nudo para poderle colgar el *fascio* como en el bajorrelieve de la escalera del Palacio Capitolino de los Conservadores".

2) EA
EL ESOTERISMO – EL INCONCIENTE. EL PSICOANÁLISIS

Hoy se habla mucho del psicoanálisis, con sus relativas teorías del inconciente y del subconciente. Todo ello, en tanto sea tomado desde su propia perspectiva, desde nuestro punto de vista no tendría sino un interés muy escaso. En su origen el mismo se ha tratado en efecto de nociones y de teorías forjadas por neurólogos y psiquiatras para el estudio y cura de sus enfermos. A no ser que pronto se ha hecho valer la tendencia, ya inaugurada por T. Ribot, de querer explicar lo normal por medio de lo anormal y lo psicopático, y el psicoanálisis a su vez, abandonando el ámbito terapéutico en el cual el mismo había nacido y en el cual podía quizás a veces tener alguna legitimidad, ha pasado a una interpretación general del hombre y de su vida psíquica, moral y espiritual. Aun en estos desarrollos propios el fenómeno psicoanalítico no merecería demasiada atención: podría valer como un signo de los tiempos entre tantos, es decir, como una señal más del actual desorden intelectual. Pero recientemente se ha arribado aun más lejos: desde el psicoanálisis se ha ido diferenciando una variedad del mismo de carácter espiritualizante, que se ha aplicado a cosas que tienen que ver con el orden iniciático y esotérico, con la pretensión de introducir en el mismo el punto de vista "científico" y de recubrirlo con una luz que anteriormente habría sido inexistente.

No se podría decir si una tal pretensión sea más grotesca o más infantil. Pero la situación hoy en día es la siguiente: una especie de masonería académica hoy se ha autoasignado el monopolio de la ciencia, decretando que un saber diferente del propio es inconcebible: y el publico en su conjunto se deja sugestionar. La realidad es en vez que lo que en tales ambientes se ha arribado a constatar o a admitir en el dominio mencionado es aquello que de más elemental las ciencias tradicionales desde hace siglos, es más, muchas veces desde hace milenios, conocieron siempre. Dan por lo tanto lástima aquellos que tienen necesidad de "confirmaciones" y "descubrimientos" de estos epígonos de la última hora para aceptar concepciones ya desde hace tiempo establecidas en un sistema de doctrina muy diferentemente fundado, en vez de acudir a la presunción "científica"

de estos últimos recién llegados que, privados de cualquier verdadero principio, sustentan teorías subjetivas y descompaginadas, cuando no aberrantes, pretendiendo saber más que todos los que los precedieron, de los cuales en cambio ellos deberían aprender.

Volviendo al punto de partida, dado pues que se habla tanto de ello, se mencionará aquí a algún punto fundamental para lo que se refiere al subconciente. Luego, ya más cerca de lo nuestro, mostraremos a qué se reduce aquella corriente del psicoanálisis que, más que cualquier otra, presume aportar la luz de la "ciencia" en el mundo del mismo esoterismo y de la espiritualidad.

1.– Naturaleza del subconciente

Que no toda la vida psíquica se encuentre iluminada por la conciencia distinta, que la conciencia admita grados y zonas de sombra más o menos profunda, es algo que no por cierto esperaba ser "descubierto" en nuestro días. El equívoco nace sin embargo cuando se usa el término *inconciente* y se trata de definir las relaciones entre conciente e inconciente. El término "inconciente" debe ser rechazado allí donde con el mismo se comprendan contenidos del alma, procesos y fuerzas psíquicas *absolutamente* extraños a la conciencia y no susceptibles en algún momento de convertirse en concientes. El presunto "inconciente" no puede corresponder sino a formas de una *diferente* conciencia, en mayor o menor medida excluidas del Yo individual, o bien a contenidos ya concientes convertidos en potencialidades de lo conciente. Hablar de un "inconciente psíquico" es un contrasentido, porque lo que es completamente inconciente cesa de ser psíquico y se convierte en un puro sinónimo de materia, de no-Yo. No menos absurdo y pervertidor es dar a lo "inconciente" una especie de persona, hacer del mismo un ente autónomo con respecto al Yo conciente, de modo tal de partir, o de perjudicar la unidad fundamental del ser. Por lo tanto: de "inconciente" puede hablarse sólo en sentido relativo; *subconciente*, en todo caso es el término que debe ser usado.

Formulada dicha premisa, indiquemos las zonas principales distinguibles en el subconciente.

El estrato menos profundo está constituido por la subconciencia individual en sentido estricto, que corresponde a contenidos psíquicos de

la vida ordinaria que fueron ya concientes y han pasado a la penumbra, o de manera natural con el tiempo, o por acciones diferentes individuales de exclusión y de remoción. De lo cual el mundo de la memoria representa el caso más típico. Cosas experimentadas o conocidas "olvidadas" se han convertido en subconcientes: se han convertido en potencialidades psíquicas. Se sabe que de éstas pueden acontecer improvisas e inexplicables reemergencias. Se sabe también que en momentos especiales, como de peligro mortal, puede desplegarse en forma improvisa el recuerdo de toda la vida propia, también en detalles mínimos que se suponían para siempre obliterados.

En segundo lugar debe considerarse la zona del subconciente histórico-colectivo, referido a ideas e influencias que, aun formando parte de la vida del sujeto, se resienten de su estado de agregación a una determinada comunidad o raza, en la condición presente, como también con relación al pasado de la misma (subconciente colectivo-ancestral e "histórico").

Como tercera y más profunda zona debe considerarse el subconciente orgánico, correspondiente a aquellas fuerzas o a aquellos impulsos que son por lo general comunes a toda la especie humana, más allá de la diferencia de las razas o grupos históricos, con referencia al aspecto del hombre como ser biológico en general.

Pero sucede que el subconciente, además de estos aspectos, presenta otros que escapan a la búsqueda profana, puesto que remiten a experiencias y a líneas de herencia no individualizables materialmente. Así el concepto oriental de *samskâra* corresponde a imágenes y tendencias subconcientes que, en el alma del sujeto, provienen de otras existencias y de otros estados del ser. Es más, esotéricamente, justamente en fuerzas de tal tipo se percibe la causa originaria de que el Yo haya hecho propia una determinada herencia tangible y una determinada corriente de experiencia individual. Para explicarnos con un ejemplo, el análisis de una determinada disposición individual puede remitir a un determinado elemento de la subconciencia histórico-colectiva y de la herencia biológica. Pero si, a su vez, se quiere explicar este elemento, es decir la razón última por la cual justamente éste se encuentra presente en la vida psíquica de un determinado individuo, el análisis debe tomar otra dirección, y como "por qué" remitirse a lo que justamente corresponde a la noción de *samskâra*.

Hasta aquí nos hallamos en el dominio de la subconciencia que puede denominarse propiamente sa*m*sârica, es decir vinculada a la corriente del

devenir, sea individual como colectivo. Más allá del mismo debe ser considerada una subconciencia que se define como cósmico-metafísica, cuyo sentido puede darse en los siguientes términos. La doctrina esotérica de la correspondencia del macrocosmos con el microcosmos, de lo que está en lo alto con lo que está en lo bajo, de lo que es externo con lo que es interno, postula la presencia en el hombre de los poderes y de los principios que, en general, se encuentran en la base de la manifestación. Entre éstos tal como están en sí y éstos tal como aparecen y actúan en el hombre no hay diferencia de modalidad y de grado de conciencia. De allí la idea de una subconciencia del Yo que encierra tales presencias y que propiamente constituye el diferencial entre su conciencia finita y la del YO supraindividual trascendental (el *âtmâ* de la metafísica hindú). Esotéricamente, lo que en el hombre es experiencia del cuerpo hace concreto a este diferencial, a esta zona de subconciencia que encierra fuerzas y modos de ser que caen afuera de una determinada conciencia individual, aun formando parte integrante del Yo. Allí donde esta subconciencia se convierta en transparente, por ello mismo vienen a menos algunos límites y condiciones del individuo, en primer lugar la condición espacial, consecuentemente también el límite entre un Yo y otro y entre Yo y no-Yo.

En forma breve, éste es el cuadro que se debe formar de la subconciencia y de sus zonas. Por lo que se refiere a las relaciones entre conciente e inconciente, debe valer el principio de que lo conciente viene de lo conciente y que el subconciente es siempre un acallamiento, una neutralización, un ofuscamiento o limitación de lo conciente, la forma en la cual han pasado contenidos que originariamente pertenecieron a la esfera de una conciencia en general, o individual, o supraindividual, o sa*m*sârica, o trascendental.

2.– El psicoanálisis freudiano

Yendo ahora al psicoanálisis, al denominado "ortodoxo" –es el psicoanálisis que sigue las teorías de Sigmund Freud– bastará hacer una rapidísima mención. El mismo está caracterizado por hacer del subconciente (que identifica con el inconciente) la parte esencial del Yo porque a éste él remite toda fuerza motriz de la personalidad y de la vida conciente. Lo cual puede evidentemente tener alguna realidad en el solo caso de un tipo humano totalmente degradado. En cuanto al contenido del subconciente,

para este psicoanálisis el mismo, como es sabido, tendría un carácter casi exclusivamente sexual, comprendería impulsos sexuales "removidos", es decir no reconocidos, no aceptados, inhibidos por la conciencia de vigilia; impulsos que en forma de "complejos" llegan a ejercer una acción en mayor o menor medida patógena sobre la vida psíquica.

A cuál plano se haya arribado con concepciones semejantes, ello no es necesario decirlo. Sólo hay que retener el concepto freudiano de la *libido*, que no significaría sexualidad sino en sentido generalizado, si bien en la sexualidad, en el placer del sexo, se reconoce su exteriorización más típica. *Libido* es el placer de toda identificación, de todo contacto, aun si el objeto no tenga relación directa con la mujer, sino que sea una cosa, una imagen, una idea, una sensación. Para FREUD el subconciente se sustancializa en *libido*. Remitida a su justo lugar, esta concepción corresponde a la noción esotérica del "tronco del deseo" que actúa como sustrato de la existencia sa*m*sârica y del conjunto de los estados en los cuales se desarrolla ordinariamente la experiencia de un ser común hasta que no intervenga la transformación propia del despertar espiritual. Sin embargo, a pesar de la pretensión de generalizar, la *libido* en el freudismo gravita prácticamente siempre sobre el puro hecho sexual. Los puntos de referencia, para ella y para los complejos que derivan de la misma, son los erotismos que se desarrollarían en la vida infantil y los que tienen origen ancestral y colectivo, remitiéndose a la vida de los salvajes, la cual aproximadamente se encontraría en el mismo estadio de la vida infantil y, como ésta, estaría esencialmente determinada por las cuestiones del sexo [1]. A esto se reduce el subconciente freudiano. Prácticamente consiste en suprimir las inhibiciones y las "remociones", reconocer los impulsos de tal subconciente para acordar a éstos, en manera directa o indirecta (con sustituciones, transposiciones, etc.), una satisfacción a fin de dar a la *libido* una manera de descargarse. Ésta es la "moral" que el freudismo ha recabado de un método que, cuanto más, puede ser aprobable sólo como terapia en el caso de la personalidad escindida y postrada de ciertos histéricos y psicópatas sexuales.

[1] Se puede prescindir aquí de un segundo tronco que FREUD reconoció luego junto a la *libido*, el impulso a la muerte o hacia la destrucción (*Todestrieb*). Por lo demás hay un psicoanálisis (por ejemplo W. REICH) que lo dedujo del primero, de una represión de la *libido*.

3.– El inconciente colectivo de Jung

Pasemos ahora al mencionado psicoanálisis espiritualizante que ha tenido como máximo exponente al psiquiatra suizo C. G. Jung. Éste ha invadido decididamente el dominio del mito, del símbolo, de la mística y del esoterismo, y puesto que sus concepciones no son tan triviales como las del freudismo, ha habido ciertos "espiritualistas" que lo han tomado en serio hasta llegar a suponer que él valorice, desde el punto de vista "científico" de la psicología moderna, concepciones y enseñanzas de la sabiduría antigua y oriental. En realidad las interpretaciones de Jung se resuelven en una distorsión y en una degradación, y es en verdad con profunda molestia que se ha visto cómo este psiquiatra ha multiplicado sus ensayos e increíblemente cómo éstos han alcanzado tanta difusión. No contento con haber puesto mano sobre un texto esotérico taoísta, "*El Misterio de la Flor de Oro*" y de haber "comentado" el "*Libro tibetano del muerto*", Jung se ha asociado a un moderno estudioso de la mitología, Kerényi, que no se encuentra por cierto carente de una cierta calificación, y que incomprensiblemente le ha confiado la interpretación "científica" de varios mitos clásicos; finalmente Jung ha publicado una obra voluminosa sobre la alquimia y ha dedicado otro escrito a las teoría de Paracelso; todo ello además de las obras en las cuales ha expuesto los principios de su propia teoría psicoanalítica.

Tal teoría, a pesar de sus revestimientos, no se diferencia de la de Freud en los puntos para nosotros esenciales, es decir en lo referente a la relaciones entre conciente e inconciente. No menos que Freud, Jung sostiene que la fuerza fundamental de la psiquis humana está constituida por un inconciente que es tal radicalmente, en tanto que no ha sido nunca conciente y que no es susceptible de ser resuelto en la conciencia [2]. Este inconciente asume los rasgos de un ente autónomo de carácter colectivo [3], que trasciende al individuo: es una totalidad, de la cual la persona conciente no es sino una sección arbitraria. Por un lado, de tal inconciente se afirma la

[2] Jung-Kerényi, *Prolegómenos a la mitología como ciencia*, Turín, 1948, pg. 115: "Los arquetipos no se refieren a nada conciente o que ya ha sido conciente, sino a lo que es sustancialmente inconciente".

[3] Jung, *Psychologie und Alchemie*, Zürich, 1945, pg. 85: "El inconciente no es un apéndice irrelevante de la conciencia, sino una realidad autónoma (un ente) en gran medida no unido a nuestra intenciones".

impenetrabilidad [4]. Por el otro, JUNG, que querría hacer tan sólo ciencia, psicología, y abstenerse de la metafísica, lo asume como una especie de entidad mística, mientras que la identifica en gran medida con la "Vida", con lo "Irracional", con el trasfondo "dionisíaco" de la existencia opuesto al lado claro, intelectual y volitivo de la misma. En cada caso no faltan para ello referencias a una realidad ligada no sólo al alma primitiva ancestral (denominada abusivamente arcaica), sino también a la herencia animal y biológica y a la materialidad [5]. Con lo cual nos hallamos casi en el mismo plano del evolucionismo y este inconciente se presentará en esencia aproximadamente como una personificación supersticiosa del substrato vital, irracional y atávico del ser humano, correspondiendo así al dominio más bajo y naturalista del subconciente en general, a pesar de todo lo que, como veremos, JUNG querría hacer entrar en él. JUNG no hesita en sostener que lo conciente deriva de lo inconciente – lo cual aun para una filosofía totalmente elemental es un sin sentido tangible. Para él es una "pretensión arrogante" aquella de que lo conciente constituya la totalidad del ama, y es una ilusión afirmar que la conciencia surja por sí misma [6].

Nuevamente, de la misma manera que FREUD, JUNG ve en el inconciente la fuente misma de la *libido*, de la cual fluyen en nosotros los elementos psíquicos, y dice: "Nadie puede arrancar voluntariamente al inconciente su fuerza operante"[7]. Solo que, a diferencia de FREUD, JUNG mitifica, él concibe a la *libido* como *mana*, como la fuerza hechizadora que, según los salvajes, penetra a ciertos objetos. En cada caso, es en este substrato de carácter colectivo que el alma tendría sus raíces, que recabaría del mismo

[4] JUNG, *Die Besiehungen zwishen Bewusstem und Unbewusstem* (se cita de al trad. Italiana salida con el título: *El yo y el inconciente,* Turín, 1948), pg. 79: "ningún espíritu creado penetra en lo interior de la naturaleza y ni siquiera del inconciente".

[5] *Prolegómenos*, pg. 138: "Los estratos profundos de la psiquis, por más profundos que sean, asumen un carácter siempre más colectivo, hasta que, en la *materialidad* del cuerpo, y precisamente en el cuerpo químico, se convierten en universales, y al mismo tiempo, se extinguen". *Alchemie* (pg. 191): "Los símbolos del inconciente van más allá de lo infantil y de lo arcaico, en disposiciones innatas del alma que son el depósito de la vida ancestral *hasta la animalidad*". JUNG-WILHELM, *Das Geheimnis der goldenen Blüte* (Leipzig, pg. 16): "La existencia del inconciente colectivo es simplemente la expresión de la identidad de estructura del cerebro, identidad superior a todas las diferencias de raza".

[6] *Alchemie*, pgs. 664, 582; *Gold. Blütte*, pg. 16: "Indudablemente (!) la conciencia procede originariamente de lo inconciente".

[7] *Yo e inconciente*, pg. 66.

toda vida y todo impulso motriz. De allí la natural consecuencia, que "el alma es un dato irracional y no puede ser para nada equiparada, como de acuerdo a la idea antigua, a una razón en mayor o menor medida divina" [8]. ¿Todo esto no sería ya suficiente para poner en evidencia el nivel en el cual se funda todo el pensamiento de este psiquiatra?

Pasemos ahora a considerar las posibles relaciones entre el Yo y el inconciente. Toda la obra de JUNG, como la de los psicoanalistas en general, se encuentra signada por una animosa polémica en contra de la conciencia personal. La misma no tendría ninguna realidad en sí y, a pesar de ello, ha pretendido separarse afuera del inconciente, de la "Vida"; la misma desconoce el inconciente, rechaza sus exigencias y cree que puede ejercer una dictadura sobre la base de las facultades puramente intelectuales y volitivas, con sofocación de los instintos y de la afectividad. A no ser que ésta es una aserción imposible pues el inconciente está siempre presente y se venga de un tal tipo humano: el mismo se hace valer en cada caso, presionando en maneras diferentes sobre la conciencia y turbando su equilibrio ilusorio con irrupciones y conflictos que pueden llegar hasta la neurosis, el histerismo, la misma locura.

También con estas ideas JUNG retoma en forma aproximada las concepciones generales del psicoanálisis y de aquellos irracionalistas que, como KLAGES, han acusado al "espíritu" como el usurpador y destructor enemigo de la "vida" y han atacado el ideal cristalino de la conciencia [9].

En última instancia esta corriente podría remitirnos incluso hasta a ROUSSEAU, puesto que, en esencia, se trata de una reivindicación de la naturaleza y del instinto como base presunta de la vida sana, en oposición a la artificial y desviada formada con la civilización. Así JUNG declara que toda nuestra vida espiritual "está envenenada a causa de la represión violenta de los instintos" [10]; él acusa a "una moral que destruye al hombre", e incita a "observar la ley de la tierra", a "vivir y a reconocer los instintos" [11], como premisa para los desarrollos del "Sí mismo", del cual hablaremos. Pero al respecto, lo que constituye el aporte original de JUNG es la teoría de los denominados *arquetipos*.

[8] *Ibid.*, pgs. 10-11.

[9] *Alchemie*, pg, 223: "El inconciente es la dolorosa desmentida de toda pretensión idealista y del resto terrestre que afecta a la naturaleza humana perturbando penosamente su deseada claridad cristalina".

[10] *Gold. Blütte*, pg. 62.

[11] *Ibid.*, pg. 19.

4.– Los arquetipos

Los "arquetipos" corresponden a fuerzas fundamentales del inconciente colectivo, aunque también de los estratos profundos del alma. Son energías psico-vitales elementales siempre presentes y orgánicamente unidas al Yo, que en éstas tiene sus raíces [12]. Y he aquí que en este punto acontece la inserción o, mejor aun, la irrupción en el mundo del mito y del símbolo. Tal como se ha dicho, las tendencias del inconciente desconocido, a pesar de todo, se manifiestan: pero en tanto permanece el estado de escisión, las mismas se manifiestan en *proyecciones*, en imágenes fantásticas o en imágenes que se superponen a la realidad, cargándola –a las cosas o a las personas– de la cualidad fascinante y "libidinosa" propia de la fuerza-base del inconciente. De aquí la teoría de símbolos y de figuras varias, pero constantes y, según Jung, universales, correspondientes a tales proyecciones. Por la fuerza misma de las premisas, tales manifestaciones de los arquetipos se tendrían esencialmente en estados de conciencia reducida y debilitada. Así Jung ha partido del material de sueños y de productos de la fantasía de sujetos psicóticos e histéricos (delirios, alucinaciones, visiones). Aquí ha creído constatar que las imágenes recurrentes no tienen nada de individual y de arbitrario, que ellas presentan un carácter atávico y típico y una correspondencia exacta con los mitos, las fábulas, con los simbolismos tradicionales y populares. En todo esto se habrían originariamente tenido "revelaciones del alma preconciente, involuntarios testimonios de procesos psíquicos inconcientes" [13]. Pero sucede que el mismo mundo de la religión es comprendido con tales principios, el mismo se encontraría en relación con procesos psíquicos que no dependen de la conciencia y que se desarrollan más allá de ésta, en la oscuridad del fondo psíquico" [14]. Pero esto no es todo: Jung sostiene la correspondencia entre las figuras vistas, soñadas, dibujadas, incluso danzadas por sus enfermos y ciertos símbolos esotéricos. Así se ha puesto a hablar de los "*man*d*ala* europeos", viendo en las figuras que en el esoterismo sirven de base para la contemplación y la evocación, otras tantas manifestaciones de los arquetipos del inconciente colectivo, semejantes justamente a las que se producen en los estados de

[12] *Yo e inconciente*, pgs. 115-124.
[13] *Prolegómenos*, pgs. 11-113.
[14] *Ibid.*

conciencia reducida o enferma. Cuanto más se encuentra cerrado el campo del principio conciente, tanto más las fuerzas inconcientes y las imágenes relativas aparecen como si existiesen por afuera del individuo, incluso como espíritus y potencias mágicas. Hay casos en los cuales la manifestación del arquetipo tiene un carácter obsesivo. La personalidad cósmica que no sabe reconocer su naturaleza puede ser arrastrada por ello y perder su equilibrio. El arquetipo entonces se posesiona del alma. JUNG llega a veces a considerar a los arquetipos, a los contenidos del inconciente, como "entes psíquicos", como "noúmenos" temibles de ser hallados [15], y escribe: "Dejar que el inconciente se manifieste y vivirlo como una realidad, es algo que supera el coraje y también el poder del Europeo medio. Éste prefiere desconocer simplemente el problema: y para los espíritus débiles es también mejor que sea así, puesto que el asunto no se encuentra privado de peligros" [16].

Sin embargo aquello que los arquetipos habitualmente quieren, es que la persona conciente reconozca al inconciente vital, acepte sus contenidos e, insertándolos en su vida individual, se "integre" con ellos. JUNG denomina a este desarrollo como *proceso de individuación*. El término final del mismo sería la "personalidad integral", que comprende a lo conciente y a lo inconciente y que se denomina el "Sí mismo" (*das Selbst*). Para JUNG no existe la menor duda de que todos los desarrollos místicos e iniciáticos se tratan tan sólo de formas más o menos confusas (puesto que "la claridad científica", la comprensión en términos de psicología positiva y no de nebulosa metafísica vendría tan sólo de su psicoanálisis) del "proceso de individuación". Por ejemplo, todos los procedimientos alquímicos, con sus relativos símbolos herméticos, serían imágenes de aquel proceso no reconocidas en su justa medida, sino proyectadas en sustancias materiales y en el mito de una absurda obra de transformación química [17]. Se diga lo mismo con respecto a los procesos iniciáticos de los cuales se trata en el misterio taoísta de la "Flor de Oro". En general, figuras como las del Buddha, del Cristo y semejantes, no serían en sí mismas sino "proyecciones"

[15] *Alchemie*, pg. 253.

[16] *Ibid., pg. 85.*

[17] *Ibid.*, JUNG no duda ni un instante de que, referida a cuerpos y a procedimientos reales, la obra alquímica no condujo a nada y fue finalmente suplantada por la química moderna; ver pg. 62: "Es absolutamente seguro (!) que en todos los siglos en los cuales la humanidad se ha empeñado seriamente en operaciones de laboratorio nunca fue producida jamás tintura u oro artificial", tratándose para él de "un asunto sin esperanza".

del inconciente, y propiamente del arquetipo del "Sí mismo", término al cual tiende el proceso de individuación [18]. El principio fundamental del psicoanálisis es sin embargo que hasta que el arquetipo se presente en "proyecciones", es decir en imágenes o en representaciones externas, el mismo permanece inconciente e inactivo en cuanto a su contenido real y a la fuerza que a través del mismo querría hacerse valer ante la personalidad conciente para transformarla. La "imágenes" son en vez aceptadas y "realizadas". Se debe tomar conciencia de las mismas dejándose poseer por éstas, asumiendo la instancia que ellas incorporan, la cual sólo entonces cesa de actuar como un complejo inconciente autónomo. Y a tal respecto el psicoanálisis jungiano pretende dar, en términos de vida y de verdadera conciencia, dogmas, figura divinas y símbolos de las religiones. La misma se improvisa como una especie de esoterismo psicologista (se nos perdone la expresión) incluso en lo relativo a las tradiciones iniciáticas en su poner por doquier en luz presuntos "arquetipos", símbolos y fases del "proceso de individuación".

Antes de decir algo más sobre un tal proceso, pongamos un poco de orden en esta inaudita confusión de ideas. Sobre todo tracemos una línea de demarcación muy neta, diciendo que todo el mundo de un Yo escindido y enfermo, empeñado en combatir sus "complejos", sus instintos y el inconciente colectivo, se encuentra privado de cualquier relación con el plano de la mitología y de los símbolos tradicionales y no sólo de los procesos de realización supranormal, sino de la misma religión. Sumamente más aceptables que JUNG son FREUD y ADLER, puesto que éstos tratan esencialmente sobre casos empíricos, que pueden ser reales, de impulsos sexuales reprimidos, o cosas semejantes, manteniéndose en un plano naturalista y minúsculo. Y si también FREUD, mucho más que sus discípulos, como por ejemplo SILBERER (el cual ha hallado en el psicoanálisis tanto equilibrio que terminó suicidándose), han echado mano sobre el mundo de los símbolos, el carácter aberrante de sus interpretaciones sexuales salta a los ojos de cualquier espíritu normal, justamente porque éstos no confunden las cartas y visiblemente permanecen en el mundo de los neuropáticos, de los salvajes y de los seres en los cuales la *libido* es en verdad el motivo predominante de toda su vida psíquica. En cambio JUNG, mientras que en esencia queda en el mismo plano, puesto que su inconciente, como dijéramos, es simplemente el substrato subpersonal, vital y, en cierta

[18] *Ibid.*, pgs. 33-34.

medida, incluso biológico de la vida colectiva, en esta noción introduce elementos "espirituales" de todo tipo con el efecto de multiplicar la confusión y, en esencia, de proveer nuevas posibilidades a un método más sutil para remitir lo superior a lo inferior.

Acerca de los "arquetipos" se debe considerar en la gran mayoría de los casos, como totalmente accidental y extrínseca toda correspondencia de algunos temas recurrentes en sueños, visiones o delirios psicopáticos, y el contenido de símbolos y mitos tradicionales. En cuanto a la herencia "arcaica", también a tal respecto JUNG ignora aquello de lo que se trata, y no tiene ninguna capacidad de discriminación. Esta herencia puede ser, es cierto, de impulsos irracionales y vitales; pero en cuanto a tales símbolos y mitos, éstos, en sí mismos, tienen poco que ver con tal esfera. Éstos no figuran en la vida primitiva como "proyecciones" de la psiquis inconciente, sino que son sólo residuos degradados y ecos crepusculares y nocturnos de realidades de un plano totalmente diferente: sólo bajo la forma de residuos se presentan como centros de cristalización de fuerzas irracionales. La interpretación psicoanalítica pone desenvueltamente en el mismo plano los testimonios etnológicos, es decir los que pertenecen a la psiquis primitiva, y lo que es de pertenencia de las grandes tradiciones espirituales; se ha visto que en los mismos dogmas religiosos JUNG querría reconocer efectos de procesos de la psiquis inconciente. Esto es un puro sin sentido. Todo lo que se refiere a símbolos y a mitos tradicionales ha pertenecido originariamente a un plano de *supraconciencia*, con referencia no con el substrato vital e irracional colectivo, sino con la realidad metafísica, con aquello que los Antiguos denominaban "supramundo" y, con precisa referencia a su naturaleza luminosa y "olímpica", "mundo inteligible", *kósmos noetós*. ¡Cuántas cosas habría podido enseñar a JUNG ya la simple oposición antigua entre este mundo y el mundo "demónico" e "ínfero"!

De cualquier forma, si toda la teoría psicoanalítica es justamente un puro psicologismo, en relación a los arquetipos no se trata sino de variedad de la psicología humana, por más individual o colectiva que ésta sea. Lo que nosotros hemos denominado "subonciencia metafísica" no tiene que ver para nada con esto; mientras que el verdadero carácter de los arquetipos, si son referidos a los símbolos tradicionales, es justamente metafísico y no-humano, como no-humano es su origen. Se trata de *signaturae* del ser integral del hombre, que a tal título reflejan las potencias del cosmos y las del "supramundo".

Por lo tanto es evidente que la "integración", tal como la comprende JUNG en base a *sus* arquetipos, no es sino una caricatura del proceso de integración iniciática. La diferencia se la puede indicar enseguida en breves y claras palabras: todo el procedimiento psicoanalítico vale, *en la mejor de las hipótesis*, para reconducir a la normalidad y a la salud a un tipo humano escindido y neuropático; el proceso iniciático parte en vez de un tipo humano normal y sano, para conducirlo más allá de la condición humana, teniendo pues por mero punto de partida lo que para el psicoanálisis es punto de llegada y meta fatigosa en ser alcanzada, dados los "sujetos" con los cuales tiene que tratar.

5.– LA "MORAL" DE JUNG

Un punto particularmente extravagante en JUNG es el de atribuir casi un carácter coactivo al "proceso de individuación". Se puede concebir que la *libido* y que los complejos inconcientes-colectivos se impongan a la vida psíquica de ciertos tipos humanos y, en un modo u otro, queriéndolo o no el Yo conciente, se hagan valer. Pero es un verdadero absurdo pensar en procesos padecidos e inconcientes allí donde se trataría de la realización de la "personalidad integral", que en rigor equivaldría a la superación de la naturaleza humana en naturaleza supra-humana.

El hecho es que puede sin más excluirse que una realización de tal tipo, vinculada no al inconciente sino a una conciencia extremadamente valorada, tenga relación con lo que JUNG denomina como el "Sí mismo". Sobre todo la dirección práctica de toda disciplina iniciática y de alta ascesis es exactamente lo opuesto del método psicoanalítico. Éste, por un lado se empeña en propiciar estados de conciencia reducida a fin de favorecer al máximo el libre afloramiento, a través de imágenes, visiones o asociaciones, de los contenidos inconcientes; en estados de tal tipo es removida la inhibición que la conciencia individual opone al inconciente por el hecho de que, cuanto más, los contenidos de éste le resultan desagradables y perturbadores. En su esencia, a esto se reduce el método que JUNG denomina de la "imaginación activa", activa no se sabe por qué, dado que, según las mismas palabras de JUNG, el mismo "se funda sobre un intencional debilitamiento de la conciencia" [19]. Por otro lado hay que considerar la moral psicoanalítica general que exhorta a abandonarse a la "Vida", a "aceptar la ley de la Tierra", asumiendo todas las instancias de

la parte afectivo-instintiva y oscura de la propia alma. Ahora, no es necesario poseer una erudición especializada para saber que toda disciplina introductiva para la realización superior de sí se basa en vez sobre una extrema valorización de la conciencia, sobre un desapego de la vida instintivo-afectiva y sobre un completo señorío sobre ésta. Sólo la incomprensión de JUNG es capaz de suponer que aquel relajamiento y aquella capitulación de la personalidad conciente, que son la esencia de su método, puedan tener que ver por ejemplo con la noción del Tao, el cual, explícitamente identificado a la "Vía del Cielo", se refiere a una espontaneidad trascendente. Así en el texto taoísta que él ha pretendido "iluminar" psicoanalíticamente, valen para JUNG como inexistentes los precisos reclamos a la "concentración", al sometimiento al "corazón celeste" del "corazón inferior" apegado al mundo y a los deseos, comparado a un general revoltoso que debe ser reconducido a la obediencia hacia su soberano legítimo; al señorío y a la "destilación" de la parte oscura y femenina del alma a fin de que se transforme en puro *yang* (en el puro principio masculino) [20]. La adhesión a los propios deseos descuidando la "fijación de la luz" conduce, según aquel texto, no "al reposo y al vacío en el corazón" y al Tao, sino a lo largo de la "vía descendente" [21]. En realidad el sentido de distensión que prueba un individuo escindido o vuelto rígido si deja de resistir, si se "abre" y se abandona, lo que prueba un ser más o menos neuropático cuando logra sistematizar sus asuntos privados con los instintos, sus pensamientos inconfesados y la parte inconciente de su alma – un tal sentido JUNG lo confunde con el sentimiento de desapego y de liberación vinculado a los estados de la alta ascesis o de la intelectualidad pura iniciática. Siempre en relación con el taoísmo, JUNG querría hacer suya la fórmula del "retorno a los orígenes – como si los presupuestos fuesen los mismos. Según cada concepción tradicional el origen del principio conciente es una fuerza luminosa de lo alto, según JUNG tal origen

[19] *Prolegómenos*, pgs. 232-233: La "imaginación activa" es un método de introspección "que consiste en la observación de la fluencia de las imágenes interiores: se concentra la atención sobre una eficaz e incomprensible imagen de sueño o sobre una impresión visual espontánea y se observa cuáles transformaciones padece la imagen". "En tales condiciones se producen series largas y muchas veces dramáticas de fantasías, también visiones, diálogos internos, etc.". En el "no raro caso de esquizofrenias latentes, este método puede ser muy peligroso".

[20] *Gold. Blüte*, pgs. 123 y sig.

es en vez el inconciente colectivo irracional, impenetrable por definición. Por lo cual, se ve bien qué cosa puede significar en el marco de esta segunda concepción, el "retorno a los orígenes": no integración e "individuación", sino regresión.

6.– El "proceso de individuación"

Pero tomémonos la molestia de ver más de cerca de qué manera se desarrollaría el "proceso de individuación". Se trata de acoger, reconocer y "realizar" una serie de arquetipos que se presentan en el sueño en estados análogos, espontáneamente o bien con una ayuda. El primero parece que sea el del *Niño*, que representa "el aspecto infancia preconciente del alma colectiva" [22] y el contenido inconciente del cual sería el impulso a restablecer un contacto con tal estado. Luego viene el arquetipo de la *Mujer*. Aquí se encuentra la teoría del *anima* contrapuesta al *animus*. El principio conciente, o Yo persona, asume en el hombre rasgos viriles, descuidando, comprimiendo o tiranizando el aspecto femenino del propio ser, que es justamente el *anima*, vinculada a las fuerzas inconcientes y afectivas de los estratos psíquicos más profundos. Esta parte inhibida de la conciencia personal quiere sin embargo hacerse valer por igual, y comenzar o hacer frente en modo variable la unilateralidad del *animus*, o Yo masculino. Tal es la acción del arquetipo de la "Mujer", imagen hereditaria que se "proyecta" en diferentes formas: ahora se identifica con la figura de la madre y de la hermana, ahora con la de la mujer amada, siempre con una saturación del ser real por medio de la fuerza hechizante, o *mana*, propia del arquetipo inconciente ancestral [23]. Naturalmente, en la mitología, en los sueños y en las fábulas las figuras de las Diosas, de la Madres Divinas, de la Virgen, de "Aquella a la cual se debe obedecer", etc., remitirían a este proceso de irrupción del inconciente: así como en

[21] Se remite a la interpretación del texto taoísta en cuestión, dada en el T. V, cap 4, en donde, entre otras cosas, se ha puesto de relieve que el método psicoanalítico de la "imaginación activa" responde a condiciones de las cuales el texto pone explícitamente en guardia, puesto que conducen hacia las "diez mil involuciones" y hacia la "región de los démones".

[22] *Prolegómenos*, pg. 122.

[23] *Yo e inconciente*, pgs. 91-100

los símbolos y en las figuras tradicionales de tipo andrógino querría hacerse valer inconcientemente la imagen de la fusión del *animus* con el *anima*, de la parte masculina con la femenina e irracional e inconciente del propio ser (a ello se reduciría positivamente, de acuerdo a JUNG, el *Mysterium conjunctionis* del cual se habla en el esoterismo y en el hermetismo).

Pero esta parte subterránea, esta *alma*, allí donde mantiene su carácter antitético autónomo, tiene también los arquetipos-símbolos de un demon, de una fuerza enemiga y temible, Dragón, Serpiente, etc. De lo cual procede un nuevo estadio del "proceso de individuación". Puede haber una fase de crisis [24]. Pero una vez reconocida y aceptada el *anima*, el arquetipo pierde su carácter de complejo autónomo, las imágenes correspondientes son desvalorizadas, pierden su *mana*, su fuerza hechizante. La obsesión ejercida por éstas cesa y el principio conciente entonces realiza la figura de aquel que ha vencido al demon. A no ser que en esto no hay nada más que el efecto de la irrupción de un nuevo arquetipo. Se trata de la denominada *personalidad-mana*, ella misma imagen atávico-arcaica y colectiva en las variedades del Hombre-Dios, del Héroe, del Mago, del Santo, del Jefe divino, del hombre potente. Se vincula a ello también el complejo "paterno" cual lo concibe el psicoanálisis freudiano. Por lo tanto, una nueva obsesión. "El mago (es decir, el contenido del nuevo arquetipo) ha podido tomar posesión del Yo solo porque el Yo había soñado una victoria sobre el *alma*. Ésta fue una usurpación del inconciente. Pero si en vez el Yo deja caer su pretensión de victoria cesa automáticamente también el poder del complejo paterno, como también el del materno (arquetipo "Mujer"). Una vez reconocido su contenido arcaico, la "personalidad-mana", de la cual se había uno convertido en presa, se disuelve y se es remitido a sí mismos [25].

Como arquetipo final se tiene el que expresa el mismo *Selbst*, el "Sí mismo" del cual ya se ha hablado. El deseo de Dios, el impulso a la divinificación y todas las figuras divinas y sobrehumanas de la religión

[24] *Ibid.*, pg. 60. Un derrumbe del equilibrio normal, una "renuncia a las ilusiones más queridas" serían necesarios para que la conciencia se encuentre en grado de entender y de asimilar los contenidos producidos por el inconciente y tender a un nuevo equilibrio. Pg. 61: El derrumbe de la persona "es como un pequeño mundo que se eclipsa y todo vuelve al caos inicial. Naturalmente que es sobre tal base que JUNG cree poder interpretar los símbolos de la muerte iniciática, de la disolución y de la renovación, etc.

[25] *Yo e inconciente,* pgs. 139-152.

procederían del poder de este último arquetipo, y deberían explicarse con el proceso del inconciente colectivo que se vincula a ello. Similar significado tendrían las variedades de los símbolos con carácter de "centro", los "*mandala* europeos" y siglas análogas en sueños y visiones. Pero sucede que la sustancia de este último arquetipo, una vez revelada por el psicoanálisis, y no vivida más en las "proyecciones", es lo que de más confuso nos podamos imaginar. JUNG habla al respecto de un estado en el cual el centro de la personalidad no coincide más con el Yo, sino que "es, por decirlo así, un punto virtual entre lo conciente y lo inconciente" [26]. El *Selbst*, el "Sí mismo", es dado como "un *quid* extraño y sin embargó muy cercano" [27], como "un irracional, un ente indefinible", al cual el Yo no se le encuentra contrapuesto, "al cual pertenece y alrededor del cual rueda" [28], "un ente incognoscible que supera nuestra facultad de comprensión". Ello a pesar de que el inconciente, al cual nos hemos abierto, habría podido estar ya integrado en la conciencia. "El *Selbst* –dice JUNG – tiene tan poco que ver con el Yo del mismo modo que el sol lo tiene con la tierra". En este punto "el Yo individuado se siente objeto de un sujeto ignoto y superior", sentimiento al cual JUNG cree poder referir nada menos que las palabras paulinas: "No soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí" – únicamente que el "Cristo", el "Dios en nosotros" sería el inconciente colectivo en la totalidad en la cual se está incluido, deducible, tal como se ha visto, en su universalidad, ¡por la "identidad de estructura del cerebro humano"! [29]. De cualquier modo, el "Sí mismo" permanece y permanecerá siempre como una unidad y una entidad ordenada al Yo conciente [30]. Esta situación es considerada como "el término último al cual puede arribar la constatación psicológica" y, junto a ella, la conclusión de todo el "proceso de individuación".

No es por cierto el caso de hacer una crítica a este ballet de imágenes en gran medida patológicas, que JUNG querría dar como clave para la comprensión de la experiencia mística e iniciática, sólo porque ciertas figuras y ciertos temas pueden presentarse en ésta como en cada más banal y desordenado conjunto de sueños, de delirios y de divagaciones. En verdad,

[26] *Gold. Blütte*, pg. 60; *Yo e inconciente*, pg. 133.
[27] *Yo e inconciente*, pg. 152.
[28] *Ibid.* Pg. 155.
[29] *Gold. Blütte, pg. 69.*
[30] *Yo e inconciente*, pg. 80.

basta un poco de buena voluntad y de ingenio para recabar lo que se quiere de un tema de tal tipo y "descubrir" por doquier las fases del "proceso de individuación", sólo que aparecen allí imágenes que pueden también ser de las más banales.

Un punto que, en cualquier caso resulta significativo, se refiere a la extraña teoría de la "personalidad-mana". La misma nos dice que en el ideal de la personalidad viril, señora de la parte irracional del propio ser y dotada de poderes no-humanos, JUNG no sabe ver otra cosa que la expresión de una forma patológica, debida a la reviviscencia y a la irrupción de un "arquetipo" primitivista y ancestral: más o menos, como en la teoría freudiana acerca del "Super-Yo", que es deducido también en una forma de histeria "autista".

En cuanto al término final mistificante, también si se tuviese que ir más allá del plano de las sensaciones de enfermos que finalmente se liberan de sus desidias, es bien evidente que no hay ni siquiera una analogía de reflejo con lo que es propio de las realizaciones metafísicas e iniciáticas, teniendo éstas notoriamente como característica la *identidad* y la *centralidad*. En vez en el término final de lo que debería ser un proceso de integración, tal como se ha visto, el dualismo subsiste, el Yo gravita alrededor de un *quid* incognoscible que se le encuentra ordenado por encima del mismo, que se encuentra en relación con éste como un sujeto respecto de un objeto. Todo sumado, ¿no se vuelve quizás justamente al punto de partida, salvo que todas las resistencias y las inhibiciones sean abolidas?

En particular, las referencias de JUNG a la metafísica oriental, hindú o taoísta, son verdaderamente absurdas. El *âtmâ* o el Tao como principio que se encuentra más allá de cada pareja de contrarios –por ende también de lo conciente como conciencia finita y de aquello que cae afuera de ésta– no tiene la más mínima semejanza con el *Selbst* escogido por JUNG, por el hecho de que el mismo permanece siendo siempre experiencia y luz trascendente, no la oscilación del Yo entre lo conciente y lo inconciente; inconciente que también en el término final, tal como se ha visto, permanece impenetrable y ordenado por encima de nosotros mismos.

En general hay que decir que no es que JUNG dé una "interpretación psicológica" de la metafísica, sino que permanece en un dominio que desde el principio hasta el fin es mera psicología y que, aun cuando no tenga que ver con lo "colectivo", no cesa de ser simplemente humano. El

âtmâ del hinduismo hace una sola cosa con el Brahmán, es decir con el principio-base de toda la manifestación, así como el Tao de la tradición extremo-oriental es concebido como la realidad suprema de la cual Cielo y Tierra extraen su fundamento: todo lo que se refiere a ello tiene pues un carácter no "psicológico", sino de experiencia trascendente. JUNG, puesto que no puede hacer a menos de tomar conciencia de todo esto, se las arregla diciendo que se "cometería un gran error" si se tomasen a la letra tales enseñanzas metafísicas, si en los Orientales no se tuviesen que ver simplemente a unos "psicólogos que se expresan a través de símbolos". Y agrega: "Si es verdaderamente de metafísica que ellos han querido hablar, no hay esperanza alguna en poder entenderlos" [31]. Y, en efecto, JUNG no ha entendido nada y ha puesto manos sobre cosas de las cuales de ninguna manera se tendría que haber ocupado.

Aquí se puede hacer mención también a que el proceso de las "proyecciones", en el sentido específico de la aparición, a través de imágenes o visiones, de contenidos psíquicos y de fuerzas o principios que, en último análisis, forman siempre parte de la naturaleza del Yo, aun si como tales no son reconocidos enseguida, es muy conocido en las tradiciones esotéricas y especialmente mágicas. JUNG ha podido constatarlo, habiendo tratado sobre el "*Libro tibetano del muerto*". De este texto habrá podido ver también que no se esperaba justamente el psicoanálisis para formular el principio – eminentemente iniciático– de *matar* las proyecciones reconociendo y realizando su contenido. Por lo tanto aquí, justamente no hay nada nuevo para nosotros. Pero queda el hecho de que para JUNG, como para los psicoanalistas en general, el subconciente es un saco en el cual se lanza indiscriminadamente cualquier clase de cosas, sea los contenidos inferiores de la subconciencia biológica y colectiva, sea lo que puede tener relación con una verdadera y propia supraconciencia. Y puesto que el método psicoanalítico es el más primitivo concebible, es un "abrir" y permanecer para ver – naturalmente es un Aquelarre, es la rebosadura confusa y caótica de todo material que se debe esperar, y que para ordenarlo cualquier esfuerzo psicoanalítico es vano. De otra forma se encuentran las cosas en la vía iniciática, justamente por lo que se ha dicho, es decir porque disciplinas preliminares se entienden aquí para neutralizar las regiones "ínferas" del subconciente, para impedir que éste se desvíe, se oscurezca, o altere con

[31] *Gold. Blütte*, pg. 66.

sus escorias la manifestación y la realización conciente de contenidos supraindividuales y suprahumanos.

En cuanto a la oportunidad de no inhibir a éste o a aquel instinto en el sentido más vulgar del término, como en el moralismo y en el virtuísmo, puesto que podría derivar de ello un envenenamiento y una falsedad en la vida del alma – éste es un asunto "privado" que, en cualquier caso, se refiere a grados totalmente elementales, y que no tiene nada que ver con las tareas y las experiencias de la alta ascesis. Se puede conceder un reconocimiento a la "ley de la tierra" en el mismo estilo de sano equilibrio del ideal clásico, y se pueden considerar patológicas a ciertas formas ascéticas cristianas, obsesionadas por las cuestiones de la carne y del sexo. Pero de esto a pregonar una religión de la parte irracional e inconciente del propio ser y a reducir al Yo a algo que, privado de vida en sí mismo, gravita alrededor de la misma y que en la misma debe reconocer su suelo natal, hay una gran diferencia. De cualquier manera, acerca del punto particular aquí mencionado, la higiene del alma de los hombres escindidos de la civilización actual es una cosa, y el orden de los valores espirituales es otra, mientras que es bien visible que el psicoanálisis confunde una cosa con la otra y no hesita en dar a la primera –a la "higiene", a la eliminación de los "disturbios" en individuos que por ello mismo no están calificados para nada mejor– una decidida importancia con respecto a los segundos.

Que todo el fantaseado "proceso de individuación" no pueda tener sino un alcance totalmente psicologista, procede por lo tanto de las mismas premisas. En efecto ¿qué cosa se puede esperar de alcanzar con un método que no consiste en otra cosa sino en observar sueños y fantasías o en provocar deliberadamente estados de una conciencia debilitada, para luego cavilar sobre éstos, no tanto sin tener ciertos principios, sino teniendo unos equivocados? En cada caso hay una diferencia como de cielo y tierra entre la vía psicoanalítica y la iniciática para la exploración de los estrados profundos del Yo. Sobre todo, repitámoslo una vez más, la segunda no tiene nada que ver con un procedimiento psicoterapéutico, puesto que parte de un tipo humano sano y normal, totalmente en orden con respecto a las fuerzas en las cuales se apoya, en el estado humano de existencia, el sentido de su Yo. En segundo lugar, el fin verdadero de la vía iniciática es la realización como *supraconciencia* de lo que se ha denominado la subconciencia cósmico-metafísica. Para venir a tanto, se ha dicho pues

que, en vez de abrirse a lo inconciente atávico-colectivo, es necesario disolverse del mismo, neutralizarlo, puesto que justamente éste es el "guardián del umbral", la fuerza que cierra toda visión, obstaculiza el despertar y la participación en aquel mundo superior, al cual se refiere la verdadera noción de arquetipo: mientras que sueños, fantasías, imágenes de delirios, imaginaciones subjetivas o colectivas, deben cuanto más ser consideradas simplemente como tales, como una esfera totalmente privada de un significado superior y ni siquiera escondido.

Una vez reconocido todo esto, el alcance de las teorías de JUNG resulta suficientemente claro y la conclusión se impone: quienquiera repute hoy que una tal psicoanálisis provea una determinada interpretación "científica" de concepciones iniciáticas y de procesos aunque fueran espirituales, debe convencerse de que de tales cosas él no ha entendido ni siquiera el principio y que él se encuentra absolutamente afuera del camino.

JUNG ha escrito: "El hombre moderno debe estimarse casi feliz por el hecho de que, cuando se ha hallado con el pensamiento y la experiencia del Oriente, su chatura espiritual ha sido tanta, que él no se ha dado cuenta ni siquiera de aquello con lo que tenía que encontrarse. Así ahora puede ocuparse del Oriente sobre un plano totalmente adecuado y sin embargo inofensivo del intelectualismo, dejando además a un lado el tema a los especialistas en sánscrito" [32]. Esto es justamente lo que tendría que decirse para el mismo JUNG, con extensión de los dominios: es una suerte que este psiquiatra no haya entendido nada y no haya sabido ver sino prolongaciones de experiencias de psicópatas y psicoterapias allí donde se ha encontrado con los vestigios de las Sabiduría y del Arte.

3) *LA DOBLE MÁSCARA*

(*Poema del lama Anagarika Govinda*)

Tuvo un sueño – ¿preguntáis quién?
No importa – *alguien.*
Quizás vosotros mismos – soñasteis un día este sueño.
Él se encontraba sobre una colina sagrada – coronada por un templo,
Y miraba abajo, hacia la llanura – y vio gente
Subir en larga y serpenteante procesión.
Vestían ropas ondulantes – y llevaban máscaras extrañas.
Alcanzada la altura – se inclinaron ante el santuario,
Luego de haber adorado en silencio – se fueron hacia la parte opuesta.
Fue entonces que él notó – que ellos llevaban dos máscaras,
Por lo cual parecía que retrocediesen
Con el rostro dirigido hacia el santuario.
El aire se encontraba saturado de incienso – cuando él entró en el Templo.
Habiendo atravesado tres atrios – el atrio de la Devoción
En cuyo centro ardía la sagrada llama;
El atrio de la Justa Conducta – que contenía las tablillas de la Ley,
El atrio de la Meditación – en donde la fuente del claro saber
Apaga la sed del buscador – alcanzó finalmente el Santo de los Santos:
Y de repente se encontró – entre las imágenes de *dos* divinidades.
No pudiéndose inclinar ante una – sin dirigir la espalda a la otra
Se retiró confuso.
Mientras volvía sobre sus pasos – se le acercó un sacerdote
Que tenía entre las manos *dos* máscaras – y que le dijo de ponérselas.
Así él hizo – y cuando entró nuevamente
El Santo de los Santos –estaba *vacío.*

4) *PERSPECTIVAS MÁGICAS*

(SEGÚN ALEISTER CROWLEY)

En el anfiteatro mágico contemporáneo el inglés ALEISTER CROWLEY *es una figura de primer orden. De acuerdo al juicio común él pertenece a la dirección más negra, incluso satánica, de dicha disciplina, y justamente esta forma de aparecer fue deseada por él, quien se hacía llamar "La Gran Bestia 666". En realidad, ésta era en gran medida una simple fachada: lo que debe decirse simplemente es que* CROWLEY *seguía la "Vía de la Mano Izquierda", poseyendo para ello una calificación especial. Su vida fue extremadamente variada y compleja: fue poeta, pintor, estudioso de las ciencias naturales, explorador, alpinista (con dos ascensos incluso al Himalaya), tomó contacto con organizaciones secretas de todo tipo, incluso se considera que tuvo un papel oculto en algunos acontecimientos políticos recientes. Practicó magia ceremonial y evocatoria y, justamente a través de tal vía, en El Cairo, él habría recibido la transmisión, de parte de una entidad denominada Aiwass, una especie de revelación, o nueva ley, que él bautizó "Ley de Telema" y de la cual se convirtió en pregonero. De la misma son basilares estas dos máximas: "Todo hombre es una estrella" y "Haz lo que tú quieras: que tal sea tu ley suprema". Formulando esta segunda máxima,* CROWLEY, *según su gusto, quería* épater le bourgeois, *puesto que el sentido efectivo de la misma, más que seguir una desenfrenada licencia, significa excluir toda ley exterior y extraña y asumir aquella voluntad más profunda en función de la cual cada hombre aparece como la manifestación de una fuerza de lo alto (de una "estrella"). Prácticamente, la magia de* CROWLEY *tuvo afinidades con la tántrica: la magia sexual y el uso de drogas tuvieron en la misma un papel importante. Se dice que múltiples discípulos de* CROWLEY *terminaron locos o se suicidaron (son las dos posibilidades que siempre tiene como inconvenientes la "vía directa"); sin embargo el mismo murió en 1947 a la edad de setenta y dos años, sano y en la plenitud de sus facultades.*

Los pasajes que aquí reproducimos en su traducción pertenecen al "Liber Aleph, the Book of Wisdom or Folly" *el que hasta el día de la fecha (1953) sólo existe en la forma de un manuscrito. El lector, aparte de un cierto sincretismo y de un cierto barroquismo, hallará en el mismo con*

facilidad elementos de la disciplina mágica tradicional. Las pocas notas que aparecen son del traductor.

De Arte mentis colligendae

1.– *Mathematica.*

Y ahora quiero decirte algo acerca de la base primera de tu mente. Debes estudiar en forma diligente la matemática, porque así se te revelarán las leyes de tu misma razón con sus limitaciones. Tal ciencia te hará manifiesta tu verdadera naturaleza, en cuanto al mecanismo con el cual ella actúa; y mostrará en su pura desnudez, sin la vestimenta de la personalidad o del deseo, la anatomía de tu Yo conciente. Además por tal medio comprenderás la esencia que existe entre las relaciones de todas las cosas y la naturaleza de la necesidad, y arribarás al conocimiento de la forma. Puesto que una tal matemática es como el velo último ante la imagen de la verdad, por lo cual no existe una vía mejor de nuestra Santa Kabbala para analizar todas las cosas y reducirlas a puro número; así, no siendo más su naturaleza coloreada y confusa, ellas podrán ser reguladas y formuladas en simplicidad por medio de la operación de la razón pura, para gran ayuda tuya en la obra de nuestra Arte trascendental, a través de la cual lo múltiple se convierte en Uno.

2.– *Clásica*

Hijo mío, no rechaces el estudio de los escritos antiguos, en su lengua original. Puesto que así descubrirás la historia de tu mente, es decir su naturaleza considerada como el último término de una secuencia de causas y de efectos. Al haber sido tu mente construida con estos elementos, con tales libros puedes hacer venir a la luz tus mismas memorias subconcientes. Y tu memoria es como el mortero en la casa de tu mente, sin el cual no es posible ni cohesión ni individualidad, por lo cual la falta de la misma es denominada de-mencia. Y estos libros han vivido largo tiempo y se han convertido en famosos por ser los frutos de antiguos árboles de los cuales tú eres el heredero directo, de modo tal que –yo te digo– ellos son más estrechos hermanos de tu misma naturaleza que los libros de vástagos colaterales, si bien éstos sean en sí mismos mejores y más sabios. Sí, hijo mío, en aquellos escritos puedes estudiar el modo de alcanzar la verdadera

comprensión de tu misma naturaleza y de la de la totalidad del universo, en la dimensión del tiempo: de la manera como la matemática te la revela en la del espacio, es decir, de la extensión. Además. a través de tal estudio, el discípulo deberá comprender la base del comportamiento, lo cual, tal como dice uno de los hijos de la sabiduría, hace el hombre.

3.– *Científica*

Siendo el tiempo y el espacio las condiciones de la mente humana, estos dos estudios son fundamentales. Queda no obstante la causalidad, que es la raíz de las acciones y de las reacciones de la naturaleza. También ello tú debes buscar apasionadamente, a fin de que tú puedas comprender la variedad del universo, su armonía y belleza, con el conocimiento de lo que lo gobierna. Sin embargo esta disciplina no es igual a las dos primeras, en cuanto al poder de revelar tu Yo; su primer uso es el de instruirte en el verdadero método del progreso en el conocimiento, que es, esencialmente, la observación de lo semejante en lo desemejante. La misma hará también surgir en ti el éxtasis del prodigio conduciéndote a una adecuada comprensión del arte mágico. Puesto que nuestra magia es sólo la que se refiere a lo que reside dentro de nosotros no desarrollado y no analizado; con aquel método ello es esclarecido y llevado a un estado tal que el hombre pueda recabar ventaja de ello. ¿No es quizás un don inestimable el fruto del árbol no sólo del conocimiento, sino también de la vida? Puesto que en el hombre se encuentra el elemento Dios y el elemento polvo; a través de nuestra magia haremos de esta cosa doble una sola carne para obtener el imperio del universo.

De virtute audiendi

Te invisto de mi poder: ¡Vive peligrosamente! Tu peor enemigo es la inercia del espíritu. Los hombres aborrecen sobre todo las cosas que los tocan de cerca, temen la luz y persiguen a los portadores de antorcha. Escruta pues a fondo todos los ideales de los cuales los hombres escapan, puesto que la verdad disolverá todo miedo. Justamente los hombres dicen que lo ignoto es terrible; pero equivocadamente ellos temen que se convierta en notorio. Además, cumple todos los actos de los cuales el hombre común se cuida, a menos que tú tengas ya pleno conocimiento de ello; por lo cual puedas conocer el uso y el dominio, no cayendo en el abuso y en la

servidumbre. Puesto que el cobarde y el temerario no llegarán al fin de sus días. Para cada cosa se encuentra su justo uso; y tú serás grande en la medida en la cual se encontrará en tu poder el uso de las cosas. Éste es el misterio de toda arte mágica, ésta es tu conquista sobre el universo. Y si tú, al ser hombre, no puedes no equivocarte, yerra por exceso de coraje en vez que de prudencia, puesto que la base del honor humano es osar grandemente. Tal como dice HORACIO en la tercera oda del primer libro: "¡Muere de pie!".

De clavicula somniorum

Con respecto a la meditación, deja ahora que te devele el misterio de la clave de los sueños y de las fantasías. Aprende sobre todo que, así como los pensamientos de la mente se encuentran ante el alma impidiendo su conciente revelarse, del mismo modo la tosca voluntad física es la creadora de los sueños del hombre común; y así como tú en la meditación debes destruir todo pensamiento juntándolo a su opuesto, del mismo modo debes purificarte a ti mismo por medio de una completa satisfacción de esta voluntad corporal sobre la vía de la castidad y de la santidad que te ha sido revelada en tu iniciación. Una vez que has conseguido este interno silencio del cuerpo, puede acontecer que la voluntad verdadera hable en sueños verídicos; puesto que se encuentra escrito que Él da en el sueño a aquellos a quienes ama. Prepárate pues en esta vía, tal como corresponde a un buen caballero

De somno lucido

Sabe también que en el término de esta vía secreta se encuentra un jardín en el que ha sido preparada para ti una casa de paz. Porque sobre aquel cuyas necesidades físicas de toda especie no se encuentran en verdad satisfechas desciende un sueño lunar o físico, destinado a refrescar y a reintegrar (el organismo) a través de la purificación y reposo; pero en cambio a aquel que es puro en el cuerpo el Señor le dona un sueño solar o lúcido, en el cual se mueven imágenes de pura luz, formadas por la verdadera voluntad. Y esto es denominado por los cabalistas el sueño de Siloam, mencionado también por PORFIRIO, CICERÓN y por otros antiguos sabios. Confronta esta enseñanza, hijo mío, con lo que te ha sido enseñado en el santuario de la Gnosis acerca de la muerte del justo; y aprende

además que éstos no son sino casos particulares de una fórmula general.

De via inertiae

Sobre la vía del *Tao* ya te he hablado, hijo mío, pero yo quiero aun instruirte sobre esta doctrina del hacer cada cosa sin hacer nada. Quiero ante todo que tú entiendas que este universo, al ser una expresión del Cero en la figura de la Díada, su tendencia es la de relajarse de la tensión (relativa a la Díada) a través de las nupcias de los opuestos en todas las ocasiones en las cuales éstos sean puestos en contacto. Así tu naturaleza verdadera es una voluntad del Cero, o una inercia, o un no-hacer; y la vía del no-hacer es la de no oponer obstáculos al libre funcionamiento de esta verdadera naturaleza. Considera la carga eléctrica de una nube, cuya voluntad es la de descargarse en la tierra y así de volver a dejar la tensión de su potencial. Si ello aconteciera en un libre conducir, habrá silencio y oscuridad; pero si hay oposición, habrá calor y luz y un andar infringido de aquello que no quiere permitir el libre pasaje de la corriente.

De via libertatis

No pienses sin embargo que a través del (simple) no-actuar tú sigas la vía del *Tao*, puesto que tu naturaleza es la acción y, obstaculizando la descarga de su potencial, perpetúas y agravas la tensión. Si no facilitas la naturaleza, ella te llevará a la enfermedad [1]. Es también absolutamente necesario que tú descubras en cada caso esta voluntad verdadera, porque tú has nacido en la enfermedad (*dis-ease*): en donde existen muy falsas o pervertidas voliciones; son excrecencias monstruosas, parásitos, vermes, que a ti se te adhieren por un vicio de herencia o de ambiente, o por un mal adiestramiento. Y de todas estas cosas las más sutiles y terribles, enemigas implacables, destructoras de tu voluntad, amenaza y tiranía para tu mismo Yo, son los ideales y los valores de los dioses de esclavos, la falsa religión, la falsa ética, la falsa ciencia.

De motu vitae

Aprende pues, hijo mío, que todos los fenómenos son efecto de un

[1] En el texto, juego de palabras intraducible entre *to ease* (facilitar, agilizar) y *desease* (enfermedad, molestia): *if you ease not Nature, she will bring thee to desease.*

conflicto, así como el universo mismo es una nada que se expresa como la diferencia de dos iguales, o si quieres, como la separación de Nuith y Hadith [2]. Por lo cual cada connubio (*marriage*) disuelve un conjunto más material creando uno menos material; y ésta es nuestra vía del amor, que se eleva de éxtasis en éxtasis. Por lo tanto, así todo poder violento, toda conciencia, es el orgasmo espiritual de una pasión entre dos opuestos, entre un principio débil y un principio fuerte. Así luz y calor brotan del connubio de hidrógeno y de oxígeno; el amor surge de el que se establece entre hombre y mujer; *dhyâna*, el éxtasis, deriva del que se establece entre Yo y no-Yo.

Sin embargo debes mantenerte firme en este corolario, que con uno o dos de tales connubios se puede destruir la exasperación de algún complejo tan sólo temporariamente; extirpar tal complejo de las raíces es la obra de una larga costumbre y de una profundizada búsqueda de su germen en la oscuridad. Arribados sin embargo al cumplimiento de esto, un tal especial complejo será para siempre destruido o sublimado.

Comprende pues que toda oposición contra las vías de la naturaleza crea una violencia. Si tu sistema secrecional no funciona a pleno, unos venenos pasan a la sangre y la conciencia queda modificada por el conflicto o por la mezcla de elementos heterogéneos. Así si el hígado no funciona, se tiene la melancolía; si son los riñones, se tiene el coma; si son los testículos o los ovarios, se tiene una disminución de la personalidad. Del mismo modo, si intoxicamos directamente la sangre con extracto de belladona, se tiene un delirio violento y maníaco; si con hashish, resultarán de ello visiones fantásticas; si con diferentes gérmenes patógenos, le seguirá a ello una molestia de la conciencia, variada de acuerdo a la naturaleza del germen, y así sucesivamente. Con el éter se adquiere la facultad de analizar la conciencia en sus diferentes planos, y así también para otros diferentes tóxicos.

Pero, en nuestro sentido místico, todos éstos son venenos, es decir: nosotros tomamos dos cosas diferentes y opuestas y las unimos, de manera de obligarlas a unirse; *para mediar esta unión está un éxtasis, en modo tal, que el elemento inferior se disuelva en el superior* [3].

De sapientia in re sexuali

Considera al amor. Éste representa una fuerza destructora y corruptora por la cual muchos hombres son conducidos a la perdición. Y sin embargo

[2]Nuith y Hadith son en la terminología utilizada por CROWLEY, con una cierta referencia

sin amor el hombre no sería tal. El problema es siempre el de poner al deseo en una justa relación con el querer. Así tú puedes entregarte al ayuno o comer en demasía: no existe otra ley que la del equilibrio. Ésta es una doctrina que puede ser aceptada en general por cualquier hombre de buena raza, a ti quiero recomendarte mayormente la otra parte de mi sabiduría, es decir, la necesidad de integrar continuamente tu naturaleza con nuevas esposas (*mates*) sobre cada plano del ser, a fin de que tú te conviertas en el perfecto microcosmos, imagen sin defecto de todo lo que es.

Continuando, repito que esta fórmula vale universalmente para la totalidad de la naturaleza. Deberás tener presente que las repetidas combinaciones, o connubios, generan el hábito, de modo tal que al mismo no le siga más el éxtasis. Así aquel medio gramo de morfina que al que se intoxica le abría en un primer momento umbrales celestiales, luego de un año de uso cotidiano no produce más ningún efecto. De la misma manera el amante no halla más alegría en la unión con la amada luego de que la originaria atracción entre ambos se ha aplacado a través de repetidas uniones. Puesto que esta atracción es un antagonismo; y cuanto mayor es la polaridad, tanto más salvaje es la fuerza del magnetismo y la cantidad de energía que se libera a través de la unión sexual.

De nuptiis mysticis

¡Hijo mío, qué maravillosa es la sabiduría de esta ley del amor! ¡En cuál infinita lejanía se extienden los océanos de alegrías desconocidas ante la proa de tu nave! Sabe sin embargo que toda oposición es denominada, en su esencia, dolor, y que la alegría reside en la destrucción de la Díada. Por lo tanto debes siempre buscar aquellas cosas que para ti son veneno, y más aun veneno en máximo grado, para hacértelas tuyas a través del amor. Aquello que rechaza, que disgusta, debes asimilártelo en la vía de la integración. Sin embargo no reposes en esta alegría de la destrucción de todo complejo de tu naturaleza, sino tiende con fortaleza a aquella unión con el universo, cuya realización debe destruirte completamente, de modo tal que permanezca sólo el no-ser que estaba al comienzo.

Por lo tanto una vida de no-acción no es para ti; retirarse de la actividad

a la antigua tradición egipcia, la *Femina* y el Varón cósmicos; por encima de éstos, es decir la Díada, la "nada" o Cero, equivalente al "vacío", *çûñya*, del buddhismo mahâyânico.

[3] Subrayado nuestro; esta frase comprende la clave de la magia de los tóxicos, o "aguas corrosivas".

no es la vía del *Tao*; tal vía es más bien la de la intensificación y de la universalización de cada unidad de tu energía sobre cada plano.

Ultima thesis de amore

Por lo tanto, hijo mío, ten cuidado, no debes inclinarte ante falsos ídolos e ideales, ni lanzarte en contra de ellos, a menos que no sepas que ésta es tu voluntad.

Sé prudente y silencioso en tal campo, discerniendo sutilmente y con agudeza la naturaleza de la voluntad que se encuentra adentro de ti, de modo tal de no confundir el miedo con la castidad, o la cólera con el coraje. Y puesto que los cepos son antiguos y pesados, y tus miembros están entumecidos y torcidos a raíz de su compresión, al haber roto tales cepos, vé despacio por un breve tiempo, hasta que la antigua elasticidad retorne y tú puedas caminar, correr y saltar naturalmente y con alegría. Y al ser estos vínculos casi universales, no hesites también en declarar la ley de la libertad y en hacer conocida cada verdad que a ello se refiera.

De Tauro

En cuanto al Toro, el mismo es tu querer, continuo e incansable, cuya letra es *Vau*, que es seis, número del sol. Es por lo tanto la fuerza y la sustancia de tu ser; pero, además de ello, es el hierofante en el Toro, como si fuese dicho: "¡Que tu voluntad te conduzca en el templo de la Luz!". Y en los ritos mitraicos el toro era matado en modo tal que su sangre se vertiera sobre el que iba a ser iniciado, para dotarlo de esta fuerza y de este poder de operar. También en el país de los Hindúes el toro es sagrado a Çiva, dios de aquel pueblo, y para ellos vale como el destructor de todas las cosas que se le oponen. Y este dios es también el *phallus*, porque tal voluntad opera a través del sexo, como se encuentra escrito en nuestra misma Ley. También Apis, el toro de Khem, tiene a Kephra, el escarabajo, sobre su lengua, lo cual significa que se encuentra en el medio de esta voluntad y de esta obra que el sol desde la medianoche dirige hacia la aurora. Todos estos símbolos son sumamente semejantes en su naturaleza, aun si los esclavos del Dios de los esclavos en la simplicidad de la verdad han leído sólo la propia fórmula. Puesto que no hay nada tan chato que la ignorancia y la malicia no puedan confundir e interpretar al revés, así como el murciélago es encandilado y confundido por la luz solar. Trata

pues de comprender a este Toro en los términos de la Ley de este eón nuestro de la vida.

De Leone

Respecto del León, hijo mío, dígase que el mismo es el coraje de tu virilidad que se lanza sobre todo y la atrapa como su presa. Su letra es *Teth*, cuya implicación es una serpiente, y su número es nueve, al cual se le vincula *Aub*, el fuego secreto de Obesh. Nueve es también de *Jesod*, en el cual la mutación se une a la estabilidad. Pero en el "*Libro de Toth*" el mismo es el Atu, denominado vigor, cuyo número es doce, con Aud, la luz ódica de la magia. Y se encuentra representado el León, es más, LA BESTIA, y nuestra Señora BABALON con las manos sobre su boca, para dominarlo. Quisiera aquí que tú notaras bien cómo estos símbolos nuestros se encuentran emparentados y fluyen el uno en el otro, puesto que cada alma participa en su propia medida en el misterio de la santidad. Pero ahora deja que te muestre cómo este León del coraje es más especialmente la luz en ti, así como Leo se encuentra en la casa del Sol que es el padre de la luz. Y es así: la luz tuya, conciente de sí misma, es la fuente y la incitadora de tu querer, que lo empuja a lanzarse hacia adelante y a conquistar. Por lo cual su naturaleza es también fuerte en audacia y en alegría de combate; si no tú deberías temer lo que te es desemejante y evitarlo, por la cual aumenten tu separatividad. A causa de esto, quien carezca de coraje se convierte en un hermano negro, mientras que osar es la corona de cada virtud tuya, es la raíz del árbol de la magia.

Altera de Leone

En la primera de tus iniciaciones, cuando la venda fue alejada de tus ojos, fuiste conducido hacia el trono de Horus, el señor del León, y fuiste convertido en firme en contra del miedo. Además en el *Minutum Mundum*, carta del universo, la vida del León debe vincularse con las dos más altas facultades de tu espíritu. También es Mau, el sol en el esplendor del pleno mediodía, que es denominado el León, en manera regia, en nuestra santa invocación. Sechmet, nuestra Señora, se encuentra representada por una leona, puesto que ella es aquella brama de Nuith por parte de Hadith, que es la impetuosidad de la noche hacia las estrellas y su necesidad; por lo cual la misma es también el verdadero símbolo de tu misma hambre de

cumplimiento, la pasión de la luz tuya de osar todo para la realización. Es luego la posesión de aquella cualidad para determinar tu virilidad; puesto que sin la misma tú no estarías impulsado hacia la magia y tu voluntad sería una tolerancia y una paciencia de esclavos bajo el látigo. Por tal razón, siendo el Toro un atributo de Osírides, para los Maestros de este eón era necesario presentarlo más especialmente en la encarnación de un león, y mi verbo es sobre todo una palabra de iluminación y de emancipación del querer, que a cada hombre le da una fuente interna para determinar Su voluntad, a fin de que él cumpla esta voluntad, y no la de ningún otro. Surge pues, hijo mío, ármate y apúrate para la batalla.

De viro

Aprende ahora que este León es una natural cualidad en el hombre, sin embargo secreta, por lo cual él no es conciente de ella, a menos que sea un adepto. Por lo tanto te es también necesario conocer con la cabeza de la Esfinge. Y tu libertad es que el impulso del León se haga conciente por medio del hombre, sin lo cual no sería más que un autómata. Además este hombre te hace comprender el ambiente y te hace adaptar al mismo; de otra manera, privado de discernimiento, irás ciegamente a lo largo de un sendero perdido. Cada estrella en su órbita no mantiene obstinadamente su impulso; sino que siente a cada otra estrella, y su verdadera naturaleza consiste en hacer así. ¡Oh cuántos he visto yo persistir en una dirección fatal, subyaciendo a la creencia de que su muerta rigidez sea el ejercicio del querer! La letra del hombre es *tzaddi*, cuyo número es noventa, esencia del agua, la cual se adapta perfectamente a su recipiente, busca continuamente mantenerse en el nivel, penetra y disuelve la tierra, resiste a cada presión a pesar de su adaptabilidad; recalentada, la misma se convierte en la fuerza capaz de accionar grandes máquinas; congelando la misma sabe partir rocas. ¡Hijo mío, trata de conocer rectamente!

5) *DESPEDIDA*

Para aquellos que nos hayan seguido hasta aquí ha llegado el momento de decir alguna palabra de despedida, al haberse ya agotado desde hace mucho las tareas que el "*Grupo de Ur*" se había propuesto al organizar esta colección de monografías.

Nosotros nos hemos dirigidos a los pocos a quienes una vocación superior convierte en insatisfechos con respecto a cualquier valor y realización de la vida humana común, para darles un sentido de las vías, de las verdades y de los horizontes propios de lo que tiene nombre de tradición iniciática o tradición secreta. En modo preciso hemos indicado el límite que separa estas disciplinas de las formas "espiritualistas" y ocultistas, formas mistificadoras y muchas veces incluso charlatenescas que hoy, en tal dominio, tienen una difusión casi epidémica entre un público espureo y dilettante. Acerca del psicoanálisis y la metapsíquica, sobre estas invenciones recientes que hoy tanto impactan a los provincianos del espíritu, hemos dicho todo lo que se debe pensar de las mismas. Al mismo tiempo hemos denunciado toda confusión de la realidad iniciática, sea con los dominios de competencia de la ciencia profana, como con el mundo del misticismo, de la moral y de la religión. Nos hemos por lo tanto preocupado esencialmente de dar un conjunto de enseñanzas que tienen que ver sobre todo con la práctica, con la realización, corroborándolas con la relación de experiencias efectivamente vividas, como también con textos tradicionales y referencias variadas, pero siempre convergentes en la única dirección. Es, ésta, una dirección a la cual, con respecto a otras actitudes en el mismo dominio iniciático, le es propia un especial relieve dado a los conceptos de la libertad, del poder, de la virilidad espiritual.

En los anteriores tomos de estas monografías se ha comunicado todo lo que se hallaba en nuestras posibilidades en relación a la tarea mencionada. No hemos armado escenografías "ocultas", hemos hablado con suficiente claridad no ilusionando a nadie con promesas sensacionales y con aquel ceremonial de misterio que parece obligatorio en muchos que hoy mercan con los subproductos del esoterismo y del yoga. De todo aquello que hemos ofrecido cada uno hará –de acuerdo a su calificación e interés– el uso que crea conveniente: puntos suficientes de referencia para ir adelante

por un buen trecho por sí mismo, sea en el estudio como en la práctica, todo ello ha sido dado a aquel que ha inteligido: ello a través de una cierta variedad, comprendida en modo de ir al encuentro de aquellas inclinaciones individuales. Aquello que en más cada uno puede desear, difícilmente poría ser hallado en una exposición escrita de cualquier tipo.

En el dominio práctico, hemos dicho muchas veces que las condiciones de la época actual, sea colectivamente como en los diferentes sujetos, son cuanto más desfavorables para un desarrollo trascendente del Yo y que, por lo menos por un buen trecho de nuestra vía, cada uno se encuentra abandonado más o menos a sí mismo. Él muy pronto se desalentará si no dispone de una calma firmeza y una energía sutil, si buscara confirmaciones y resultados directos, tangibles, si, no suficientemente serio en su vocación, se creara ilusiones. Por otro lado es cierto que aquel que, aunque fuera por un chispazo, ha tenido el sentido de la realidad trascendente, no podrá borrarlo más. "La mordida del Dragón no se cicatriza". Alguna cosa habrá tomado forma en su alma, que subsistirá también sin una precisa conciencia y a pesar de cualquier tumulto, alguna cosa, de la cual él podrá siempre recabar la fuerza de esperar, de persistir, de retomarse, de osar.

Una ulterior fuente de firmeza puede venir de la idea de que, por más acrecentada que sea la distancia, se es conocido y esperado por los que se encuentran en la otra orilla: así como con extraña claridad ciertos sonidos de los valles arriban hasta lo más alto de los montes, del mismo modo toda recta intención es percibida. Es del segundo Manifiesto de los Rosacruces la idea de que "los pensamientos, unidos a la voluntad real del lector, son capaces de hacer conocer nosotros a él y él a nosotros". En el mismo texto se habla también de una pertenencia a la cadena iniciática, la cual no tiene nada que ver con la que corresponde a organizaciones o "sociedades" visibles y nombrables, que no se cumple con ceremonias, sino *de hecho*, incluso sin saberlo, cuando la voluntad justa se encuentra presente y se procede en la justa dirección.

En las condiciones actuales, también a esta idea hay que dar relieve: hoy, que las sectas se multiplican y una tendencia a la sustitución espuria se hace valer por doquier. Se desconfíe de todo lo que tiene un carácter puramente exterior y de todos los que presumen poder proveer aquello que sólo con una acción excepcional desde lo interior se puede alcanzar – en virtud del fuego del conocimiento y de la concentración. Se sea de

cualquier manera sinceros –sinceros hasta ser despiadados– en examinar qué cosa verdaderamente se quiere: porque sin ello, causa interna de la interna mentira, la justa acción no es posible. Si sin embargo es verdaderamente a la realización iniciático-mágica a lo que se tiende, se recuerde sin simulaciones el antiguo dicho: La vía hacia ella es "como ir sobre el filo de una espada". Por lo cual, en tal caso, es mejor renunciar a una empresa que supera las propias fuerzas que en cambio jugar con vanos sustitutos.

Al final de nuestro esfuerzo, ha sido necesario repetir francamente todo esto. No se trata para nosotros de ir al encuentro de la debilidad y de las ilusiones de nadie. No a niños, sino a personas crecidas y serias nosotros nos hemos dirigido. Al haber nosotros pues despejado suficientemente el terreno y contribuido –así lo esperamos– para una necesaria obra de clarificación, queda a cada uno el que se haya medido bien a sí mismo, el hacer un uso adecuado de lo que se ha expuesto hasta aquí. Y que tal uso le sea provechoso, tal es el augurio de todos nosotros del "*Grupo de Ur*".

APÉNDICE:

IDENTIDAD DE LOS MIEMBROS DEL GRUPO DE UR

Habiendo llegado al final de la obra y ante diferentes requerimientos de personas que nos preguntaban acerca de la identidad de los miembros del *Grupo de Ur* y al considerar que ya han transcurrido más de setenta años desde la edición de estas monografías en su lengua original, consideramos oportuno dar a conocer los nombres habiendo podido ser identificados la mayoría de los cuales de acuerdo al pormenorizado estudio efectuado por RENATO DEL PONTE [1].

Dicho autor clasifica a los colaboradores de acuerdo a escuelas y nombres. En primer lugar la figura principal de tal grupo, reconocido como mentor del mismo, ha sido JULIUS EVOLA quien firma principalmente con la sigla EA, aunque también con la de AGARDA, y con gran probabilidad los que llevan la firma de IAGLA, BRENO, KRUR y alguno de los que llevan la de ARVO. Son además de EVOLA todos aquellos escritos que no llevan firma, como los pertenecientes a las *Glosas Varias*.

Con respecto a los demás. DEL PONTE los clasifica en los siguientes grupos:

a) *Masónico-pitagórico*:
ARTURO REGHINI (PIETRO NEGRI y HENÌOCOS ÀRISTOS)
GUIDO PARISE (LUCE)
ANICETO DEL MASSA (SAGITARIO)

b) *Católico:*
GUIDO DE GIORGIO (HAVISMAT)
NICOLA MOSCARDELLI (SIRIUS)

c) *Antroposofista* (seguidores en Italia de RUDOLF STEINER):
ARTURO ONOFRI (OSO)

[1] RENATO DEL PONTE, *Evola e il magico "Gruppo di Ur"*, Ed. SeaR, Borzano, 1994.

GIROLAMO COMI (GIC)
GIOVANNI COLAZZA (LEO)
GIOVANNI COLONNA DI CESARÓ (quien habría compartido con EVOLA la sigla ARVO).
ALBA (no identificado)

d) *Kremmerzianos* (pertenecientes a la escuela mágica fundada por GIULIANO KREMMERZ , pseudónimo de CIRO FORMISANO DI PORTICI [1861-1930]):
ERCOLE QUADRELLI (ABRAXA y TIKAIPÔS)
LEONE CAETANI (EKATLOS)

e) *Figuras independientes:*
CORALLO REGINELLI (TAURULUS)
EMILIO SERVADIO (muy probablemente APRO y ES)
RENÉ GUÉNON (AGNOSTUS)

También aparecerán textos originales de los siguientes autores:
ANAGARIKA GOVINDA, ARTHUR AVALON, OTTOKAR BREZINA, ALEISTER CROWLWEY, GIULIANO KREMMERZ, PAUL MASSON-OURSEL, GUSTAV MEYRINK, NARAYÂNASWAMI AIYAR SHIYALI.
Quedan además sin identificar los siguientes autores: AROM, NILIUS, PRIMO SOLE, GALLUS y ZAM.

ÍNDICE

Introducción:
Cristianismo y esoterismo, por *Marcos Ghio*..... 7

I. - 1) Liberación de las facultades..... 20
2) Encaminamiento hacia la magia según *Julián Kremmerz*..... 29
3) ABRAXA - Conocimiento y acción sacrificial..... 36
4) Glosas varias..... 43

II. -1) SIRIO - El ruido..... 45
2) Especulación hindú, por *Pierre Masson-Oursel*..... 47
3) EA - Esoterismo y mística cristiana..... 52
4) Metapsíquica y fenómenos psíquicos..... 70
5) LEO - La serpiente emplumada..... 75

III.-1) AGARDA - Apuntes sobre la acción de las pasiones... 79
2) SAGITARIO - Despertar..... 84
3) ARVO - Los primitivos y la ciencia mágica..... 87
4) AGNOSTUS - Acerca de dos símbolos hiperbóreos..... 97
5) GALLUS - Experiencias entre los árabes..... 103
6) Glosas varias..... 110

IV. - 1) MAXIMUS - Apuntes sobre el desapego..... 113
2) El asceta, el fuego, la roca y el espacio..... 117
3) EA - Autoridad espiritual y poder temporal..... 122
4) Acerca de las drogas..... 130
5) Glosas varias..... 142

V. - 1) EKLATOS - La "Gran Horma":
La escena y los bastidores..... 145
2) EA - El esoterismo - El inconciente. El Psicoanálisis..... 148
3) La doble máscara..... 169
4) Perspectivas mágicas, por *Aleister Crowley*..... 170
5) Despedida..... 180

Apéndice:
Identidad de los miembros del *Grupo de Ur*..... 183